

PAULA CONTRERAS

# EL BRUJO DEL TIEMPO

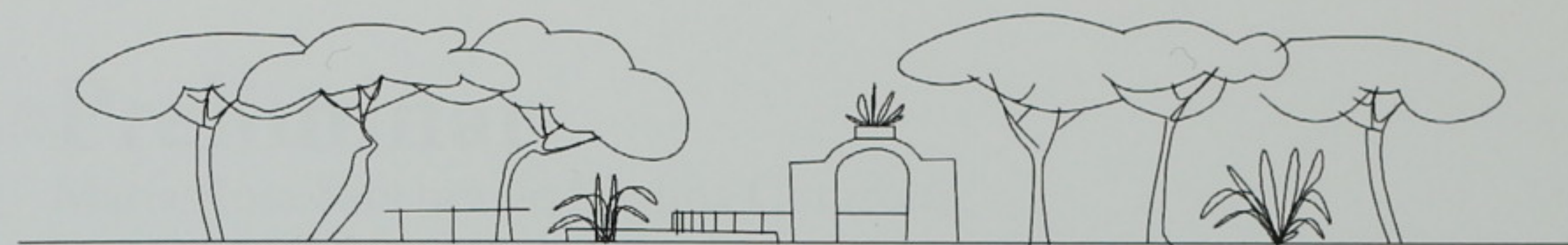


# LA BOTICA DE LA CALLE DE LA PLAZA

DOS NOVELAS DE AMBIENTE PORTORREALLEÑO



El brujo del tiempo  
La botica de la calle de la Plaza



Paula Contreras

# El brujo del tiempo

Novela de ambiente portorraleño

---

## La botica de la calle de la Plaza



Presente edición: 2017

© Hermanos Sánchez de Medina Contreras

Deposito Legal GR 884-2017

Impreso en España

Diseño y maquetación: Carlos Sánchez de Medina Alcina

Ilustraciones y portada: Julia Lillo

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

## Preliminar

María Rosa Sánchez de Medina Contreras

Marta Sánchez de Medina Pacheco

Carlos Sánchez de Medina Alcina

Con gratitud constatamos que la obra de Paula Contreras sigue viva en las personas que la conocieron, en quienes leyeron su obra y en las que ahora descubren su trabajo. Tras la reedición en 2016 de "**Historias de un pueblo sin historia**" y "**La Estrella de mar**", inédita hasta ese año, tenemos la alegría de poder ofrecer las novelas "**El Brujo del tiempo**" y "**La botica de la calle de la Plaza**", ambas ambientadas en **Puerto Real**.

Paula Contreras, durante su larga vida, recibió el reconocimiento de personas de ámbitos literarios, culturales y sociales, con las que participó, se relacionó y entabló amistad. Son muy numerosos los discursos, citas bibliográficas, poemas y cartas que lo ponen de manifiesto. En 1987, en un homenaje del **grupo Madrigal**, el poeta **José Luis Tejada** escribe de ella: *Dueña del don verbal, su pluma sabe pergueñar las entrañas de un relato*. **Jesús de las Cuevas**, en una carta personal de 1991, califica su prosa de *sencilla, ágil, tersa, como una mañana que despertara*. Y como *excelente narradora* la considera **Jorge Ferrer-Vidal**, también en una carta personal de 1994.

A través de la prensa puede seguirse el ritmo de sus publicaciones y de sus intervenciones en numerosos y variados actos. Suscitan especial interés las crónicas publicadas sobre **el premio Nadal** del año en que quedó seleccionada su novela (1955). "*Dejad que nos encante y seduzca*" "*Historias de un pueblo sin historia*" escribió un comentarista de **la Vanguardia de Barcelona**.

Efectivamente, la obra de Paula Contreras sigue viva. En 2008, después de su fallecimiento, sale a la luz la novela "**El majuelo**", publicado por la **Diputación de Córdoba**. A partir de ahí se van sucediendo una serie de acontecimientos que evidencian la actualidad del legado de Paula. En Puerto Real, como homenaje póstumo, la Biblioteca Pública le dedica ese año un stand en la celebración de "El Día del libro". Posteriormente se organizan charlas sobre Paula y su obra en distintos ámbitos. El recuerdo de la escritora está presente con ocasión de diversas celebraciones como son "El Día de la mujer" y "El Día de las personas mayores".

Los integrantes del Club de lectura de la Biblioteca Pública "Luis B. Pacheco" muestran un gran interés por conocer más a la escritora, leen sus libros y se organizan charlas en las que participan M.Rosa y Marta Sánchez de Medina y Paula Cobos, hija, nieta y bisnieta de la autora, culminando en una visita literaria a **Moriles**. El Ayuntamiento morilense hace coincidir este encuentro entre las dos poblaciones con los actos de colocación de las primeras placas de la "*Ruta literaria Paula Contreras: Por los campos y calles de Moriles*" (2013), un bello proyecto que su pueblo le dedica como homenaje y que estrena su segunda fase en la primavera de 2016.

Y es que la persona y las obras de la escritora tienen un eco especial en su tierra natal. Su recuerdo está presente en los actos culturales, en los artículos de su Revista Anual de Feria, en investigaciones escolares, en las páginas webs relacionadas con el pueblo y en la celebración del 1º Centenario del municipio (2012). Desde ese año, una magnífica exposición de fotografías de **Pepe Pineda Corpas** sobre textos de Paula, expuestas permanentemente en la Casa de la Cultura, que lleva su nombre, refleja esta realidad. En el libro "*Mujeres de Moriles*", de 2016, que recoge bellamente los trabajos del alumnado del Colegio Público García de Leániz, aparece tratada su persona y su obra y se destaca el amor que ella siempre expresó hacia su tierra. En 2017 la Diputación de Córdoba junto al Ayuntamiento de Moriles inauguran la "*Ruta de Paula Contreras*" dentro del proyecto "*Paisajes con historia*" con cuatro paneles dedicados a su escritora.

También en la Sierra Gaditana (con la que Paula tiene un especial vínculo toda su vida) sigue viva su presencia. Año tras año, desde 1993, el Ayuntamiento de **Grazalema**, donde ella pasó muchas temporadas y participó en sus "Tardes Literarias", celebra el Concurso Infantil de relatos "Maestra Paula".

En 2015, a título póstumo, fue nombrada **Hija Adoptiva de Puerto Real** en un acto constitucional del **Ayuntamiento de Puerto Real** y con la presencia de la Alcaldesa de Moriles. Un acto que reunió a sus familiares y amigos en un emocionante evento en el que, además, se inauguraba una exposición sobre ella. Su vida aparece recogida en el libro de **Francisco Pérez Aguilar** "Puerto Real. En sus biografías II".

En 2017 y organizados por el Servicio Municipal de Educación del Ayuntamiento de Puerto Real se ponen en marcha unos talleres para

escolares titulados "*Conociendo a Doña Paquita*" (como se la conoce familiarmente en Puerto Real). En la Biblioteca Pública, con motivo del "Día del libro", se realiza nuevamente una charla al Club de lectura para dar a conocer la actualidad y perspectivas del legado de la escritora. El CEPER de la localidad muestra su interés para que el nuevo libro con las novelas "**El brujo del tiempo**" y "**La botica de la calle de la Plaza**" sea presentado dentro del marco de las III Jornadas de Patrimonio Cultural de Puerto Real que este centro organiza.

Con la satisfacción de comprobar la valoración que se hace de la obra literaria de Paula y el empeño de las personas que, desde distintos ámbitos, están trabajando con entusiasmo para darla a conocer, seguimos asumiendo no solo la publicación de sus novelas sino la labor de catalogación y ordenamiento de todo el archivo de la autora, al que cariñosamente llamamos el legado. Trabajamos sobre una parte importante de textos inéditos: artículos literarios; apuntes autobiográficos y páginas de sus diarios de maestra; charlas a públicos muy variados, como estudiantes, asociaciones de mujeres; y personas ancianas; guiones para audiovisuales... y seis novelas. En ellas aparecen, entre otros, temas tan interesantes como la realidad de la infancia desvalida y el compromiso de una maestra rural en "**La chavala**" (1962)- donde se reconocen vivencias de su autora- o las consecuencias sociales que se produjeron en las fértiles tierras roteñas con la instalación de la Base en su novela "**Americanos en Rota**" (1957).

Junto a estos textos se encuentran recortes de prensa, con noticias, artículos, entrevistas, y reseñas de sus libros; cartas de poetas y personas amigas de todas las edades; y muchos poemas dedicados a ella. El legado además se sigue incrementando con aportaciones que nos entregan gentilmente. Muchas personas, a título individual o desde diversos círculos, muestran el deseo de acceder a las obras de Paula.

Constatando, con entusiasmo, el interés y aprecio que sigue despertando la escritora, reconocemos la vitalidad de sus palabras y los valores geográfico, histórico y social que el conjunto de su obra ofrece en la actualidad:

Geográfico, por la amplitud de su mirada, porque ha sabido descubrir y describir vivamente lugares y ambientes muy variados como las tierras cordobesas, El Palo de Málaga, la Sierra y la Bahía de Cádiz.

Histórico y social, pues Paula ha vivido y escrito lúcidamente durante muchas décadas, a partir de la realidad de su día y ha plasmado en la ficción novelística asuntos de gran interés. Además del amor a la naturaleza, los paisajes sencillos, las labores del campo; el retrato de los personajes y las pasiones humanas (siempre tratados con realismo y una inmensa comprensión), vemos reflejados en su obra temas tan interesantes como la realidad social y su evolución; la pobreza; su inclinación por los más débiles; el tesón de los trabajadores; el progreso, sus consecuencias; y la importancia de la educación y la cultura.

Paula, como otras mujeres adelantadas a su tiempo, empezó a hacer caminos desde su libertad, su pasión por la literatura y su vocación de maestra, que desarrolló durante toda su vida. Si esto no quedara recogido, una parte de nuestra historia se perdería y nos quedaría por conocer.

Por todo ello seguimos trabajando en su legado, para sacar a la luz, hacer accesible, y poder ofrecer la obra literaria de Paula Contreras a nuevas lecturas, sabiendo que queda mucho por descubrir. En esta inmensa labor muchas personas están colaborando literaria, técnicamente y también con su aliento.

Continuamos haciendo las labores de ordenado, clasificado y digitalizado de todos los escritos con la intención de garantizar su conservación y también de dimensionar el valor documental del legado. En un impulso inicial creímos necesario comenzar a publicar el material inédito de Paula, pero gracias al consejo y la imprescindible presencia en el proyecto de **Javier Fajardo**, consideramos obligatorio empezar por la reedición de "**Historias de un pueblo sin historia**", pieza clave para profundizar en el conocimiento de la autora y de la realidad que ella ha plasmado. Junto a la novela incluimos el delicioso relato inédito "**La Estrella de mar**", donde Paula narra sus recuerdos de niña a la luz de su noventa años.

A partir de la primavera de 2016 esta obra ha sido presentada en Puerto Real en la Feria del libro, en la Asociación de amas de casa "Los Pinares" de la que Paula fue una de las fundadoras y en el Colegio Público "El Trocadero"; también se presentó en Moriles, coincidiendo con la celebración de "El día del libro", en las Tardes Poéticas de Grazalema, y en las Jornadas de Pensamiento e Intercambio Cultural de Málaga, siempre con una cálida acogida.

Esto significó un nuevo impulso para continuar la tarea iniciada y, con

enorme ilusión, decidimos emprender la publicación de las dos novelas de ambiente portorraleño, que ahora tenemos la satisfacción de ofrecer. Son "**El brujo del tiempo**" (1951) y "**La botica de la calle de la Plaza**", escrita en sus últimos años, precisamente la primera y la última de su legado literario.

Como hemos dicho estas publicaciones, y las próximas son el fruto del trabajo y el amor de muchas personas a quién tenemos que agradecer su participación. Los hijos y nietos de Paula nos reunimos en cierto modo en este proyecto, cuyos beneficios hemos decidido donar a Caritas (tal y como hizo la propia Paula con sus primeras ediciones).

Nos guía la certeza de que el proyecto se hace sobre una obra viva y abierta, que puede seguir acrecentándose con nuevas aportaciones y que ofrece elementos interesantes para seguir investigando y descubriendo, no solo desde el punto de vista de literario sino histórico, antropológico, de género, de ciudadanía y, seguramente, desde otras muchas perspectivas.



## Sobre Paula Contreras

BIOGRAFÍA

Francisca de Paula Contreras Márquez (8 de enero de 1911) nació en la antigua Aldea de los Zapateros, provincia de Córdoba, en el seno de una familia sencilla que cultivaba la tierra. Fue la menor de las cuatro hijas de María Márquez y Pedro Contreras. Al cumplir un año, la aldea se convierte en pueblo: Moriles.

El medio rural y el continuo contacto con la naturaleza proporcionaron a Paula una infancia muy feliz y marcaron para siempre su vida y su obra.

Su vocación literaria empezó en su niñez. No sabía escribir y ya garabateaba cuentos y comedias. Le encantaba escuchar los cuentos que le contaba el abuelo al calor de la chimenea y ella misma los inventa y cuenta a otras niñas sin confesarse su autora. Cuando aprendió a leer y a escribir volcaba en el papel sus fantasías. Una compañía de cómicos representó una obra suya, que lamentablemente no se conserva.

A los 14 años ya publicaba pequeños artículos en un periódico de Lucena y otro de Puertollano, haciendo también crónicas casi diarias de los acontecimientos de Moriles en la prensa de Córdoba.

Estudió Magisterio en la Escuela Normal de la capital y siguió cultivando la pasión por la lectura y la escritura. Su primer destino profesional fue una escuela de Dos Torres, en el Valle de los Pedroches, cuando tenía 21 años. Allí le impresionan las diferencias sociales tan marcadas y la realidad de algunos niños y niñas que sufrían necesidad extrema. El destino siguiente fue la Maternal Modelo de Córdoba, en la que conoce los movimientos de renovación pedagógica de aquellos años y participa en sus métodos. Paula siempre ha recordado y valorado el gran impulso que la República dio a la educación y ha conservado con mimo los libros que se usaban en la escuela en aquellos años. Tras su experiencia en tierras cordobesas, por oposición ganó una plaza en Ubrique, en la sierra de Cádiz. Durante el ejercicio de su profesión siguió siendo una infatigable lectora y escribió varios Diarios Escolares. En su novela *La chavala* trata el tema de la educación y la escuela pública con ciertas sugerencias autobiográficas.

En Ubrique (1938) se casó con Fermín Sánchez de Medina, farmacéu-

tico y tienen su primer hijo. Se trasladaron a Puerto Real, Cádiz (1941), donde fijaron su hogar y nacieron tres hijos más y una hija.

A partir de este cambio de residencia Paula dejó de ejercer en la escuela pública pero vivió su profesión en diversos ámbitos. Mantuvo estrecha relación con el magisterio e impartió clases, de manera voluntaria, en distintas asociaciones y a personas particulares. Esta vocación la vivió hasta sus últimos años.

Formó parte del grupo Madrigal de Puerto Real (Letras, Artes y Ciencias) desde su fundación (1951) y fue elegida primera presidenta, participando activamente en sus actividades y revista. Así Paula entra en contacto con círculos literarios de distintos ámbitos, nacionales e internacionales, y entabla amistad con escritores y escritoras sobre todo de la provincia de Cádiz. Mientras el grupo no tiene local propio, sus integrantes se reúnen en la rebotica, en la planta baja de la vivienda familiar. La primera novela de su legado, *El Brujo del Tiempo*, cuya acción se desarrolla en Puerto Real, fue publicada por capítulos en la revista del grupo Madrigal al comienzo de los 50. Otras novelas de esta década son *Cangilones de Noria* (1951) *El majuelo* (1952) y *Americanos en Rota* (1957). Posteriormente escribió *Una Aventura sin importancia* (1967). *Un mes de permiso* y *La Chavala* (sin fecha) son otras obras de la autora.

Entre ellas se destaca *Historias de un pueblo sin historia* (1952) dedicada y centrada en Moriles, que envió al premio Nadal en el año 1954 y quedó seleccionada como novela finalista. Este reconocimiento la animó aún más a seguir escribiendo, lo que para ella era una necesidad y un disfrute. Su publicación (1990) fue regalo de su marido con motivo de sus bodas de oro. Con esta novela, continuada muchos años después por *Laguna Grande* (1992) y *Moriles, trazos de su historia* (1995) Paula compuso una trilogía dedicada a su tierra, considerada de un gran valor literario, histórico y emotivo.

Sus últimos años fueron muy fecundos. Recopiló cuentos- dedicados muchos de ellos a sus nietos y nietas- en dos libros: *Cuentos* (1993) y *Cuentos 2* (1996). Otras narraciones fueron recogidas en *El molino del Nansa* (1993).

El valor económico de la venta de sus libros fue destinado a Cáritas de Puerto Real y otras asociaciones solidarias.

Compuso finalmente la novela *La botica de la Calle de la Plaza*, que constituye un reflejo de la sociedad de Puerto Real entre los años 40 y 60.

La Diputación de Córdoba, a título póstumo, publicó su novela corta *El majuelo* (2008), cuya acción se desarrolla en Moriles.

Junto a su obra narrativa se encuentran artículos publicados en periódicos y revistas literarias entre los que destacan los relacionados con sus *Diarios Escolares*. Con carácter biográfico escribió la vida de sus padres y sus primeros años con el título *Contreras Márquez*. Un delicioso relato autobiográfico es *Estrella de mar*, con sus recuerdos de niña por las playas de Pedregalejo (Málaga), donde pasó temporadas en casa de una de sus hermanas mayores y recogió la estrella que la acompañó siempre. Lo escribió cuando rondaba ya los 90 años.

Paula presentó numerosos actos, dio charlas en distintos ámbitos, intervino en radio y televisión y se prestó siempre a ofrecer su voz a las personas y entidades que la requirieran. Muy importante fue para ella pasar temporadas en Grazalema y participar cada verano en sus *Tardes Poéticas*.

Durante toda su vida alentó a escribir y a leer a personas de todas las edades, dedicándoles atención y adivinando sus cualidades creativas. Eran muy frecuentes las visitas que recibía por este motivo. Formó parte del grupo fundador de la Asociación de amas de casa, impulsando en ella el interés cultural. En los años 90, con muy avanzada edad y cuando ya apenas salía de la casa, se organizaban en ella reuniones literarias en las que un grupo de mujeres intercambiaban sus creaciones.

Su fallecimiento, a los 97 años fue en Puerto Real el 3 de febrero de 2008. Posteriormente a su muerte sigue siendo homenajeada de diferentes formas especialmente en su pueblo natal, Moriles, y en su pueblo de adopción. En 2015, a título póstumo, fue nombrada Hija Adoptiva en un acto constitucional del Ayuntamiento de Puerto Real y con la presencia de la Alcaldesa de Moriles. Un acto que reunió a sus familiares y amigos en un emocionante evento en el que, además, se inauguraba una exposición sobre su vida.

## Prólogo

Lázaro Gabriel Lagóstena Barrios

Conocí a Paula Contreras como madre de una buena amiga, una agradable señora, ya anciana, con la que compartimos tranquilas tardes de café y charla. Sabía de su labor como escritora aunque por aquellas fechas no estaba yo interesado en aquella literatura. Ella nos fue obsequiando con algunos de sus libros y poco a poco reunimos en casa buena parte de su obra. Los leí tiempo después y fue entonces cuando comencé a vislumbrar la interesante vida interior de nuestra amiga y la agudeza de su mirada, una personalidad singular que, como a otras muchas personas sensibles, le tocó vivir en años difíciles y frustrantes, y que expresó magníficamente su visión del mundo a través de su pluma.

Reflexionamos en este prólogo sobre dos de sus relatos, *El Brujo del Tiempo* y *La Botica de la calle de la Plaza*, dos obras que señalan el principio y la culminación respectivamente de su prolongada actividad literaria. Ambas tramas tienen en común su desarrollo parcial o completo en nuestra localidad de Puerto Real y registran literariamente buena parte de la vida de la población a lo largo del siglo XX. Las acciones narradas en estas novelas se ubican- sumadas ambas- en las décadas de los cuarenta, los cincuenta y los sesenta. Pero en mi opinión la cronología que determina estas historias que narró Paula no es otra que la década de los treinta, concretamente los años del levantamiento, de la guerra y de la dura represión ejercida sobre el país, plasmadas en la fractura social, política y económica, y en las consecuencias prolongadas que tuvieron sobre la vida de una generación completa de paisanos. La implantación de la dictadura supuso el fin real de una sociedad que durante las primeras décadas del siglo veinte vivió un período de bonanza, marcó el inicio de los años narrados por Paula en torno a la botica de la Calle de la Plaza, y acabó radicalmente con el espíritu de los felices veinte que, no muy conscientemente, se aspiraba a recuperar en los años cincuenta, marco de *El Brujo del Tiempo*.

Y es esta memoria histórica, más allá de una valoración literaria para la cual no estoy cualificado, relatada a través de sus ojos, su posición, su hogar, sus sensibilidades, lo que me parece un auténtico regalo y legado que deja la autora para la posteridad de Puerto Real. Pues escribió valien-

temente Paula sobre algo que estaba y sigue condenado al silencio, como muy efectivamente impuso el régimen, silencio obligado que, sumado al deseo de olvidar y superar tan dura etapa por quienes la padecieron, ha conseguido que nuestros jóvenes apenas conozcan nada de aquellos aciagos tiempos.

Ambas obras diría yo que reflejan estructuras similares, a pesar del tono tan opuesto que cada una expresa. Los relatos se desarrollan en tres niveles. En *El Brujo del Tiempo* se cuenta una historia de amor juvenil, sin embargo están muy presentes los condicionantes sociales, el rol de género, las convenciones que afectan a su protagonista femenina, y buena parte de la historia tiene Puerto Real como marco, como referente emocional y elemento ambientador central. *La Botica de la calle de la Plaza* relata una historia de madurez, de constitución de una familia en tiempos difíciles. Su contexto, como segundo nivel, es la posguerra, desde sus momentos más duros hacia una relativa normalización de las condiciones básicas de vida; y nuevamente el marco, como tercer nivel, está constituido por nuestra localidad, una, como tantas otras, paupérrima población en aquellos tiempos.

En estos textos abunda la información sobre el paisaje y el paisanaje portorrealense, en muy distintas circunstancias y consideraciones. Buena parte de los elementos del paisaje- natural y cultural- de Puerto Real que colaciona Paula forman parte de una cierta memoria cívica, colectiva, y son claramente iconos identificables para los locales de cierta edad. La lectura de *El Brujo del Tiempo* me ha ayudado a comprender cómo se conformaron esas señas de identidad de Puerto Real, desde una visión propia de una emergente burguesía provinciana decimonónica, que fue construyendo sus valores y disfrutando de la buena coyuntura económica vivida por el país hasta los primeros decenios del siglo XX. Lo que diferencia, en mi opinión, la literatura de la escritora de lo que podemos hallar en muchas tópicas alusiones a aquellos valores locales es la fina sutileza que destilan sus detalladas descripciones de los ambientes naturales y de los rincones portorrealenses.

La posguerra retratada en *La Botica de la calle de la Plaza* conoció históricamente una importante migración de familias, de campesinos, menestrales y jornaleros, huyendo de la miseria y la represión de los empoderados y facciosos terratenientes, desde las campiñas de la provincia hacia las industrias de la bahía, muchos de ellos dirigidos a

emplearse en la construcción naval. Es la historia de un gran número de portorrealenses de adopción. Pero también es la historia de muchos desarraigos personales, y paralelamente de la construcción de un paradigma cultura muy distinto al reflejado en las loas a Las Canteras y sus pinos, la génesis de una visión más proletarizada de la villa que se nutre de estos nuevos habitantes. No parece casualidad que durante muchos años, ya en democracia, se amenazaran o perdieran aquellos elementos icónicos de la localidad, ante la pasividad de muchos de sus habitantes poco identificados emotivamente con ellos.

Entre las finas descripciones de Paula Contreras y quien las lea ha de mediar la experiencia personal. Tenía la escritora la capacidad de anticiparse a las vivencias ajenas, plasmando en el texto situaciones y sensaciones que el lector sorprendido reconocerá como propias y las disfrutará durante la lectura- como si se tratase de *La Historia Interminable*- imágenes familiares que les serán reveladas, pero enriquecidas con infinidad de matices introducidos en el relato por su pluma. Tal me parece su calidad literaria, y se refleja bien en sus descripciones de espacios como nuestras salinas, casi imposible describirlas mejor a través de su estilo metafórico e impresionista ¡cuantas veces me he quejado de que, en nuestra privilegiada ruta férrea entre Puerto Real y Cádiz, los pasajeros del tren jamás levantan de sus teléfonos móviles la vista hacia el excepcional paisaje salinero! Y allí están, las salinas, magníficamente ilustradas, pinturas aún válidas, al inicio y al final de *El Brujo del Tiempo*.

Otro ejemplo me basta, siempre me ha gustado subir a las azoteas y otear, ver las viviendas y el pueblo desde arriba. Cuanto más alto el edificio mejor vista. Me parece lo único digno de esos bloques de pisos que, desde la década de los 70, arrasaron con la estética renacentista de buena parte del casco antiguo y de la trama cartesiana de Puerto Real. Ni siquiera era consciente de mi afición por las azoteas. Y allí están, no solo en Juan Ramón Jiménez: *A ella le gustaba la azotea y percibir desde allí el olor penetrante del jardín recién regado; y mirar a los patios vecinos donde los chiquillos medio desnudos se confundían con los macizos de geráneos; o bien, Ella subía a la azotea por el placer de ver otras azoteas...* y de manera similar en otros pasajes recurrentes sobre este peculiar y simbólico espacio urbano.

El paisanaje también es reconocible en ambas obras, muchos de los que desfilan por estas páginas nos traerán a la memoria personas que

hemos conocido, sean o no ellos los que estaban en la mente y la imaginación de la escritora al convertirlos en personajes. Individuos pintorescos en *El Brujo del Tiempo*; de otro tenor en *La Botica de la calle de la Plaza*. Animo a quien se asome a los relatos a recrearse en la lectura de las experiencias, de las imágenes, de los conocimientos y los conocidos retratados en la primera obra de Paula. La última es harina de otro costal.

La redacción de *La Botica de la calle de la Plaza* me parece un ejercicio de enorme valentía y responsabilidad, un ejercicio de justicia, afrontado por parte de nuestra ya entonces nonagenaria autora. Situaciones, acontecimientos, penalidades, retrato sin duda de una de las épocas más oscura de la historia de la localidad desde su fundación, que ha quedado literariamente registrada para la posteridad por su pluma, una historia de la posguerra, y de personas y familias que la sufrieron, una historia real que parecía condenada a un injusto e impune olvido.

Los protagonistas, con muchos y evidentes rasgos biográficos, relatan su llegada a la villa, su instalación en el pueblo, y el día a día de la formación de su familia. Ana, la protagonista, presencia, observa y cuenta la vida de sus convecinos. El centro de observación es la propia casa solariega en el centro del pueblo: la vivienda, la botica y la rebotica. Por allí desfilan personajes, allí se conocen las historias y circunstancias que aquejan a cada uno. Muchas son historias durísimas, con mucha frecuencia realidades noveladas. Ana, la portavoz del relato, Paula, la escritora, no juzgan, no condenan, no moralizan, exponen las historias desde un humanismo comprensivo, a pesar de que con frecuencia las personas se denigran en grado sumo.

Siendo nacido en la década de los sesenta, recuerdo historias oídas sobre el Puerto Real del "tiempo de la hambre". Personas deambulando por las noches de azotea en azotea, disfrazados de fantasmas para moverse con libertad y atemorizar a quienes pudieran verles; alertas sobre merodeadores- destripadores- que buscaban la sangre y los órganos de los niños; muertos de hambre con la tripa inflada por la ingestión de cualquier cosa que acallara la necesidad; tiempos de cartilla de racionamiento, de controles de mercancías, de estraperlistas y de comer gato. Recuerdo por haberlas conocido las calles del pueblo a lo largo de esa década, sin asfalto, sin iluminación, con rincones malolientes, ratas que se cruzaban en cualquier momento, apenas una bombilla con un triste filamento cada cuatro o cinco calles por todo alumbrado público.

Conozco a través de la documentación los duros años vividos por los obreros de Matagorda, asistiendo a ejecuciones sumarias de paisanos y familiares en el cambio de agujas, quizá una de las causas que produjeron a principios de los cuarenta un inusitado número de suicidios en la propia factoría. Sabemos por las recientes exhumaciones de las decenas de personas inocentes fusiladas y enterradas en las fosas comunes del cementerio de Puerto Real. Elementos todos ellos de un escenario real donde ubicar esas tristes historias que no eran sino parte de la durísima represión de "posguerra", un escenario adecuado también para ubicar y contextualizar las circunstancias del relato de Paula.

Sin embargo la obra muestra en general un estilo costumbrista y un ritmo sosegado, donde las apreturas de la sociedad portorrealense se describen a la vez que se caracteriza la imagen del propio pueblo, aportándose datos sobre su fisonomía, sus edificios, sus historias pasadas. Y episodios difíciles alternan con jocosas historias locales, todo visto desde la vida de la botica, con las idas y venidas de sus clientes y allegados. Entre estos allegados personas conocidas, presentes en el texto con su nombres reales, como algunos médicos locales o el cantautor Cojito Pavón. También la vida familiar, los sucesivos nacimientos, las complicidades y confidencias de la pareja ocupan un lugar destacado en el relato, y así, alternando historias de distinta índole e intensidad va la escritora abordando la cotidianeidad de aquellos años.

Más que en los recientes acontecimientos golpistas y sus consecuencias, la escritora se distancia y no se recrea en la dramática situación real, más bien se interesa por las historias particulares, como las de las jóvenes, de buena familia, que afrontan la necesidad cotidiana a cambio de relaciones carnales, o la de aquel señor cuya única oportunidad de acercarse a la cultura era oyendo a las personas que hablaban bien, aunque fuese el cura en el sermón.

Si ya los rincones del pueblo son protagonistas en *El Brujo del Tiempo*, no lo son menos en *La Botica de la calle de la Plaza*. El balneario, el ayuntamiento, el Porvenir, el muelle, y la estación, elemento éste presente en ambas obras y cuyo simbolismo parece atraer con frecuencia la atención de Paula Contreras. También la botica, que llega a contar su propia historia dentro de la historia. Algunas novedades comienzan a llegar a Puerto Real, y nuevas medicinas a la farmacia, como penicilina y vitaminas, pero también persisten las familias en la pobreza extrema, especialmente en los arrabales.

El pasar de los años trae ligeras mejorías a la sociedad portorraleña, nuevos productos, menos control del estado en las compraventas; y un pequeño oasis cultural que se origina en torno a la rebotica, frecuentada por un variado elenco de contertulios.

La vida sigue para los personajes del relato con destinos dispares...

En suma, la lectura de estas novelas de Paula Contreras, mediado su estilo literario y la visión que le otorga su observadora personalidad, nos ofrece una verdadera crónica de la localidad durante buena parte del pasado siglo. Reúnen los textos un singular valor patrimonial, pues quedan registradas para la posteridad muchas historias y sensibilidades, que estaban destinadas a desaparecer paulatinamente de la memoria colectiva. Ofrecen además auténticos retratos sociológicos y, como historiador, estoy convencido que en el futuro no decaerá el valor de estos textos, pues tienen la virtud de reflejar la realidad de diversas capas de nuestra sociedad en aquellos años muy difíciles. La literatura valiente, sensible y humana de nuestra escritora, y el empeño de sus deudos, deja nuevamente en nuestra mesa un libro imprescindible para Puerto Real.

**Lázaro Gabriel Lagóstena Barrios**

## Introducción

MARÍA ROSA SÁNCHEZ DE MEDINA CONTRERAS

MARTA SÁNCHEZ DE MEDINA PACHECO

Tenemos la alegría de ofrecer la publicación de dos novelas de Paula Contreras centradas en Puerto Real, que son precisamente la primera y la última del legado literario de su autora: **El brujo del tiempo** (1951), novela de ambiente portorrealeno, y **La botica de la calle de la Plaza** (escrita en sus últimos años).

En la primera se muestra claramente la compenetración de Paula con el que se convertirá en su pueblo de adopción. Recién llegada a Puerto Real junto a su marido, Fermín Sánchez de Medina, un hijo pequeño y otro en espera, lo primero que le sorprende es la luz del pueblo gaditano en el que fijarán su hogar y donde él se hace cargo de la botica de la Calle de la Plaza. Finalizaba 1940.

La claridad, los atardeceres, el mar, las salinas, Las Canteras, el río San Pedro, las casas, el trazado de las calles, sus costumbres y, sobre todo, su gente... todo es contemplado por la mirada atenta y amorosa de Paula, como aparece reflejado en "**El Brujo del tiempo**", donde Puerto Real es protagonista.

En esta novela, muy distinta a las demás por su menor extensión y por la sencillez del argumento, se trasluce muy especialmente el gusto por escribir y por describir. Paula se deleita mostrando los encantos del pueblo que la ha acogido y del que ella se ha dejado seducir.

Ella, inventora de cuentos desde muy niña y entusiasta escritora durante toda su vida, recordaba en una entrevista muy posterior que aquella novela, que presentó a concurso, "*era muy bonita*".<sup>(1)</sup>

Fue premiada en unas Justas Literarias organizadas en agosto de 1951 en conmemoración de la fundación de la villa y publicada por fascículos en el Boletín del grupo Madrigal durante los primeros años de la década de los 50.<sup>(2)</sup>

Casi 50 años más tarde y tras otras muchas obras escritas y varias publicadas, Paula se dispuso a componer *La botica de la calle de la Plaza*, una novela que tenía muchas ganas de escribir, como venía expresando desde

hacía tiempo.

Muchas fuimos las personas de la familia, de sus amistades, de Madrigal y de los círculos sociales y literarios en los que participaba, que tuvimos la suerte de asistir a la gestación de esta obra.

En 1995 con ocasión del homenaje a Juan Pavón, recordando la amistad del cantaor con su marido y las tertulias de rebotica, anuncia:

*Y lo que voy a hacer y me lo he prometido muchas veces y, si ahora lo digo en público, me comprometo más, es escribir sobre la rebotica de la botica de la Calle de la Plaza, porque es la historia de Puerto Real, una historia vivida por mí (...)*

*La historia de la rebotica hay que escribirla, la voy a escribir y a publicar (...)*<sup>(3)</sup>

Así lo expresa también en la presentación de su segunda **colección de Cuentos**:

*En proyecto está Cuentos III (ya tengo suficiente material) y una novela que ya tiene título: La botica de la calle de la Plaza, donde reflejaré la vida de Puerto Real entre los años 40 al 80* <sup>(4)</sup>

La escritora tiene ya 85 años y una admirable vitalidad creativa. Guillermo Fernández Cornejo, médico y gran amigo de la familia, le pregunta en sus visitas si está escribiendo. Para él resultaba ser el mejor síntoma de salud.

Alfonso Aguirre Cabeza, tras una entrevista que le hace a Paula, unos años más tarde anuncia esta obra "Un día- ojalá sea muy pronto- , la fértil pluma de Paula Contreras nos sorprenderá gratísimamente, como ya nos lo tiene prometido con los recuerdos de esa mágica rebotica en un anhelado libro, de esos que soñamos que nunca se termine su sabrosa lectura."<sup>(5)</sup>

**La Botica de la calle de la Plaza** es reflejo de la realidad social de las décadas del 40 al 60 desde su mirada. Es La mirada de una escritora, no de una historiadora, como ella se encargaba de explicar. "No soy historiadora; no estoy capacitada para serlo (...) tengo demasiada imaginación para sujetarme a la realidad. Por eso esas historias las he novelado, he urdido una

*trama con realidades e invenciones"*.<sup>(6)</sup>

Esta novela póstuma de Paula, aunque se pueda considerar inacabada, ya que ella había manifestado su deseo de abarcar más décadas, se nos ofrece llena de sentido y unidad. Está ambientada en Puerto Real pero su ámbito es mucho más amplio pues se reflejan muchos aspectos de la sociedad española de aquellas décadas.

El hambre, la escasez de los productos más necesarios, la compraventa de objetos valiosos, las enfermedades, el estraperlo, la prostitución motivada por la miseria y los cambios producidos por la industrialización de los medicamentos son algunos de los temas que quedan patentes en ella.

Paula, en los últimos años de su vida, rescató del olvido y con su memoria lúcida y su siempre desbordante imaginación nos dejó esta novela que tanto deseó escribir y ofrecer.

**La botica de la Calle de la Plaza** y **El brujo del tiempo** manifiestan el amor de Paula por Puerto Real. Ella y Fermín se identificaron con su pueblo de adopción. Artículos periodísticos escritos por ambos así como discursos y testimonios orales lo demuestran pero, sobre todo, el recuerdo, la gratitud y el cariño de las personas que los han conocido.

1. Entrevista realizada por Manuel Rego en Puerto Real Información 24, noviembre 1994.

2. A continuación de las Justas Literarias celebradas en agosto del año 1951 nace el grupo Madrigal. Nuestra gratitud a Alfonso Aguirre Cabeza, Bárbara Basadre Bravo y Manuel Villalpando Chanivet por aportarnos su ayuda en esta labor.

3. Cita textual de Paula en su participación en el homenaje a Juan Pavón "Cojo Pavón" en 1995, a los 100 años de su nacimiento. (III Semana Cultural de la Peña Flamenca. Puerto Real. 7/11 de noviembre. Grabación efectuada por Tele Puerto Real).

4. Presentación de Cuentos II. Puerto Real. La Ballena 1996

5. Entrevista realizada por Alfonso Aguirre Cabezas en el Boletín Informativo "La Cachucha" nº 21, junio 1999

6. Presentación de "Historias de un pueblo sin historia" en Moriles y Córdoba 1990



La Botica de la calle de la Plaza

## La botica de la calle de la Plaza



La Botica de la calle de la Plaza  
imágenes publicadas por el diario ABC el 7 de junio de 1983

## La botica de la calle de la Plaza

Fue 28 de diciembre del año 1940, día, según el Santoral Cristiano, de la Degollación de los Santos Inocentes.

Ana miró el dormitorio con cariño nuevo. En él había nacido su primer hijo; en él soñaba con el nuevo hijo que llevaba unos cuantos meses aguardando su salida del vientre.

Todos los muebles estaban ya embalados para ser llevados a otro pueblo. De Ubrique a Puerto Real, de la sierra a la ribera, a lo desconocido e incierto. Y solo poseían una juventud, muchas ilusiones y grandes esperanzas. Y deudas. La economía era difícil.

Les costó trabajo despedirse con la mirada de la Cruz del Tajo, de la fuente llamada La Pilatabajo, con sus cuatro caños alrededor de la columna de hierro, siempre chorreando, del paseo Los Callejones, enfilado de plátanos de sombra y sus duros asientos de piedra a ambos lados.

Pablo y Ana se miraron intensamente al pasar por delante de la fábrica de petacas llamada ABC; allí estaba el banco donde tantísimas tardes, en amoroso coloquio, descansaban del paseo, mientras el sol se iba perezoso tras las suaves lomas del olivar y los pajarracos o buitres empezaban a recogerse en las buitreras del Tajo, sembrando el suelo de sombras inquietas y el aire de un bullicioso aleteo.

Ya en Las Cumbres dejaron de ver el caserío, todo luz, recostado al amparo de la Sierra Alta, como derramado en un lago de blanquísima cal.

Ella suspiró. Quizá él también lo hiciera. Ambos iban recordando lo anterior y pensando en lo por venir

La viña y la cueva del Arenal. La Fuente de San Antonio.

Había que dejar todo atrás, pero al llegar a Tavizna volvieron a mirarse con intensidad, dejando asomar una inquietud que ambos venían ocultando desde que salieron de la casa.

El miedo no era infundado: los "maquis", parapetados en la serranía, asaltaban en las carreteras, despojando a los viajeros de víveres, ropas y joyas. El poquito dinero que Pablo pudo reunir para hacer frente a

los incontables gastos primeros los llevaba Ana en una bolsita atada a la cintura sobre el abultado vientre; ¿qué llevaba Pablo?, tabaco de Gibraltar en abundancia por si, dado el caso, obsequiarlos. ¿Y Pablito? Podían secuestrarlo, como solían hacer, para cobrar el dinero del rescate.

¿Puente de Tavizna! ¿Cuánto rezó Ana para que no ocurriera nada malo? ¿Cuánto el aletear del corazón de Pablo? ¿Cuánto se tardaba en llegar a Jerez para poder respirar con hondura!

Y luego

- Esas son las torres de Puerto Real...

El suspiro fue hondo; Ana apretó a Pablito contra su pecho y luego pasó su mano por su vientre, en una caricia inefable, al otro hijo.

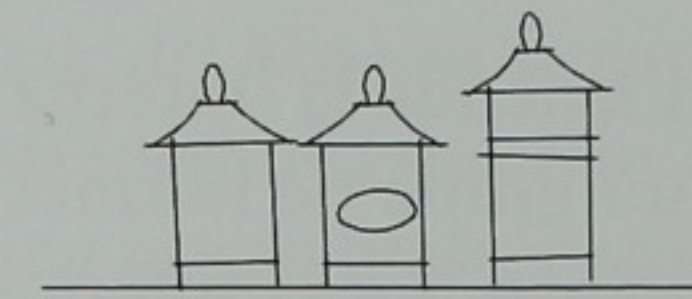
Años más tarde recordando aquel primer día, comentaba Ana: - "Lo primero que vi fue una cigüeña que se posaba en la torre de S. José y pregunté: ¿Es que no hace frío en este pueblo?- Si un poquito de frío y humedad hay en Puerto Real, pero las cigüeñas, como las gentes, se encariñan con el pueblo y no quieren dejarlo...si no a la fuerza ..."

Y Ana añadía: - "No lo entendí entonces..."

Habían entrado en la casa por la puerta de la Farmacia que ya era de la propiedad de ambos. Ella quedó impresionada por la belleza del conjunto; nunca olvidaría, cuando al salir al patio, que era parte de la rebotica, y miró un cielo sin nubes, de un azul pálido tras la transparencia de la encristalada claraboya o montera.

Ni olvidaría jamás aquella primera noche en la casa, que por motivo de haber quedado en Jerez el camión con los muebles por cuestiones de fiato, no habían llegado a tiempo, y durmieron en el salón; todavía quedaba en él la rica sillería isabelina y el piano que habían de llevarse en otra ocasión los dueños de ambos muebles; juntaron dos butacones e improvisaron una cuna y luego se acomodaron en el duro colchón que les había proporcionado la familia de un médico, además de unas mantas de lana que no pudieron amortiguar el frío de aquel mes de diciembre, gélido y hosco; no podían dormir; él, por los problemas que se fueron acumulando durante el día: el posible secuestro de Pablito, el retraso del camión con los muebles, víveres y dos hermosas seras de carbón, amen del grueso de la ropa, aumentado todo porque en la casa no había luz, ni braseros encendidos, ni comida caliente; ella, por su estado y ser sumamente dada a fantasías, se había impresionado cuando le enseñaron el aljibe, rebosante de agua, con dos bocas de brocales de piedras; ella acostumbrada a

ver y utilizar pozos de agua dulce, sin sentir temor por la negra hondura o por la anchura o altura de su brocal; "El aljibe es como si estuviera pisando sobre una alberca o un pantano" y se estremecía al pensarlo.



Los dos tardaron en dormirse; hablaban bajito para no soliviantar al niño y se comunicaban sus impresiones pareciendo que se expresaban en idiomas distintos, pues mientras él se recreaba en que la botica era preciosa; tiene más del siglo según los recetarios conservados muchos años y el botamen de la mejor porcelana de la Cartuja sevillana; la talla de las maderas de los estantes son primorosas; mármoles por todas partes; cristal de roca y maderas de cedro y caoba; el reloj, la rebotica, el aljibe; escasa clientela, casi nula por mor de la política ...; "me escudriñarán ...; sé lo que es un publico y una botica; mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo, mi tatarabuelo fueron boticarios; en la calle donde está la oficina de mi familia se llamó siempre calle Botica; sé trabajar y quiero trabajar; la botica es preciosa y la rebotica de ensueño, tan amplia, lujosa, con un aljibe..."

Ella... Ella pensaba otras cosas: que hay cigüeñas encariñadas con el pueblo; huele el mar y el pinar...; "pero no tenemos ni teléfono ni máquina de escribir porque ambas cosas se las requisaron en la guerra al farmacéutico que les vendió la Farmacia... que no habrá pan cuando se nos acabe los que hemos traído y que llegaran mañana en el camión; hay muchas panaderías pero últimamente me han dicho que el pan estaba hecho con alpiste y quien lo comía se hinchaba como un globo y hasta morían; que nos falta el aceite y el azúcar ¿cómo va a hacer Pablo los jarabes y el bálsamo tranquilo? Si la vida en Ubrique, teniendo tantas amistades, era difícil ¿cómo será aquí? Y menos mal que dicen que no falta la leche que es buenísima... Dice Pablo que la clientela es casi nula pero esta tarde se presentó en el despacho una rubia que se insinuaba con Pablo aunque él no se dio cuenta...; guapa, llamativa y peligrosa ...; no me gusta y tendré que tener cuidado..."

En estos pensamientos estaba cuando Pablo le buscó una mano y se la apretó con pasión

- ¿No te duermes?

- Estoy sintiendo unos ruiditos muy suaves, pero muy cerca ¿no será una pesadilla?

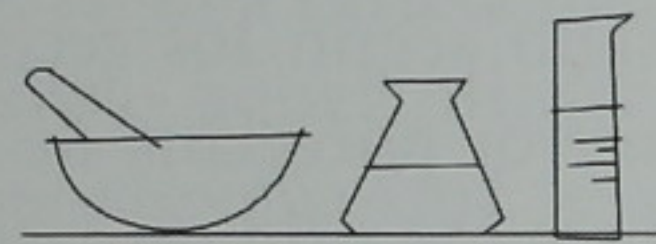
En aquel momento sonó un piano como si una mano misteriosa acariciara las teclas

- Pablo ¿qué es esto? Enciende la linterna

Y dio tiempo a ver a un grupo de ratones corriendo por la tapa del piano, mientras otros saltaban por el interior rozando las cuerdas.

- No te asustes, no hacen nada ...

- ¡Pablo ...!- y se abrazó a él como una niña mimosa.



Nunca olvidaría aquella primera noche en el nuevo hogar; nunca aquellas sonoras y solemnes campanadas que daba el hermoso reloj cobijado y arropado por las estanterías y el escaparate de la botica...; ratones hambrientos; colchón duro; frío hasta los huesos; el nuevo hijo protestando en el vientre por la incomodidad del lecho; el reloj, la rebotica, el aljibe...

Y soñaban los dos despiertos en silencio.

Pablo, recordando su infancia en la botica de Ubrique; confiado en que, a pesar de los tiempos que eran tan difíciles, saldrían adelante; sus 27 años, pronto a cumplir le facilitaban su optimismo.

Ana, dolorida la cintura por el avanzado embarazo, la incomodidad del colchón extendido en el suelo y el concierto ratonil, tenía en su cerebro un rebullicio de escasez de comida, de telas, de jabón y de tantas cosas necesarias, que le inquietaban mucho y por encima de todo aparecía la rubia peligrosa guiñándole burlona y riendo a carcajadas señalándole con un dedo las bocas del aljibe.

¿Dormían? ¿Soñaban?

El amanecer fue glorioso; el sol había entrado en el pueblo y se había colado por la ventana deslumbrando a los recién venidos.

- ¡Es muy tarde!- exclamó Ana preocupada- ¡todo el .sol está ya en la calle!

Pablo la tranquilizó: - El sol no tiene aquí obstáculos, como en Ubrique que se esfuerza por remontar la Sierra Alta...; aquí entra nada

más amanecer y se instala en los campos y en las calles.

Ana se asomó a la hermosa ventana de fuertes hierros forrados de cristales, que llaman cierros y vió la calle inundada de sol y de personas que habían salido a comprar, rebuscando en las vacías tiendas de comestibles y en los puestos de la Plaza de Abastos y en los sitios donde podrían adquirir alguna cosa de estraperlo, como pan de higo, algarrobas o un puñado de harina con las que harían unas "poleás" para calmar el hambre (una especie de gachas), bellotas, aceite, cebada para después de tostarla y molerla creer que era café del mejor; en la Plaza de Abastos se podía comprar acelgas, y como lujo alguna fruta; lo que no faltaba eran las sardinas, el cazón, las almejas y los muergos.

Ana fue a la cocina; ya estaba en ella Amalia, la muchachita que en Ubrique había hecho de niñera y además era encargada de la limpieza; Amalia había dormido en un cuarto sobre un endeble colchón en el suelo. Le era muy difícil preparar un desayuno aunque habían traído en el coche un canasto con lo más elemental: leche y unas tortas correosas, que encontraron en la confitería de Ubrique, con una cobertura de ajonjolí que fastidiaba la dentadura; en la cocina no había carbón y calentaron en un infiernillo.

Pablo bajó enseguida a la Farmacia que ocupaba todo el piso bajo; la casa era muy grande y el alquiler muy alto; Ana y Amalia se ocuparon del niño y esperaban impacientes que el camión con los muebles llegara para ordenar las cosas.

¡Por fin! En la esquina de la calle paró y dos hombres que se ofrecieron al acarreo de los enseres, se encargaron además de encontrar un carpintero para armarles las camas.

A la noche parecía todo normal: las camas confortables, las butacas cómodas, las mesas preparadas, los armarios armados, los aparadores adornando el comedor ¡qué bien! ¡y qué fácil resultó todo! ¡seras de carbón en el patinillo! ¡se acabaron por lo pronto las colas a la puerta de la carbonería!

La alacena que aguarda vacía en el corredor entre el comedor y la cocina se engalanó de fiesta: aceite, azúcar, chacinas, harina, cebada, jabón, y ...¡6 panes de a quilo cada uno!

El pan se repartió fraternalmente: dos para cada persona; el niño tomaría galletas que rebuscó la tía Encarna entre los estraperlistas, la víspera de la partida.

- Amalia- le dijo Ana a la joven ayudanta- tú racionas tu pan que cuando se acabe no habrá otro... El pan de alpiste ya se acabó, ahora lo van hacer de afrecho, pero de afrecho en tan malas condiciones que ni las gallinas lo querían... Nuestras cartillas de racionamiento están ya arregladas. Hoy cogemos el pan que nos corresponde si está comible...

No estuvo comible: un panecillo- que llamaban "chusco"- por cada cartilla; Amalia fue a la panadería ¡qué bien olía el establecimiento, tan limpio, los paños blanquíssimos cubriendo las canastas llenas de chuscos calientes!

Amalia no pudo resistir la tentación y mordisqueó el panecillo que le correspondía... ¿a qué sabe? lo escupió rápidamente, ¡con lo bueno que estaba el pan, aunque duro, traído de Ubrique!

Amalia almorzó antes de la hora porque el olor a pan caliente le había alborotado el estómago. Amalia saboreó un trozo de embuchado de cerdo, comprado en Cortes de la Frontera por su fama, y una naranja coronó su almuerzo; del primer quilo de pan solo le quedaba un trozo.

Ana había bajado a la Farmacia con el niño ¡Qué casa tan grande! ¿La vería limpia alguna vez? El patio con las enormes mesas de trabajo y el aljibe; se asomó por el brocal; el agua llegaba hasta la base del mismo y era fácil tomarla sin tener que usar la sogá con el cubo.

Hablaba Pablo en el despacho con una compradora:

- Buenos días, señora ¿que desea? . . .

- Si, tengo Ceregumil.

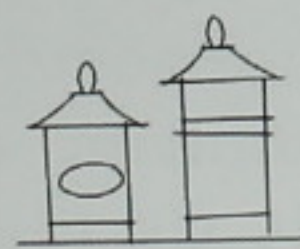
Pablito había soltado la mano de la madre y aunque con torpe paso llegó al despacho y se asió a la bata del padre.

- ¡Qué niño tan precioso ...!

¿Esa voz? Sí. Ella ¡ella! la peligrosa rubia...

Pablo la atendía y contestaba a sus preguntas:

- Si, venían de Ubrique; su madre atendía la Farmacia mientras su hermana terminaba en Granada la carrera; sus hermanos estudiaban; tenían un hijo y otro venía de camino; gracias por sus deseos de que nos vaya bien; Si, si, el Ceregumil es muy rico en azúcar...



Un hombre pedía a continuación: - Un sobre de bicarbonato- y poniendo cincuenta céntimos en monedas de a diez en el mostrador, comentó: - El pan cae como plomo en el estómago...

A Pablo le hubiera gustado que Ana le ayudara en la Farmacia, porque aunque la venta era muy floja, él no podía atenderla ni siquiera con la señorita que le ayudaba en el despacho y en la obra de fórmulas que cada tarde le llegaban para los operarios del Dique de Matagorda; Ana a su vez, se apuraba mucho con los trabajos caseros y solo le prestaba ayuda por la noche en la confección del pedido a la casa mayorista de Cádiz, porque careciendo de máquina de escribir había que hacerlo a mano y tenía que quedarse una copia para comprobar el pedido al ser recibido. ¿Papel de calcar? A veces faltaba.

Todo era difícil.

A Pablito le faltaba pan comible y además no encontraban jabón para lavar sus ropitas.

El piojo verde- tifus exantemático- y los piojos eran una amenaza constante y se imponía una limpieza escrupulosa.

Entonces llegó de Ubrique Antonia para cuidar del niño porque Ana se encuentra impotente para dirigir el hogar: por las preocupaciones, la pobreza de su alimentación y el crecimiento de su gestación; falta de fuerzas, tensión baja. Pablo quiso encontrar la solución, a falta de azúcar y Ceregumil- con lo que se aduzaban las bebidas de café, leche o té- le proporcionó buena cantidad de glicerofosfato de cal mezclado con cola granulada; Ana venció repugnancia y tornó con avidez el preparado.

La casa era hermosa pero estaba muy abandonada, lógico después de una guerra y estando en una posguerra donde lo cotidiano era difícil.

El pan mejoró bastante pero no la cantidad de ración; se decía que había llegado trigo de Argentina y eso era un respiro; el estraperlo aumentó y se podía esperar tiempos mejores.

Más calmada Ana, pensó que antes que naciera el nuevo hijo tendría que adecentar algunas habitaciones.

Poquito a poco porque el dinero era escaso, empezó la tarea y después llegaron dos albañiles que picaron la pared para hacer un buen trabajo de blanqueo; estando en esta tarea, el que la dirigía envió a su ayudante a la farmacia, con el siguiente recado:

- Don Pablo, que una pared del cuarto suena a hueco, que qué hace.

Subió Pablo; acudieron Ana, Amalia, Antonia y Pablito llenos de

curiosidad; tal vez un tesoro; quizá un muerto; o una lápida como la aparecida en el convento demolido en Los Descalzos en la que se leía que Colón había dormido en aquella celda una noche antes de partir para América en uno de sus viajes; la lápida estaba incrustada en la pared de una alacena. ¿Qué pasó con la lápida? La hicieron pedazos para que aquel edificio viejo y deteriorado no lo declararan patrimonio nacional.

Don Pablo no haría tamaña barbaridad; asistió a la caída de los ladrillos al descubrimiento de una .alacena- armario, que serviría para tener recogidos ropas y juguetes.

¡Qué desilusión! Ni una lápida, ni un papel, ni nada que acusara su pasada utilización.

Continuó el albañil picando otra pared y nueva observación:

- Don Pablo, aquí hubo una vez una puerta que da a la casa de junto.

- ¿Una puerta?

- Mire, mire usted don Pablo, como hay restos del marco de madera y luego al quitarla lo han hecho malamente y no han tenido la curiosidad de alisar los bordes

- Pero si esa puerta daba paso a la casa contigua ¿ocuparían la dos casas la misma familia?

El albañil comenzó a recordar:

- Que yo sepa, en cada casa había una familia que no se tocaban nada, pero a mi padre, que también era albañil, como mi abuelo y como yo, le oí contar, siendo yo un muchacho que estaba en la Escuela de los Hermanos de la Doctrina, que en esta casa la de la botica, había un aljibe precioso con dos brocales de piedra.

- Sí, sí, lo hay y está lleno de agua que utilizamos en la Farmacia y en la vivienda ...

- Pues contaban mi padre y mi abuelo que un señor de mucho fuste de aquí en, aquellos entonces, tenía alquilada la casa de junto y apañó las cosas para que el boticario le dejara utilizar el aljibe vacío, sin gota de agua, y que por cierto era utilizado como timba... Decía mi abuelo que allá abajo, muchos señores perdieron sus cortijos y sus ganaderías...; que acudían de Cádiz, de Jerez, de Sevilla...; que entraban todos por la casa de al lado para no dar que hablar si lo hacían por la botica y bajaban por la escalera que da al patinillo..., y cuando terminaban de jugar hacían el mismo camino pero al revés...; y decía mi padre que el aljibe es una preciosidad, que parece la capillita de una iglesia.

Quizá por su estado o tal vez por una pesada digestión, (Pablo lo atribuía a las lecturas de novelas policiacas), Ana tuvo una noche de pesadillas que coincidió con la guardia de la botica; así, cada vez que un cliente hacía sonar la campanita de metal resonando en el patio como a rebato, despertaba Ana tal que la zarandearan y gritaba:

- ¡Pablo, por favor, no bajes que el asesino espera en el aljibe...!

- Despierta, Ana, despierta y deja atrás la pesadilla...

Salió Pablo de la habitación para atender la llamada y cuando volvió al dormitorio encontró a Ana sentada en la cama temblando nerviosamente; ni palabras cariñosas, ni caricias fueron capaces de darle tranquilidad; dijo:

- Te voy a preparar una tila...

No lo consintió ella, solo quería que no apagara la luz y que no dejara de abrazarla; Pablo consintió aguantar la incomodidad del abrazo por la difícil postura; Ana volvió a dormir y el brazo de Pablo comenzó a sentir un hormigueo intenso como para desear, según dijo después, que despertara ella o que le cortaran el brazo a él

Pero despertó Ana y gritó:

- ¡Mariflor...!

Entre el rescate de su brazo, felizmente libre aunque insensible. Pablo se sorprendió:

- ¿A quien llamas?

No pudo contestar, porque el niño despertó inquieto.

Al amanecer pareció que iba a entrar la calma en la alcoba. Pablo tomó su habitual postura; Pablito se consoló con su chupete; el ser inocente se acomodaba en el vientre de la madre y esta no dejaba de sufrir con las pesadillas: un aljibe, un asesino que acorralaba a un marinero con claras intenciones de ahogarlo, una rubia danzando lascivamente que resultó ser Flora María, la que compraba el Ceregumil como sustituto del azúcar y a quien sus amigos llamaban Mariflor



¿Y quién era Mariflor o Flora María?

Ana estaba soliviantada desde el día que llegaron al pueblo y la vio en el despacho conversando con Pablo; presintió una rival y se reprochaba estar celosa porque el amargor de los celos estaba agriando su carácter,

que siempre fue pacífico; se auto martirizaba comparándose con ella; eran distintas; se confesaba que sentía envidia de su apostura, su elegancia, su sonrisa constante, su cara bellísima, sus ojos claros, su pelo rubio, su cuerpo gentil, su elegancia natural; en cambio ella era del montón, borrosa, oscura a pesar de la tersura y claridad de su piel y de sus ojos grandes y brillantes; tampoco tenía fácil la sonrisa y menos en aquellas circunstancias de un embarazo y la carencia de lo más necesario.

También Pablo estaba pasando una etapa llena de dificultades para abastecer la farmacia; una pequeña clientela económicamente débil y desconfiada, el problema grande de la falta de una máquina de escribir (la suya la había dejado en la farmacia de Ubrique a su madre), y la que hubo antes fue requisada por el ejército y para colmo de contratiempos, tampoco tenía teléfono, por la misma causa; así, que para abastecer su botica se veía forzado a utilizar el teléfono del bar de enfrente; pero Pablo buscaba siempre el posible lado bueno de cualquier contratiempo y así pudo conocer el carácter de los portorriqueños y se enriqueció con la amistades de aquellos hombres que acudían al bar para beber un vaso de café hecho con machacadura de cebada tostada que para algunos consistía el único alimento del día y que poseían la elegancia de disimular su hambre de pan y el fracaso de sus ideales. Sonrisas y miradas dulces, nueva esclavitud aceptada en forzado silencio. "Moriré de hambre pero con dignidad".

El cosario recogía cada noche la hoja u hojas del pedido que habría de llevar y recoger de la casa mayorista de Cádiz.

- Esto me traerá usted mañana de Matute (la casa proveedora).

- De Matute y no de contrabando- descubría su agudeza el cosario, quien a veces tenía que esperar a que Pablo terminara de escribir el pedido y se quedaba después un ratito en animada charla; así fue enterándose de historias e historietas del pueblo.

Aquella noche fue una de las que Evaristo llegó temprano; entró en el despacho; venía eufórico y corno en otras ocasiones Pablo le hizo una pregunta sabiendo su respuesta:

- ¿Un cigarrillo platicado?

A la vez le ofrecía abierta y rebosando tabaco del que le traían de Gibraltar, una hermosa caja de lata que antes fue portadora de sobrecitos de pastillas de Okal, para calmar los dolores de cabeza y que él la había convertido en opulenta petaca. Sacaban ambos sus libritos de papel y con

la solemnidad de rito, liaron sendos cigarros que habrían de consumir mientras la charla, siempre sabrosa.

- ¿Y qué se cuenta por el pueblo hoy?

- Pues que a la confitería ha llegado su cupo de harina y de azúcar y que Marcelo ha podido hacer sus célebres bizcotelas.

- Yo estoy esperando que me manden azúcar para los jarabes...

- Por cierto- continuó Evaristo- que he visto al pasar que dentro de la confitería estaban Mariflor y la Pepona ¿dónde habrán escarbado?

- ¿La Pepona?

- Sí, sí; viene mucho por la botica..., es una chiquirritina con unos ojazos como plazas de toros; más ojos que cara; apenas le han dejado sitio a la nariz y la boca tan exagerada de grande que sí las orejas no le hubieran hecho frente, le hubiera dado la vuelta a la cabeza...; ¡la Pepona sabe vivir y tiene un cuerpecito más bien hecho! Usted no se habrá fijado en ella, a lo mejor, pero lo seguro es que ella se habrá fijado en usted porque es de esa forma de ser...; usted ya me entiende; ¿a que viene por la botica?

- Sí, a comprar bicarbonato y me entrega un billete de a peseta de los de ahora, arrugado y roto y yo le digo: "No tengo cambio, otro día me lo paga."

- ¿Y llega ese otro día, don Pablo?

- Pues no- se rió con fuerza- porque siempre trae una peseta de papel, que parece la misma pero más estropeada y apestosa...

- ¡No sabe nada la Pepona! Esa revende por la mitad de precio el sobrecito de bicarbonato...

- Bueno es saberlo...

En aquel momento, reinando un profundo silencio propicio para meditar sobre la honradez de la Pepona y de la nueva moneda de papel surgida tras la guerra que se prestaba a toda clase de arrugas, rotos y manchas; en aquel momento, repetimos, llegó de la calle por el sitio del escaparate, un ruido pavoroso que evocaba cuentos de fantasmas y aparecidos.

- ¡Ojú, don Pablo, que aún sabiendo qué es lo que ha sonado se me han puesto los pelos de punta...!

- Ya no me extraña pero cuando lo oí por primera vez se me erizaron los vellos y tuve el impulso de salir corriendo... Es Pérez, el vigilante de la calle, en pleno ataque de asma...; ahora, se sienta un rato en el escalón de la puerta de la botica...

Un rato estuvo Pérez sufriendo el ataque; más de una vez Pablo había intentado aliviarlo sin que el enfermo admitiera ayuda; lo explicaba después: - "Si se enteraran de que pasa ésto, mi mujer no me dejaría trabajar ¿y de qué íbamos a vivir entonces?" (Aún no se había establecido la Seguridad Social). Venciendo la terquedad del asmático, lo pasaba a la botica y en ella permanecía sentado en una butaca, hasta que con el auxilio de Pablo le pasaba el mal.

Pero esta noche Pablo no salía en socorro del enfermo, (además fue el ataque más suave que otras veces) porque estaba interesado en la conversación de Evaristo que decía caviloso:

- ¿Donde habrán escarbado las dos tunantas para poder entrar en la confitería de Marcelo? La Mariflor..., ¿la conoce usted ya? Esa no vendrá con pesetas asquerosas porque es más lista..., y un monumento de mujer ¿verdad, don Pablo? ¿que hechuras las tuyas! ¿y con qué gracia habla!... ¿De donde habrán sacado el dinero para poder entrar en la confitería?, porque Marcelo no le fía ni a su madre...

¿De donde sacarían el dinero?

Vamos a saberlo y primero conoceremos a Pepona y Mariflor.

La primera no encajaba bien el nombre porque sus facciones, a despecho de la opinión de Evaristo, eran delicadas y armoniosas y sus ojos expresivos; bajita, de cuerpo bien moldeado. Sus padres eran de avanzada edad y disfrutaban del cariño y respeto de los vecinos. La Pepona fue de niña al colegio de las monjas, porque sus padres tenían la ilusión de verla hecha una señorita fina, para lo cual trabajaron los dos en las rudas faenas sin ver alcanzados sus propósitos, porque la niña, además de vaga, era indisciplinada y tuvieron que aguantarle con el papel que les había sido señalado en la vida; decidieron que trabajara de niñera en alguna buena casa, o, simplemente de mandadera, o costurera como su hermana mayor.

Pepona, fuera del colegio, siguió cultivando la amistad de las monjas en visitas esporádicas y la de sus, hasta entonces, compañeras de trabajos escolares. Pepona se fue trasformando en una muchacha de buenos modales y palabras corteses que seducían a más de una persona y sobre todo a los guardiamarinas, que visitaban Puerto Real los días festivos; siempre tenía ella a su alrededor a más de un cadete.

Mariflor se lo reprochaba: - Hay que ir a lo más alto...

- Sí, a un almirante- contestaba ella riendo.

El domingo era deseado porque siempre había alguno que la invitaba a merendar. Tenía fama de agradecida.

Mariflor era de otro círculo social, hija de un militar, ya retirado; tenía a su madre casi impedida por una cruel enfermedad y su único hermano vivía en Madrid y era padre de seis hijos.- "Seis bocas siempre abiertas pidiendo pan"

Mariflor era rubia, de ojos tremendamente negros y punzantes, siempre dispuesta a la risa y a la chirigota; vestía con elegancia, dentro de la pobreza de sus trajes; era fácil a la confianza y traslucía una fina educación y unos conocimientos superiores a los que aprendiera en el colegio; algunas veces confesaba: - "Yo hubiera terminado la carrera de Perito Mercantil..."

La guerra había truncado muchas ilusiones.

Y vamos con otro personaje cuya descripción es igual para innumerables personajes; lo vamos a conocer con pocas palabras y lo vamos a llamar por su nombre; un nombre muy corriente y fácil: Juan; bueno, don Juan como todos lo llamaban, hasta su propia esposa cuando se sentía guasona.

Don Juan era un caballero casi venerado en el pueblo por su ejemplar vida; en una palabra; sin tacha.

Pues don Juan detuvo a Pepona en el paseo del Porvenir, junto al estanque de los peces, y con un arte especial, por sus visos de casualidad, le dijo alargándole disimuladamente un billete de ¡veinticinco pesetas! ¡una fortuna! ¡y tener que engañar al boticario por dos miserables reales...!

- ¿Y esto por qué, don Juan?- preguntaba guardándose el dinero en el cesto de labor que llevaba al brazo, mientras miraba al estanque fingiendo curiosidad por los peces.

- Eso para que toméis el tren y me esperéis en Cádiz donde tú sabes, después os daré el resto.

Ya tenemos a los tres; seguiremos tras ellos. ¿Iremos a Cádiz también?

Mariflor y Pepona se veían cada noche en la plaza de Jesús junto al candelabro del centro para ser vistas por todos.

- Mira esto- dijo Pepona alargando el valioso billete.

- ¡Quilla! ¿donde lo has pescado?

Explicó Pepona el plan y se dispusieron para ir a la Estación y tomar el tren; como ya estaban preparadas no tenían que entretenerse acercándose a sus casas; los padres de ambas estaban acostumbrados a pasar las veladas solos, y no se atrevían a preguntar porque siempre oían lo mismo: - "A

un guateque estupendo; tomaremos camarones y avellanas y beberemos gaseosa ¡lo pasamos de bien, cantando, bailando...!"

Mariflor y Pepona salieron de la plaza de Jesús y entraron en la calle Calvo Sotelo, el nuevo nombre de la que antes de la guerra se llamó Cánovas del Castillo. Pasaron ante la confitería que tenía iluminadas espléndidamente las bizcotelas que dieron tanta fama a Marcelo. Atraídas por la iluminación y por el imán de la gula... No, no era gula, era hambre, sencillamente necesidad, exigencias del estómago.

Se miraron las dos y sin mediar palabras, entraron decididas y pidiendo a la par:

- Una bizcotela para tomarla aquí...

Los profundos ojos de Mariflor se volvieron infantiles ante el gozo de la golosina; los de Pepona se humedecieron y tuvo que hacer un esfuerzo para no dar libertad a las lágrimas.

Una bizcotela. Y otra. Y muchas.

- Nos va a dar un empacho y nos dolerá el estómago...

- Más duele con el hambre.

Marcelo que tras el mostrador las miraba algo escamado, dijo:

- ¿Como vais a pagar esto?

- Con esto- dijo Mariflor triunfante poniendo el billete en manos del confitero, que no hizo ningún gesto de asombro, tomó la tiza y empezó a sumar.

- Ahora queremos roscos de huevo ...

Fueron servidas en silencio.

- Mi padre es diabético pero esta noche se va a dar un buen banquete...

- ¿Desde cuando no comemos dulces, Mariflor?

- Ya ni me acuerdo... En mi casa se deja el azúcar para mi madre; yo endulzo con ceregumil y mi padre toma pastillas de sacarina.

Marcelo parecía distraído pero estaba atento a lo que las jóvenes hablaban en voz baja y entre risas incontenibles:

- Ya estará esperándonos en Cádiz con sus impacencias...

- Esta noche se va a dar mico...

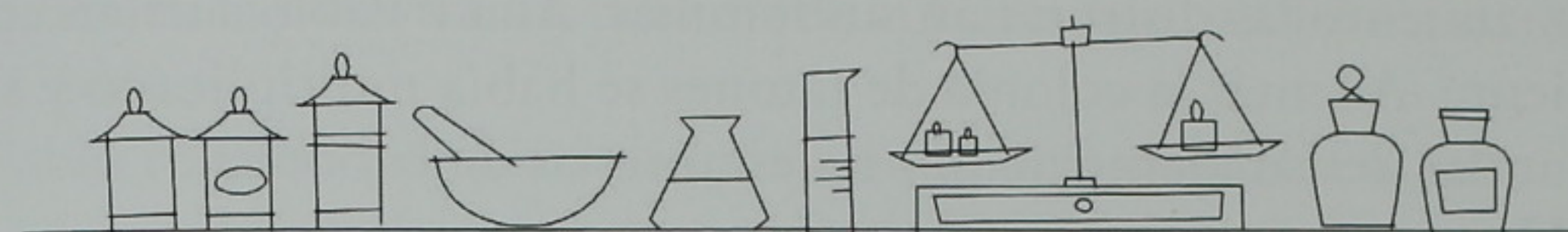
- ¿Y si quiere que le devolvamos el dinero?

- ¿Y cuando mañana nos encontremos con él en la calle?

- No pensemos en eso y vamos a gastar todo en pasteles y galletas.

Lo gastaron todo ante el asombro de Marcelo y de su hija Esperanza que le ayudó a empaquetar casi media confitería, tal cantidad de género

se llevaban entre las dos para agasajar a sus padres.



Pablo hizo el recuento de la venta del día; separó los billetes de peseta malolientes de los mejores conservados y de la calderilla (monedas de cobre de cinco y de diez céntimos), acomodando el dinero en una caja de lata, como la del tabaco, dedicada a caja fuerte.

Apagó las luces y subió al piso. Dormía el niño y dormía la madre. Contempló al primero a la luz de la pequeña linterna y comenzó a desnudarse silenciosamente.

Sus dos amores descansaban dulcemente; Ana, ocupando el centro del lecho, respiraba tranquilidad; se acercó a ella y le besó con cuidado una mano que ella retiró inconscientemente y cambió de postura.- "¿La despierto y se lo digo?" pensaba Pablo; cuidadosamente, ya en la cama, adaptando su cuerpo al de ella en un acercamiento osado.- "¿La despierto? Le gustará ¡pero descansa tan plácidamente...!"

Dudaba mucho pero su deseo era tan dominante que se resistía a disfrutar solo.- "¿La despierto? Si no lo hago no podré dormir..."

- Ana, Ana .- en voz bajísima y suplicante, buscándole el cuello con suavidad- Ana ...

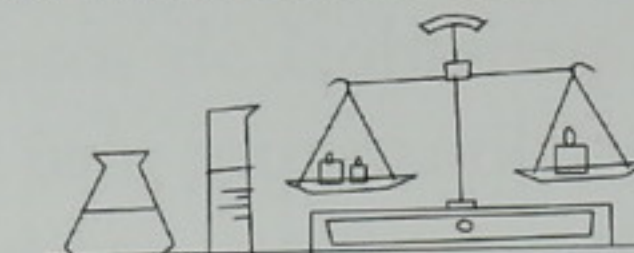
Despertó alarmada.

- Ana de mi alma ¿sabes? hoy hemos hecho en la caja 55 pesetas con 10 céntimos.

Ana se incorporó y exclamó cruzando las manos:

- ¡Gracias, Señor! ... Y 15 pesetas más que ayer ¡qué bien!

Habían transcurrido casi dos meses desde su llegada.



El tiempo avanzaba pero las malas circunstancias no retrocedían; todo seguía mal. Sin embargo, como el estraperlo había aumentado, la alimentación para una parte de la sociedad había mejorado, no así para la otra parte azotada cruelmente por la pobreza y el hambre. Eran

frecuentes las llamadas a la puerta del piso por jóvenes que ofrecían sus servicios solo por la comida, sin sueldo pero a cambio sus cartillas de racionamiento las disfrutarían sus familias. Ana y Pablo sufrían con el ambiente. Además la colonia de ratones se había multiplicado y se les veía andar descaradamente por las estanterías de la botica.

- Hacen falta gatos en esta casa ...

¿Quién oyó esta exclamación de angustia? Porque llamaban en la puerta del piso y eran dos arrapiezos que portaban sendos gatos en sus tiernos brazos; los ofrecían zalameros y ensalzaban la mercancía:

- Están muy gorditos y solo valen tres pesetas los dos...

Protestaba el otro rapaz, mostrando la hermosura de su gato, que lo daba por diez reales y además se lo mato y se lo desuello y me quedo con el pellejo . . .

- Señora- advirtió el primero- ese gato tiene mucho que comer porque está muy gordo, pero tiene tiña...

Parecía que todos los chiquillos del pueblo estaban dispuestos a cazar gatos para proporcionarle al nuevo boticario abastecimiento en su despensa, y eran vanas negativas y protestas : - Lo que necesito es un buen gato para cazar ratones...

Y una mañana, apenas abierta la Farmacia, se presento una señora anciana, con un cesto cubierto por un paño blanco orlado de fina puntilla, que pidió permiso para entrar en la rebotica.

- Adelante- dijo Pablo- ¿en qué le puedo servir?

Y entonces la señora, con dulce emoción, le acercó el cesto y, levantando el paño, le mostró un hermoso gato que llevaba dentro. Con voz enternecida comenzó: - Es mi Poto- y le acariciaba la cabeza que el animal quería sacar de su cárcel.

...que vivía sola con su gato; que no tenía familia; que lo poquito que pudo ahorrar se le acabó; que gracias a las buenas gentes ese mismo día iba a ir a Cádiz para entrar en un asilo y que en él no admitían animales y que ella había pensado...

- Quiere usted que yo se lo compre ¿no?

- ¡Ay, don Pablo!, ¿cómo voy yo a vender una criatura que me ha ayudado tanto en mi triste soledad? Si traerlo aquí me desgarrar el alma porque ya no lo veré más...; este animalito es algo mío, y no sé lo que se puede querer a un hijo, porque Dios no me lo dio, pero yo quiero a Poto como a las niñas de mis ojos..., ¿cómo lo voy a vender?: se lo

regalo porque he oído hablar de usted a más de una persona y me consta su buen corazón... ¿se acuerda usted de la mañana que tomó el barquito de la Maestranza para desde la Carraca y San Fernando poder ir a Cádiz...?

Pablo recordó porque aquel viaje no podría olvidarlo nunca.

- ... pues bien, el tiempo que el barquito quedó varado, por mor de las mareas, en un caño del mar, en ese rato todos los obreros que iban dentro se dieron cuenta del regalo que Dios ha mandado a Puerto Real en la persona de usted.

Pablo recordó a aquellos que fueron sus compañeros en el viaje, lo había comentado con Ana: - °Escucha, todos de cuerpos enjutos, con el costo en las bolsas, pero más de uno llevaba la bolsa vacía porque no podían comprar algo que comer, el costo se reducía a higos, bellotas o algarrobas y sin embargo hablaban conmigo y reían y parecían felices...; son gente buena, hemos tenido suerte de venir a vivir a Puerto Real... ¡Claro que me quedé sin tabaco porque lo repartí entre todos!

La señora no dejaba de hablar y de hundir con cariño la cabeza del minino en la cesta; el animal estaba nervioso y lanzaba unos maullidos suaves y constantes.

- A mi Poto le daba yo mi ración de comida; está acostumbrado a dormir encima de un cojincito... Aquí en su casa estará bien cuidado- y notando en el rostro de Pablo una expresión extraña, preguntó angustiada: - ¿No quiere quedarse con mi gato? ¿qué va a ser de él? Caerá en manos de gente que los cazan para comerlos... ¡Mí pobre Poto! ¡La gloria de mi casa ...!

- No se preocupe, señora, Poto se quedará con nosotros y será feliz; puede irse tranquila al Asilo.

A la señora le costó trabajo sacar a Poto del cesto y colocarlo en el suelo donde el animal estiró las patas, miró a su ama y enarcó el lomo mientras aspiraba con avidez los mezclados olores de la rebotica; los ojos los clavó en los llorosos de la anciana, sacó la lengüita, dio un tenue gemido, se erizó el pelo y miró inquisitivo a su alrededor; olisqueaba; averiguaba de donde procedía aquel apetitoso olor.

Pablo observaba al gato y no quería ver el silencioso llanto de la anciana.- Señora- le dijo por fin para terminar el episodio mientras abría la registradora- tome este dinero para su viaje de esta tarde y ahora mismo voy a decirle a mi mujer que prepare un cojincito para

que Poto duerma cerca de nosotros

La anciana no pudo hablar; recogió con manos temblorosas los dos billetitos de a peseta que se llevó a la boca para besarlos y salió a la calle sin poder volver la cabeza.

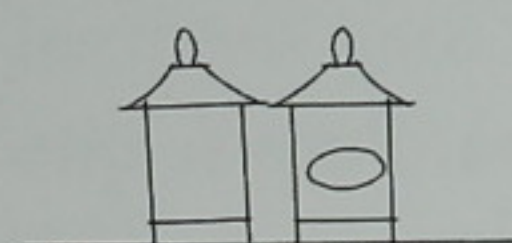
Se dejó coger el gato por Pablo que encerró en lo que llamaban la cocina de la chimenea; el Poto seguía con el lomo erizado, suponemos que no de miedo sino de preocupación cuidadosa para el ataque a los agujeros de la pared a nivel del suelo que llevaban a los nidos de los ratones.

Poto no echaría de menos un cojín, ni la caricia de su ama porque lo que el minino presentía por sus bigotes, era algo maravilloso, unos efluvios desconocidos y adivinado algo ancestral.

Día a día al gato se le notaba el bienestar

Día a día se agravaba la escasez y aumentaban las enfermedades: tuberculosis, gastritis, sama, tiña, paludismo.

Día a día, Pablo iba aumentando la clientela de la farmacia, notando el concepto que el personal tenía de su profesión y de su oficina, que llamaban siempre farmacia y a él farmacéutico; sin embargo recordaba con deleite el nombre que en Ubrique le daban a la oficina: botica (hasta la calle se llamaba así) y a él boticario o como aquel viejo médico que siempre le decía: - "Boticarichi ¿qué me recomiendas para el dolor de garganta que no me deja tragar?" - "La bebida que usted receta siempre, don Diego" - ; - "¡Ah, ¿pero sirve, boticarichi?!"



Un buen amigo había dejado en su pueblo y confiaba que pronto lo serían también los médicos de Puerto Real. Ya era visitado asiduamente por tres jóvenes estudiantes: Guillermo, Pepe y Rabanillo; tres futuros médicos llenos de impaciencias y esperanzas; Guillermo fue siempre el más afín porque además cuando terminó la carrera la ejerció en el pueblo y trabaron una fuerte amistad.

Día a día, iba conociendo a sus paisanos y se enteraba de la historia diaria del pueblo.

A Pablo le gustaba hablar y escuchar; a la farmacia acudían algunos

con el propósito de comprar bicarbonato o sal de higuera y quedar un ratito comentando el tiempo; nunca se hablaba de política ni de la guerra pasada; todos eran discretos, menos uno que se quedaba un rato hablando del pasado esplendor del pueblo y de los personajes que vivieron en él; era el único que se atrevía a insinuar sus ideas; una vez le dijo en su entusiasmo: "¿Usted sabe por qué de vez en cuando le hago perder el tiempo quedándome a charlar? Pues no es por el cigarrillo con que me obsequia, y que yo le agradezco, es porque usted habla muy bien ... ; (aquí Pablo manifestaba su humildad) don Pablo, yo no soy hombre de iglesia, ni a mí se me perdió nada con la religión y los curas, pero cuando me entero que viene uno a predicar me planto en la iglesia ¡y cómo disfruto oyendo al cura! ¡claro que yo no me creo nada de lo que dicen!".

Otros que siempre echaban sus parrafitos eran los clientes del campo; esos eran especiales; no tenían prisas; tampoco pagaban en el acto; ellos "sacaban" los medicamentos y al final de temporada, liquidada la cosecha abonaban de un golpe todo lo "sacado" y muchas veces agradecían la espera obsequiando con productos de la tierra, que siempre venían bien.

La anciana no pudo hablar; recogió con manos temblorosas los dos billetitos de a peseta que se llevó a la boca para besarlos y salió a la calle sin poder volver la cabeza.

Se dejó coger el gato por Pablo que encerró en lo que llamaban la cocina de la chimenea; el Poto seguía con el lomo erizado, suponemos que no de miedo sino de preocupación cuidadosa para el ataque a los agujeros de la pared a nivel del suelo que llevaban a los nidos de los ratones.

Poto no echaría de menos un cojín, ni la caricia de su ama porque lo que el minino presentía por sus bigotes, era algo maravilloso, unos efluvios desconocidos y adivinado algo ancestral.

Día a día al gato se le notaba el bienestar

Día a día se agravaba la escasez y aumentaban las enfermedades: tuberculosis, gastritis, sama, tiña, paludismo.

Día a día, Pablo iba aumentando la clientela de la farmacia, notando el concepto que el personal tenía de su profesión y de su oficina, que llamaban siempre farmacia y a él farmacéutico; sin embargo recordaba con deleite el nombre que en Ubrique le daban a la oficina: botica ( hasta la calle se llamaba así ) y a él boticario o como aquel viejo médico que siempre le decía: "Boticarichi ¿qué me recomiendas para el dolor de garganta que no me deja tragar?" - "La bebida que usted receta siempre,

don Diego".- "¡Ah, ¿pero sirve, boticarichi?!"

Un buen amigo había dejado en su pueblo y confiaba que pronto lo serian también los médicos de Puerto Real. Ya era visitado asiduamente por tres jóvenes estudiantes: Guillermo, Pepe y Rabanillo; tres futuros médicos llenos de impacencias y esperanzas; Guillermo fue siempre el más afín porque además cuando terminó la carrera la ejerció en el pueblo y trabaron una fuerte amistad.

Día a día, iba conociendo a sus paisanos y se enteraba de la historia diaria del pueblo.

A Pablo le gustaba hablar y escuchar; a la farmacia acudían algunos con el propósito de comprar bicarbonato o sal de higuera y quedar un ratito comentando el tiempo; nunca se hablaba de política ni de la guerra pasada; todos eran discretos, menos uno que se quedaba un rato hablando del pasado esplendor del pueblo y de los personajes que vivieron en él; era el único que se atrevía a insinuar sus ideas; una vez le dijo en su entusiasmo: "¿Usted sabe por qué de vez en cuando le hago perder el tiempo quedándome a charlar? Pues no es por el cigarrito con que me obsequia, y que yo le agradezco, es porque usted habla muy bien...; (aquí Pablo manifestaba su humildad) don Pablo, yo no soy hombre de iglesia, ni a mí se me perdió nada con la religión y los curas, pero cuando me entero que viene uno a predicar me planto en la iglesia ¡y cómo disfruto oyendo al cura! ¡claro que yo no me creo nada de lo que dicen!".

Otros que siempre echaban sus parrafitos eran los clientes del campo; esos eran especiales; no tenían prisas; tampoco pagaban en el acto; ellos sacaban los medicamentos y al final de temporada, liquidada la cosecha abonaban de un golpe todo lo sacado y muchas veces agradecían la espera obsequiando con productos de la tierra, que siempre venían bien.

Ana por su parte también se iba haciendo de amistades; siempre andaba brujuleando para poder abastecer la despensa; todos los días comían más o menos bien pero seguían faltando el aceite, el pan, el azúcar y el carbón y se perdía mucho tiempo haciendo cola para adquirir alguna cosa.

A Ana le preocupaba la falta del jabón por la higiene porque le aterraba la amenaza de la sarna y los piojos y la proximidad del parto. ¿Cómo se iban a arreglar? ¿Tendrían que lavar las ropitas con perborato? ¿Cuando cambiaría la situación?

Pablito era feliz. Todos los días paseo. A ver el mar, donde él cantaba, viendo el barco que llamaban de la Maestranza y que iba a La Carraca.

Yo tengo un barco velero en el muelle de Almería...

A Pablito le gustaba la música y gozaba con la radio; una radio que ocupaba una mesa porque tenía el altavoz fuera.

A Pablito le gustaba cantar

... yo te daré  
te daré niña hermosa  
te daré una cosa  
una cosa que yo solo sé ¡café!

Y al terminar se aplaudía él mismo.

Pablito no sabía que Europa estaba inquieta y temerosa .

Ni él, ni Ana, ni las tatas Amalia y Antonia sabían de tormentas y catástrofes; el niño estaba atendido en todas sus necesidades y empapado de cariño; Ana, preocupada por la casa, no quería escuchar las noticias de la radio ni leer el periódico .

- Quita eso- decía- y pon música.

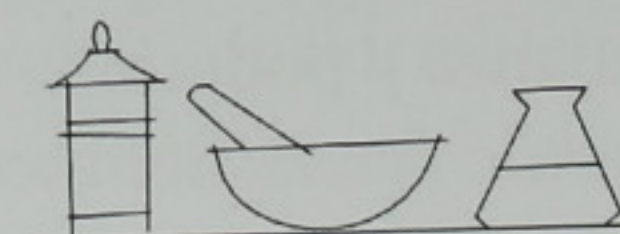
El pesimismo la atenazaba. Y las tatas tenían seguros un poquitín de pan, higos, bellotas, leche y algarrobos.

Ninguna quería pensar. Lo pasado, pasado está, ¿lo por venir? ya llegará. Casi insensibles a lo que no fuera personal.

Una vez, mediada la mañana, volvía del paseo Ana con Pablito y entró en casa, como cada día, por ía botica.

- ¡Qué niño tan precioso!- exclamó al verle una señorita muy elegante y muy distinguida. Se llamaba Adela y había perdido a su novio- próximos a casarse- en la guerra civil.

- Como tantas a otras- decía ella resignadamente.



Entró en la botica, cuando de ella salía Adela, otra señorita- por el modo de vestir- y Pablo y Ana notaron que las dos evitaron el saludo mutuo.

Lo comentaron en la rebotica y la auxiliar, una joven guapa, trabaja-

dora y discreta, les dijo:

- Es la Pili; una señorita de lo mejorcito del pueblo, que desde que empezó la guerra no sabe nada de su hermano que era el que llevaba la casa...;lo pasa muy mal, está vendiendo sus joyas y cuadros sin que la madre lo sepa... Y además se la vé a menudo con la Pepona y con Mariflor...; pero dicen que no tiene gancho...; no es agraciada y tan larga y flaca...

¡Pobre Pili !Qué drama el suyo! Y qué el de tantas personas!

Pilar Ruiz, Pili para las amistades y señorita Pili para los sirvientes.

En realidad Diego Pérez no era su criado ni nada parecido. Diego Pérez era un campurrito, como llamaban en el pueblo a los que vivían de y por la tierra; estaba considerado por sus convecinos como una buena persona, amigable, trabajador, soltero, bien arropadito por su abultada cartera y muy amigo de hacer favores.

La señorita Pili lo trataba desde que alguien se lo recomendó para que le proporcionara buena tierra para las plantas de su jardín; eso fue antes del Movimiento. La casa, que ocupaba con su madre y hermano en la calle Cánovas del Castillo que a raíz de la terminación de la guerra se le llamó de Calvo Sotelo, era amplia, bellísima, con patio central y jardín al fondo; un jardín espléndido de anchos arriates, coquetón cenador y lozanos árboles.

La primera vez que Diego fue a llevar mantillo a la casa, le abrió una doncellita con cofia blanca en la cabeza y un diminuto y primoroso delantal blanco sujeto a la cintura y anunció a la señora madre:

- Han traído la tierra ...

Pili se levantó porque habría que pagar al hombre y salió al patio.

- Dos sacos grandes traigo en el borriquillo, señorita ¿donde hay que dejarlos?

A Pili las palabras del campurrito le sonaron a repique de campanillas a pesar de que la voz del hombre era grave, pero su aspecto, queremos decir, su presencia, pregonaba pujanza y poderío.

Pili había sobrepasado hacia tiempo los treinta y no guardaba ningún recuerdo galante de su pasada juventud.

Dirigió a Diego al jardín y miró arrobada cómo el hombre acariciaba la tierra al esparcirla por los arriates.

- Es que la tierra- decía él entretanto- es como una madre, como una mujer...

Y en el estremecimiento de su cuerpo Pili, sentíase tierra y que aquella mano ruda pasaba acariciando su piel. Al terminar Diego su trabajo se despidió de la señora con palabras muy corteses y no admitió el dinero que en pago quiso darle.

- A mandar, señora; cuando me necesite me encontrará siempre...

La doncellita se atrevió después a comentar: - Está hecho un buen mozo, ¿verdad, señorita Pili?

- No me he fijado en él,- contestó enrojeciendo hasta la frente.



Aquella noche, Pili, tuvo los sueños más bonitos de su triste vida sin amor de hombre; al despertar, se negó a perder el placer de las caricias de las manos anchas y duras que habían recorrido su cuerpo en aquella noche memorable.

Cuando en otras ocasiones volvía Diego para abastecer los arriates nunca se encontraba presente Pili; ella había inventado una excusa para estar fuera de su casa; la señora por mediación de la doncellita se comunicaba con aquel campesino complaciente y discreto. La doncellita se atrevió una vez a decir: - Pues como el Diego hay pocos hombres que le igualen: alto, fuerte, guapo y con haberes...

- ¡Bah, un campurrito, que ni sabe leer ni escribir... !

- Pero sabe para su avío ...- sentenció la joven.

En realidad Diego leía poco y escribía con mala caligrafía y peor ortografía, pero su vida, decía él, no estaba en los papelotes sino en el cuidado de la tierra que heredó de su padre; en la rústica casita vivían él, su madre, un hermoso perro y un indolente gato.

De la guerra fue librado por hijo de viuda; en la posguerra no supo de apreturas y su cartera se abultó considerablemente porque entre él y la madre crearon un comercio de abastos del que se surtían los conocidos y amigos.

Ni Pablo ni Ana conocían el clandestino establecimiento, en el que capeaban victoriosas y libres buena cantidad de gallinas, cabras y cerdos. Más adelante quiso Pablo conocer el reino de Diego y hasta consiguió que engrosara su clientela cuando hubo aquel brote de paludismo que atacó

a la madre ya con demasiados años. Pablo supo el misterio de la soltería de Diego.

- A mi madre no le doy yo una nuera... ella es muy difícil de llevar porque tiene un carácter muy raro...

- Quizá unos nietecillos ...

- Yo, don Pablo, no estoy capacitado para tener descendencia, soy un hombre normal. Y que las mujeres están muy a la mano...; uno lo pasa bien y no hay compromiso.

Diego no sufría el horror de la posguerra; él y la madre eran parcos en la comida que tenían en abundancia y vendían lo sobrante; ella iba al pueblo a ofrecer huevos, leche, quesos, patatas; él, buscaba en lo más lejano, harina, garbanzos, aceite, jabones, telas. En la rústica casita no faltaba de nada.

En las demás del pueblo...

En la de Pili. En esa casa no quedaba cosa alguna que vender de valor para seguir tirando hasta que volviera el hermano desaparecido. La doncellita fue despedida porque no podían atenderla ni en sueldo ni en alimentación.

La madre no preguntaba a la hija por aquel collar de perlas que le gustaba lucir en su cuello cuando hacía visitas o las recibían ellas; ni del broche de brillantes con el que se recogía la mantilla en sus visitas a los Sagrarios en los días de Jueves Santo; ni parecía acordarse del hermoso paisaje prisionero en un lienzo colgado en una pared del comedor. Que Pili estuviera haciendo encajes de ganchillo a destajo para venderlos o cambiarlo por un chusco de pan, un puñado de higos o un vaso de leche le dolía, pero pensaba en una pobreza digna. Que Pili alternara con Mariflor y Pepona le producía desazón y no se atrevía a censurarla.

- ¿Lo has pasado bien, hija mía?

- Si mamá- y ponía en sus manos un puñadito de bellotas.

- Están muy duras ¿podrías asarlas?

- No tenemos ni siquiera un tizón que quemar, ni periódicos, ni casi libros...; cada vez que tomo uno para quemarlo me arden las lágrimas que se me derraman de los ojos...- y de pronto añadía jovial: - Pero esto pasará y volverá Alberto y todo será igual que antes...

Todavía conservaban las ricas sábanas y los juegos de manteles de hilo que podrían vender; y la vajilla de lujo; y la cubertería de plata maciza; y la cristalería de roca... pero ¿quien se atrevía a comprar cosas de las que se

puede prescindir?

Si Alberto no volvía pronto, encargaría a Pepona que le buscara compradores en Cádiz o en Jerez; siempre puede haber un arreglo.

¿Cuántos días llevaba a madre con solo un vaso de leche y un chusco cada 24 horas? ¿Y ella ...?

No podía aguantar más; ¡Fuera honradez! ¡De la forma que fuese!

Con Mariflor y Pepona no podía competir porque tenían muchos atractivos y ella no poseía físicamente ninguno; tal vez resultara repelente; la altura y delgadez de su cuerpo recordaba estandartes y esperpentos; no tenía movimientos armoniosos; no lucía una buena dentadura al reír; el pelo ralo y crespo y los ojos pequeños y saltones; solo sus manos eran dignas de admiración, habían sido, pues de un tiempo al presente, desde que tuvo que hacer las faenas caseras y arañar la tierra del jardín habían perdido belleza.

Al jardín iba poco desde que ya prácticamente solo quedaban ortigas y se habían acabado las plantas por falta de raíces; las raíces fueron su único alimento de los últimos días; las había desenterrado todas y limpias de tierra las metía en su boca, las aplastaba con los dientes y chupaba sus jugos; ya las lombrices se habían adueñado de los arriates y pululaban como diminutas culebras rojas. Pensar en la comida era un tormento y apartaba de su mente los recuerdos de las suculencias servidas en el comedor cuando los tiempos eran otros; ahora sentía el estómago como un martillo de hierro, o como una tenaza de metal hurgando en su interior.

Mariflor se fue a Madrid y a la Pepona le molestaba su compañía. ¿A quien acudir? ¿Qué podría vender? ¿Cuándo? ¿A quién? No le fiaban en la panadería.

Decidida abrió el secreto de la cómoda de su madre y cogió, sin temblarle las manos, el estuche del reloj de oro de su padre con el nombre grabado en la tapa, Alberto Ruiz.

La madre duerme.

Sale a la calle.

Puerto Real parece dormido en la siesta.

El día huele ya a primavera.

Avanza hacia la Estación. Todo en calma; atraviesa la vía y entra en la avenida de eucaliptos que lleva a Las Canteras; el pinar embrujado de poesía y no entra en él; continua por la carretera de Medina; a uno y otro lado rústicas casitas y lujosos chalés.

Continúa.

A la vuelta del camino está la casita donde Diego vive con su madre y a ella le encargará la venta del reloj y tomará algo a cuenta; se va tranquilizando poquito a poco al creer que esto sería una solución.

La casita de Diego estaba separada de la carretera y desde ella podía ver que ardía dentro la chimenea porque el humo denso sobre el techo, se iba deshaciendo en una horizontal de suaves algodones.

Un caminito conducía hasta la puerta. Lo anduvo sin titubeos. El estómago le saltó no sabía si de júbilo o desgarrado de impaciencias.

En su avanzada no se asustó por los ladridos del perro atado a un corpulento árbol; ni observó el aleteo escandaloso de un gallinero en libertad, porque era más fuerte que todo, el penetrante olor a algo frito, quizá huevos, quizá chorizo...

Era chorizo, porque cuando Diego salía avisado por los animales, le chorreaba la grasa roja por las comisuras; al conocerla, se limpió con una mano los labios y dijo:

- Señorita Pili ¿qué pasa para que usted venga aquí y a estas horas?

Apenas podía hablar y un mareo la detuvo en la puerta sobre la pared.

- ¿Está usted mala? ¿Qué le pasa? Entre, entre usted...

Se dejó llevar como una niña y se acomodó en la mecedora cercana a la chimenea. En la mesa estaba un plato con un par de huevos fritos y dos gruesos chorizos; en las brasas de la candela, sobre una trébede, aun humeaba el aceite contenido en la sartén.

- ¿Y tu madre, Diego?

- Mi madre está en el pueblo y no vendrá hasta la noche...; murió una amiga de toda la vida...

Pili no apartaba los ojos del plato con comida.

- Tengo hambre, Diego...- dijo vergonzosa.

El no comentó; en silencio atizó la candela, volvió a hervir el aceite y volcó en ella dos hermosos huevos que le sirvió en un plato de loza fina que tomó de los que adornaban el vasar; y, en silencio también, frió un chorizo, partió pan y la invitó a sentarse con él.

El silencio los acompañaba.

Pili devoraba la comida zafiamente; su barbilla brillaba de grasa; sus manos iban directas al plato sin usar tenedor ni cuchillo, y después, tomando ya el café- auténtico café- se sonrojó al no poder evitar un eructo.

Parecía que todo volvía a la normalidad cuando Diego dejó limpia

la mesa y dudaba si estaría bien sentarse al lado de la señorita y darle conversación; ella estaba tan campechana, encendidas en los carrillos unas bonitas tapetas de sangre bulliciosa; también eran bonitas las piernas, quizá lo único bonito que tenía en su cuerpo destartado. Un inicio de codicia se iba despertando en el hombre.

Ella lo miraba agradecida y no encontraba palabras que hiciera una conversación natural. El estaba allí sin preguntarle, fumando con placer, acariciando al gato que se había subido a sus piernas ronroneando.

Lo volvió a ver arreglando los arriates de su jardín, acariciando la tierra como a una mujer ...; ella había soñado más de una vez con su caricias... Ella nunca conocería el roce de la mano de un hombre en su cuerpo, porque ella no era como Mariflor o como Pepona, o como otras muchas, y le daba rabia no ser como ellas porque así tendría segura la comida de su madre y la suya propia...

Diego echó al suelo al gatito y se puso de pie; parecía nervioso e incómodo; se ajustó los pantalones y entreabrió un poco la camisa dando libertad a los oscuros vellos.

- ¡Qué hermosura de hombre!- se dijo a sí misma y luego, sin meditar las palabras, ofreció: - Tengo que pagarte la comida que me has dado ...

- No lo consentiré ...

- Ve a mi casa y escoge el mueble o el cuadro que más te guste.

- ¿Donde los pondría...?

- Te doy el reloj y la leontina de mi padre que traigo en el bolso.

- Tendría que guardarlo o venderlo ¿qué haría yo con una prenda semejante?

Diego la miraba desconcertado.

- Te tengo que pagar ...

Diego callaba. Ella insistía.

- Te pagaré con mi cuerpo... Nunca me ha tocado un hombre..., tú serías el primero.

La tarde se presentaba clara, aromada y apacible; el sol paternal; la brisa juguetona; los pájaros bulliciosos; el campo y el pueblo parecían despertar de un sueño reparador.

Cuando Pili se despedía de Diego llevaba colgados de sus brazos dos cestas llenas de viandas; no le importó sentirse dolorida por las ingles y que sus pasos fueran torpes; volvía a su casa con alimentos

para muchos días, esperanzada en que ya nunca les faltarían. Y que todo había sido con la mayor discreción, hasta con respeto de parte de Diego, solo que ya era como Mariflor y la Pepona, ¿qué haría su madre si lo supiera?

¿Qué dijo? Absolutamente nada; acogió con naturalidad los presentes que le había proporcionado una amiga y saboreó parte de ellos.

Luego no dejaba de observar que Pili no andaba con soltura, que había entrando sigilosamente en su cuarto y percibió como abría un mueble.

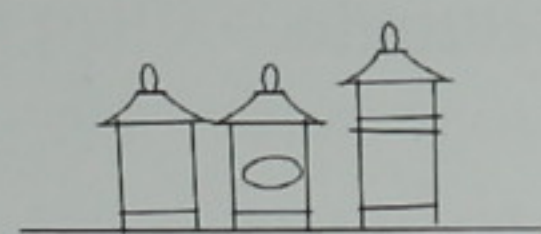
Y más tarde, cuando en la casa todo era silencio, se echó de la cama y a oscuras tanteó el secreto de su cómoda y pudo palpar el reloj y la leontina que habían vuelto a su lugar de siempre; unas lágrimas silenciosas corrieron por su rostro y un suspiro hinchó su pecho; luego se santiguó.

Volvió al lecho. Repasó el día desde por la mañana; recordaba perfectamente que su hija estaba muy nerviosa porque no le habían querido vender los dos chuscos que les correspondían de racionamiento; no quiso hablar del asunto y evitaba mirarla; cuando se tomó el vaso de leche que le servía de almuerzo fingió un sopor en la butaca y quedó atenta a los movimientos de Pili, cuando ésta salió a dar un paseo, entró en el cuarto y comprobó lo que ya sospechaba: el estuche con la joya se lo había llevado para venderlo, sabiendo que vender el reloj sería lo que hubiera hecho en el último extremo, cuando ya no quedara en la casa nada por vender.

Y si el reloj estaba otra vez allí...

- Mi pobre hija...! ¡Mi pobre hija...!

Los sollozos fueron sentidos por Pili que descansaba en cuarto contiguo, pero no se conmovió.



El hogar de Pablo y Ana se estaba preparando para el nacimiento del segundo hijo esperado en la primavera, el tiempo se iba haciendo bondadoso, con lluvias, sol y aire, raro era el día que soplaban el molesto y querido levante.

Ana había encontrado los medios para abastecer su despensa comunicándose con las mujeres dedicadas al estraperlo y aunque esto era caro y difícil todos sentíanse más tranquilos; para la limpieza de la ropa de

Pablito, se recibía por correo desde Jaén, enviado por la tía Rosario, un paquetito conteniendo uno o dos tacos de jabón verde que aliviaba mucho; clandestinamente se iba encontrando cosas muy necesarias y si el alivio era grande, siempre surgían nuevos problemas. Uno era que Ana no quería usar el agua del aljibe, ni siquiera estando destilada; las explicaciones que daba para el rechazo eran incomprensibles en una mujer como ella de al parecer de mente clara y bonita, aunque no de extensa cultura. Decía que era agua maldita; lo decía convencida y por tanto en el piso solo se usaba el agua del grifo, un poquito salobre, que a ella le recordaba la sal de higuera. Al parecer Pablo no prestaba atención a su comportamiento que atribuía a su estado y al ambiente que les rodeaba.

Ana no explicaba por qué rechazaba el agua del aljibe y procuraba no andar por los pasillos que rodeaban el patio que a su vez era el techo de aquel maravilloso almacén de aguas de lluvia; en cambio Pablo tomaba a broma el capricho de su mujer y decía: - "¡Si tenemos suerte con una botica y un aljibe, de dos bocas para colmo!".

La clave de aquello estaba en la nueva amistad de Ana, la gentil y parlanchina Jovita.

Era esta una joven huérfana de padre que vivía sola con su madre desde que su hermana había muerto en el frente de Córdoba donde prestaba servicios de enfermera. Madre e hija pasaban, como casi todos, por las estrecheces del momento, pero se administraban bien y vivían su pobreza hasta con elegancia; Jovita frecuentaba sus amistades haciéndoles favores como correspondencia a las abundantes meriendas que cada día compartía en una o en otras casas.

Una era la farmacia de don Pablo, porque Ana reunía unas cualidades de mucho señorío y bondad que la distinguía. En realidad, la merienda ofrecida por Ana era simplemente leche sin azúcar o con una o dos pastillas de sacarina, amén de un par de galletas compradas para la ocasión en La Campana, la confitería de Marcelo; que tenía expuestas en el escaparate.

Jovita estaba al tanto de todo lo referente al racionamiento local y no dejaba de pasar ningún día por la acera de la confitería para enterarse de las novedades.

Y como Jovita era muy delicada, obsequiaba a Ana con un par de patines de lana para el bebé o un ramito de violetas o rosas.

Ana agradecía ambos regalos porque las flores y las plantas le chiflaban (¡si en la casa hubiera un jardín!) y los patines pasaban a regalo regio

porque como tantas cosas, telas, hilos y lanas para labores eran difíciles de encontrar en todos los comercios.

Las meriendas de Jovita en casa de Ana, favorecían mucho a la farmacia, notándose día a día el aumento de una selecta clientela, hasta entonces retraída, por mor de la política.

Y las charlas durante ellas, eran sabrosísimas; aunque Jovita era discreta, como hablaba mucho, se le escapaban historias, vivencias y costumbres del pueblo; y un día, entrando en el cuarto donde el albañil había dicho que allí estaban las señales de una puerta que en tiempos comunicaba con la casa contigua Jovita dijo:

- Mi madre sabe la historia...

Naturalmente que Ana, quiso conocer a la madre de Jovita y fue a visitarla enseguida y por ella supo la terrible historia:

- ...don Teófilo era un ricachón sin pergaminos que se vino a vivir a Puerto Real pensando en deslumbrar al pueblo y casarse con alguna señorita ilustre de aquí o de Cádiz; vivió en un caserón de la calle de La Palma y más tarde alquiló la casa de junto a la farmacia, se hablaba que obligó al farmacéutico a vaciar el aljibe...

¿Como pudo obligarle? ¿la casa era suya?

- Pues no sabemos como, pero lo hizo. El caso es que el aljibe se convirtió en un casino secreto, donde más de uno se quedó en la absoluta pobreza... Y lo que ocurrió al cabo del tiempo es que don Teófilo hizo que el boticario dirigiera las aguas de lluvia que recogían las azoteas, de nuevo al aljibe, hasta que estuviera a tope... Y fue entonces cuando empezó a cundir la noticia de que Eduardito un portorrealeño muy tarambana, había desaparecido...; al principio se dijo que había cogido el portante en un barco, como otras veces, y que ya volvería, pero han pasado muchos años y todavía no se ha sabido nada de él...

- ¿Y don Teófilo?

- Don Teófilo al poco tiempo también desapareció...

Jovita comentó jovial: ¿A que Eduardito está todavía dentro del aljibe? Ana no pudo evitar un estremecimiento. O22O

Y Ana, por su estado o por el entorno social de aquella época, dio en no pisar el suelo del patio porque podría ser sacro. Pablo se reía.

¿Cómo puedes pensar esas cosas, mujer? Si no quieres pisar ese suelo ni utilizar ese agua, no importa... Después del nacimiento hablaremos...

- Pero ¿es que tú crees que son antojos de embarazo?

Pablo pensaba en la gran imaginación de su mujer y que pasaría todo cuando...

¿Cuando qué...? Si ya estaba llamando a las puertas la nueva criatura; ¡si cumplía a primeros de abril!

Un nuevo problema había que solucionar antes del parto para que a la nueva criatura no le ocurriera como a Pablito...

Decididamente tenía que visitar a don Ramón Gil, el médico que pronto sería un jubilado más, y que podría considerar el caso. Ya lo visitó en los primeros días de su llegada, por cortesía natural. Comentó entonces con Ana lo que le impresionó la visita; primero porque la casa era bonita y acogedora; los muebles de ricas maderas, hasta la de los bancos que, colocados en el zaguán, servían para esperar el momento de la consulta, cuyo despacho era una habitación inmediata; que le abrió la puerta de la cancela una joven muy atenta; que apareció la señora, le saludó finamente y lo hizo pasar a la sala de estar en la que se encontraba casualmente su marido; la señora (luego supo que se llamaba Carmen) conservaba una belleza singular, ojos profundos y oscuros, cabello gris y bien peinado, tez pálida, boca sonriente y de toda su persona emanaba elegancia serena; se había retirado discretamente y el quedó solo con don Ramón. Don Ramón era un tipo tan curioso como aquella sala de estar donde fue recibido esa primera vez; era presidida por una hermosa escultura de un Cristo Crucificado de gran tamaño que estaría más acorde en una catedral; un pequeño altar, una mariposa encendida, un rico búcaro con flores naturales y un reclinatorio tapizado de terciopelo rojo; en la pared, cuadros y un primoroso estante con libros religiosos; rica sillería, un escabel para apoyar los pies y dos hermosas butacas. En una estaba don Ramón que le ofreció la otra a Pablo. La visita fue corta pero afectiva por ambas partes.

Don Ramón Gil estaba a punto de jubilarse pero tenía tal predicamento en el pueblo que no deseaba el descanso, aunque él jamás había descansado: las atenciones a su familia, sus enfermos, sus amigos de tertulia y su negocio: (una panadería muy boyante que por las circunstancias estaba pasando, como todas, por un difícil momento). Don Ramón Gil, sentado cómodamente, respiraba bondad y sorna, (guasa, decían); era alto, fuerte, de dulces ojos intensamente azules y pelo del color de la espiga granada; se distinguía por su apostura y por aquella manía de utilizar siempre chalecos (en invierno de pana) porque de sus bolsillos

colgaba le cadena de eslabones de oro que sujetaba el valioso reloj, aunque él jamás se sintió obligado por las horas y apenas lo consultaba.

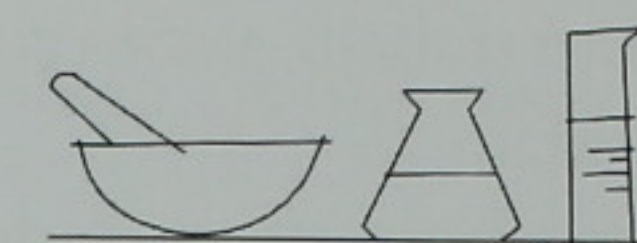
Don Ramón Gil había devuelto la visita cortés y deseó prosperidad al nuevo dueño; ya le llegaría alguna que otra receta suya con fórmulas que le parecían extrañas, por su antigüedad, pero que eran de efectos rápidos y eficaces, como aquella de ..."mézclense con polvos de cuerno calcinado de rinoceronte macho y..."

Y hasta espectaculares; no por las fórmulas; también por el bisturí. Esto lo supo Pablo por otro médico y además era del conocimiento popular. Se contaba que hacia algunos años vivía en el campo un hombre casi inútil para el trabajo debido a su cojera que no encontraba medio de mejorarla ni aun visitando a los milagreros sanadores; tuvo que consultar con don Ramón "porque de algún tiempo a esta parte tengo el pito del tren silbándome en esta oreja sin dejarme descansar". Con muchos trabajos el cojo con la ayuda de su mujer y la del médico pudo sentarse en el sillón de brazos para ser reconocido; en el oído no se notaba nada anormal, ni siquiera cerumen; don Ramón mientras, tenía en sus manos un bisturí y tal vez por un movimiento torpe e involuntario, un trozo de oreja saltó al suelo ante la sorpresa de todos; el grito del hombre fue superior al silbido del tren en su arranque; el taco inmediato fue estruendoso y el asombro de la mujer tremendo y tierno cuando vio que su marido, se había levantado del sillón como un resorte y salía de la habitación corriendo, como si fuera a ganar una carrera, con las dos piernas que se movían rápidas y acompasadas entre ellas.

- ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Don Ramón usted es un santo! Se acabó la cojera...

Don Ramón había quedado con la mano alzada, cual torero luciendo un trofeo, y atónito ante el caso.

El milagro se regó por el campo y por el pueblo. Era un milagro, seguro. Y desde entonces se presentaban en la consulta todos los cojos de los alrededores y era tal la fe que los animaban que más de uno llegó al médico hasta con una pierna menos. Don Ramón cortó más orejas que el Gallo, comentaban en el pueblo; algunos recordaban su antigua agilidad, otros no conseguían mejoría de ninguna clase pero la fama de don Ramón saltó hasta interesar a los científicos franceses y alemanes.



Que Pablo tenía necesidad de volver a visitar a don Ramón esperando que le resolviera un conflicto, ya lo hemos apuntado pero, para aclararlo o explicarlo mejor, hemos de volver a Ubrique y gozar con el nacimiento de Pablito; era el primer hijo del matrimonio y vino al mundo rodeado de mucho amor y de muchísimos detalles que ya habían empezado a ser raros; un detalle fue que Ana convirtió en pañales el juego de sábanas de hilo puro; que estaban confeccionadas a punto de media por sus manos las fajitas; las camisitas igualmente fueron hechas con las ricas telas de la madre, para lo cual deshizo un par de coquetones camiones; que el traje-cito de cristianar fue de lo más rico en bordados y encajes, y que gracias al celo maternal se revistió la cuna con sencillez y elegancia; que estaba la familia reunida para el acontecimiento y que todos se pusieron alegres al sentir el primer llanto del niño.

Fueron unos días de felicidad. Todos contentos porque el niño era perfecto, precioso y parecía encontrarse muy a gusto en este mundo.

Los padres iniciaron la normalidad doméstica; había orden y placidez y así hubiera seguido si al cuarto día de su llegada, el bebé no hubiera interrumpido la tranquilidad llorando, sin descanso para nadie.

El niño lloraba porque en su cuerpo, tan robusto y fino, habían aparecido como unos lunares brillantes, decía la madre; los tales lunares eran vejigas que en su interior estaban llenas de un líquido incoloro; las vejigas se multiplicaban sin cesar; Pablo fue al laboratorio de un médico amigo y tras los análisis y preguntas se resolvió el misterio: que, como no habían salido ni en las plantas de los pies ni en las palmas de las manos, el mal no era tal, pues se trataba de pénfigo de recién nacido con lo cual éste estaba autovacunado para muchas enfermedades.

- ¡Enhorabuena, Pablo!

- Sí, pero ¿qué remedio hay para que deje de sufrir mi niño?

En la botica, ninguno, pero la curación es muy fácil: una muñequilla de afrecho hervida en abundante agua en la cual se bañará al niño y cesarán los picores; pasados unos días el pénfigo desaparece para siempre y te advierto que todos tus hijos nacerán autovacunados y tendrán que bañarlos en ese agua antes de que broten las vejigas.\*

Conseguir el afrecho costó trabajo, y sólo con la receta del médico pudo traer a casa una buena cantidad.

Que Pablo tenía muchas y buenas amistades en el pueblo; que todavía el afrecho alimentaba a las gallinas; que la receta significaba que aquello no era un capricho y que para colmo el alcalde era su amigo, el médico que le llamaba boticarichi y que le pedía consejos para curar sus propios males.

Así de sencillo fue.

No era fácil en Puerto Real, casi desconocido, donde el pan de racionamiento era hecho con mezcla de harina y afrecho y algunos días con más cantidad de lo segundo que de lo primero.

La criatura estaba al nacer dentro de unos días y querían los padres tener preparado el remedio antes de que apuntara el pénfigo .

Por eso era impuesta la segunda visita a don Ramón Gil, como médico y como dueño de una tahona.

Justamente el día que se preparó para la visita interesada, llegó a la Farmacia un cliente del campo, joven y apuesto, que le presentó la receta con un guiño significativo; la receta de don Ramón Gil era una fórmula para una bebida en la se leía entre otros ingredientes: "1/2 gramo de polvos de cuernos de boticario viudo...".

Pablo no pudo menos que preguntar :

- ¿Esto es cachondeo?

El joven se disculpó: - Yo no sé lo que ha recetado don Ramón; él me ha dicho que es una bebida y que me tome una cucharada antes de acostarme...; me ha visto esta mañana en su casa...

Pablo ya sabía a qué atribuir el guiño que el joven le había hecho; era un guiño de complicidad, como queriendo decir: " Ya comprenderá usted el mal que me aqueja".

- Cuernos de boticario viudo- recitaba Pablo,- ¡Este don Ramón tiene más guasa...!

De la receta no le habló en su visita; ya sabía por lo oído en varias ocasiones que la gente tenía mucha fe en él y que él era un guasón, pero buen médico.

Pablo le expuso su caso: necesitaba una receta para retirar de la panadería el afrecho necesario ; la receta tenía que autorizarla el alcalde, para ser cumplimentada en la panadería donde él tuviera el racionamiento de la familia, pero que si ponían reparos, también servía la harina de bellotas.

- Pero, don Ramón, también las bellotas son un lujo en ia actualidad porque escasean ya ...

- Descuida hijo- don Ramón pronunció esta palabra con un tono especial de ternura y Pablo sintióse agradecido- si no cuela la receta yo robaré afrecho a mis gallinas para tu hijo .

Y un hijo fue el ser nacido el cuatro de abril del año 1941; una hermosa criatura que hacía exclamar a los que tuvieron la suerte de conocerlo al instante: - Parece mentira, sin que la madre se haya alimentado como es debido haya nacido un niño tan gordo y largo; es como un milagro...

Mal alimentada la madre, como tantas madres de entonces. A Ana no le faltó leche, ni frutas, ni pescado, ni glicerofosfato de cal y cola granulada sustituyendo al azúcar; pero le escaseaba el pan; en aquellas fechas tenía el del racionamiento; el día del parto había llegado de Ubrique un pariente que trajo de regalo un amarillento chusco de pan, (así era llamada cada ración); era el tres de abril y ya estaban iniciado los primeros dolores.\*

Ana ordenó todo el plan: aguas calientes, paños y toallas limpias, cena para que a todos les llegara la hora satisfechos y su comida propia; el regalo que le preparó Pablo: dos rodajas de mortadela y el regalo que recibieron por mediación del pariente ubriqueño: un chusco de pan. Antes de comer regó las plantas que adornaban el piso; le apasionaban las flores y cuidaba las macetas con amor maternal.

Todo preparado: el médico y la comadrona; el cuarto y la cunita; el niño Pablito estrenando una cama- cuna durmiendo tranquilo en otro cuarto; llegaba la noche; llegaban más dolores; llegaba la hora de tomar alimento; la mortadela y el chusco esperaban en la bandeja. ¡Qué gusto poder comer un chusco entero y no tener que partirlo para dos comidas! ¡Buen bocado de mortadela! ¡Buen bocado de pan! ¡Otro de pan! ¡Otro de mortadela! Alternando hasta quedar limpia la bandeja ¡qué felicidad!

Los dolores arreciaron; uno fue tan fuerte que le provocó el vómito... Parte cayó en el suelo; parte en el cubo del lavabo; en el suelo se veían enteros los riquísimos bocados de pan entre bolas y trocitos de mortadela. En medio de los vómitos, Ana, al respirar se quejaba con dolor distinto a los del parto:

- ¡Ay que dolor de mi pan!

Y después se encerró en el dormitorio donde estuvo aguantando sin que la oyeran quejarse hasta que a la madrugada llamó:

- Pablo, que ya va a nacer...

Y vino al mundo, en solo dos esfuerzos, un varón hermosísimo. Hermoso y feo según el parecer de todos; ya era día claro cuando el bebé, después de lavado y vestido, fue colocado en la primorosa cunita que dejó vacante su hermano. La ocupaba casi toda por su hermosura.



- Pero es feo- decía el padre- parece un monstruo, un sapo con los ojos hinchados y esa boca tan abierta y grande...

- No es feo mi niño- dijo Ana.

- Espero que mejore, pero ahora mismo es horrible y hasta de color verde repugnante...

¿Hablabas Pablo en serio?

Sentíase muy feliz.

La madre y el hijo en perfecto estado; el afrecho esperando en la alacena para ser usado; ia clientela en aumento... ¿se puede pedir más? Naturalmente que no, pero Europa había estallado, y la pobreza aumentaba.

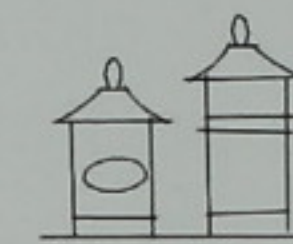
A todo estaba ajeno Pablito y su hermano Luis, que ese era el nombre impuesto en el juzgado, y más tarde en la Parroquia al ser bautizado, aunque como la Parroquia estaba cerrada al culto tras el incendio provocado por los sucesos de la guerra, hacía de Parroquia el templo de S. José, una amplísima y bella capilla que perteneció a una orden religiosa; los padrinos de Luis fueron dos hermanos oriundos de Ubrique que, aquel día memorable para todos, no merendaron bellotas sino buen café con leche y unos bollos que habían estado expuestos en el escaparate de La Campana, la confitería de Marcelo.

A Luis no llegaron a molestarle las vejigas porque habían sido abortadas por los baños de afrecho. La fealdad del niño iba desapareciendo, luciendo unos hermosos ojos, una nariz correcta; una sonrisa seductora. Pero lo mejor de Luis fue que, pasados unos días de su nacimiento, se cumplió el dicho popular: CADA NIÑO QUE NACE TRAE UN PAN BAJO SU BRAZO.

¿Y como fue eso?\*

Sencillamente se enteraron que en un campo había un horno clandestino que facilitaba el pan por un buen precio; y allá iba Antonia paseando a Pablito para adquirir dos teleras de a quilo cada una; ya era algo, aunque

seguían ausentes el aceite, azúcar y el jabón. Como curiosidad, recordemos el día en que pudieron pensar que podrían tomar huevos fritos porque a la Farmacia había llegado un cupo de aceite de almendras dulces. ¿Y si los huevos que nos han traído como llovidos del cielo los friéramos en ese aceite? Pues sí ¡qué banquetazo!; se preparó la sartén con el aceite de almendras dulces, se puso al fuego y cuando llegó el momento se echaron un par de huevos (dos de una vez, porque de uno en uno se tardaba más y había que economizar el carbón); al echar los huevos saltaron al suelo; hubo que deshacer del todo el contenido de la sartén y ¡adiós banquete!



Pero aunque los problemas caseros iban cediendo gracias al perseguido estraperlo, la economía seguía siendo muy estrecha e insegura.

Pablo pasaba malos ratos cada noche al hacer el recuento de la venta del día porque las letras bancarias llegaban y por nada del mundo hubiera dejado de pagar ni una; por eso, y a su pesar, le decía a Ana cuando se sentía muy apurado:

- Tienes que gastar menos.

Ana bajaba la cabeza y no contestaba.

Un día subió muy apurado y le pidió: - ¡Por favor, Ana, dame el dinero que tengas aunque sea calderilla, que mañana tengo que pagar una letra de dos mil doscientas y me faltan quinientas justas!

- Sólo tengo tres pesetas, Pablo. Dale largas a la letra hasta que la puedas pagar .

- Eso no lo haré.



Ana pensaba que hablándole a la señorita cobradora todo tendría arreglo; en aquellos años no había en Puerto Real ni un solo Banco sino lo que llamaban Banca que iban a cobrar a domicilio.

Aquella noche, ya acostados y a punto de dormirse, Ana preguntó:

- ¿Cobran por la mañana las letras?

- ¡Mujer, déjame descansar! Mañana, Dios dirá ...

Eiia siguió imprudente: - Es que si llega por la mañana puedes decirle que vuelva por la tarde .

- No pensemos más y vamos a dormir- dijo enérgico.

Pablo durmió, pero ella seguía en su afán de economista dándole vueltas al asunto: "... sin en todo el día de venta solo se llega a raspar las cien pesetas ¿cómo va a reunir las quinientas que le faltan? Ni un milagro"

Pero no fue milagro. Todo fue natural y lógico. Que Sancho el del campo, como era conocido por todos, y tenía una familia que gastaba más de lo normal en farmacia, se había presentado casi a tiempo de abrirse ésta con un canasto repleto de verdes guisantes que entregó corno regalo.

Decía:

- Vendí todos los guisantes pero he guardado éstos para su casa porque le estoy muy agradecido por su espera al cobrar y ahora dígame lo que le debo.

Pablo fue sumando uno a uno los vales y el resultado fue ¡quinientas pesetas!\*

A Pablo venían a consultarle muchas personas que vivían en el campo y que evitaban llamar al médico por economía y por creer que un boticario entiende bastante; él los atendía, pero nunca se introducía en el campo del galeno; lo que hacía era orientarlos; las consultas, por pura curiosidad las iba escribiendo en un cuaderno porque eran muy originales, como aquella en la que una mujer le dijo:

- Don Pablo, mi marido sufre de la vista porque tiene los ojos enramados... . Ante el gesto de extrañeza de él, ella aclaró:

- Mire usted, don Pablo: esas venitas que hay alrededor de las niñas de los ojos son como de sangre y parecen las ramas de un árbol... ¿que lo podría curar?

Y él, la dirigió al médico: Los ojos, señora, son muy delicados.

O aquella vez que un hombre le dijo:

- Lo que me pasa a mí es que cuando me entra el mareo me parece que me resbalo por el aire...

Estas consultas llevaban a Pablo a considerar que la Poesía se podía encontrar con sólo escuchar hablar al pueblo.

Pablo era poeta.

Y así escuchó a Pili una tarde temprana, cuando parece que se impone el descanso con una siesta, y entró con el propósito de ser atendida por él directamente.

Como así fue.

La pasó a su despacho, una habitación con entrada por la rebotica y otra puerta que conducía al patio. En la habitación, además de la imprescindible mesa de escritorio, un armario y una sillería que Ana llamaba familiar porque cada silla era distinta a las otras, como primas hermanas; le ofreció la más vistosa y cómoda y se dispuso a oírla.

Pili vestía un traje muy elegante de pasada moda y se había retocado la cara con cremas y rimel; a pesar del arreglo, pensaba Pablo que era muy marcada la ausencia de la belleza. Sabía la situación angustiosa por la que estaba pasando y creyó que venía a pedirle que le facilitara medicamentos a cambio de alguna prenda de valor, y este pensamiento le torturaba hasta el punto de decidir ayudarlo, fiando en que algún día las cosas se le cambiaran, podría ella corresponderle.

Pili comenzó con los ojos bajos y más baja la voz, a decirle:

- No me atrevo a confiarme a un médico porque con todos tengo amistad y me da cierto reparo en contar lo que me pasa...

Iba Pablo a decirle, como a todos, que él facilitaba el remedio, pero que éste la nombraría ei médico.

- No se trata de eso, don Pablo, es que yo de un tiempo a esta parte siento unas molestias en ...- bajó más la voz y los ojos- en mis partes como si tuviera heridas o llagas... ; no puedo andar bien y me duele..., y hablando con la gente, de ciertas cosas he oído decir que lavándose con polvos de ácido bórico...

- O bicarbonato...- apuntó Pablo

- Pues eso. El bicarbonato se encuentra con facilidad pero el ácido bórico no es tan corriente.

- Lo mismo que las pastillas de permanganato... Puede elegir lo que más le interese... Después de tratarse, si no encontrara mejoría, sería conveniente que consultase con el médico.

Al final de la conversación, ella queriendo parecer indiferente a sus males, dijo mirando al patio.

- ¡Qué buen aljibe tiene esta casa! ¡Mi madre dice que parece una capillita, es una cripta preciosa! Ella vino una o dos veces acompañando a mi padre que fue un afortunado jugador...; también dice que conoció a Eduardito, que era alegre y simpático pero que no sabía perder y peleaba mucho... ¡pobre Eduardito!

- ¿Por qué, pobre? ¿Qué le ocurrió?

- Pues no se sabe aun...; se decía que, como otras veces, se había

embarcado sin rumbo pero todavía no ha vuelto...

Después siguió ella hablando contemplando un cuadro que cubría buena parte de la pared de la habitación. Era un paisaje alegre: árboles, dos casitas, un río, varias mujeres lavando en su agua, y cinco patos disfrutando de aquel bien, pero lo que observó Pili era que los patos aparecían de mayor tamaño que las personas.

Pablo dijo que se había dado cuenta desde que se lo regaló una señora amiga de su mujer y como era tan alegre hacían poco caso del tamaño de los patos.

Ella aclaró:

- El paisaje es muy bonito pero alguien tuvo la osadía de estropearlo con esos animalillos.

- ¿Pinta usted?

- Yo no... ; el pintor fue mi padre...- luego sencillamente le ofreció:

- Si le interesa la pintura venga a casa y trate con mi madre; nos haría un favor...

Poco más hablaron.

Pablo le regaló medio quilo de bicarbonato .

Después a la noche mientras preparaba el pedido, miraba al cuadro y pensaba en Pili ¿habrá venido ladinamente con la intención de venderme un cuadro, o será verdad que tiene unas heridas? ¿Serán heridas infectadas? ¿Cómo o quién? La imagen de Mariflor y la de Pepona, ocuparon su mente un buen rato. Mariflor seguía en Madrid y la Pepona no aparecía por la farmacia por lo que dejó de rechazar los billetitos pestilentes; las dos sabían vivir, no así Pili, que con su fealdad y sus aires de grandeza no atraía ni por compasión.

Y se hacía presente la primavera y era un gozo sentir repicar la lluvia en la claraboya; Pablo decía una y otra vez, jocosamente mirando a Ana:

- La primavera llegó y están en flor los almendros y está en flor el amor mío.

El agua lavaba las plantas, las calles y las azoteas; Pablito no podía pasear y era difícil entretenerlo en la casa.

Pablo se quejaba: - Calle mojada, cajón seco.

Efectivamente ia gente se retraía para comprar: a la botica llegaban recetas de las llamadas benéficas de los Astilleros de Matagorda; es

decir que el trabajo no faltaba pero el llamado perreo brillaba por su ausencia; a la noche, el arqueo del día era más que débil.

El nuevo hijo se iba convirtiendo en un robusto bebé que no cabía en la ropa heredada de su hermanito; le hacía falta un chalequito de lana para sacarlo a pasear.

Lanas para labores no se encontraban a ningún precio. Ana buscaba en cada comercio en donde pudieran proporcionarle unos ovillos, hasta que por fin dio en uno que le ofrecieron toda la lana que quisiera a precio normal; Ana compró dos ovillos que serían suficientes para el abrigo del pequeño, pero cuando la tuvo en sus manos, a pesar de que era suavísima al tacto, el color era del mismo que el de los lagartos, ¿cómo iba a vestir a la criatura tan inadecuadamente? Cuando a los pocos días el niño estrenó la prenda todo fueron burlas.

- ...Yo hubiera preferido, rosa, azul, crudo o blanco, pero solo encontré ese color...; ¡está todo tan escaso!

Y Ana siguió buscando lanas de labores; haría otros y aquel verde lo convertiría en zapatitos para abrigo de los pies en la cunita.

A pesar del color del abrigo, Luis destacaba con su belleza y simpatía de tal forma que anulaba el color de su abrigo.

Pablo estaba contento porque al fin, haciendo cambalache con la radio que tenía el altavoz aparte, consiguió otra, también pequeña pero con altavoz interior, que sonaba con potencia y claridad, y gozaba con la música que podía escuchar a todas horas.

La llegada de una buena radio no suplía la falta de cosas necesarias para el desenvolvimiento de su trabajo: conseguir teléfono en la farmacia y una máquina de escribir.

Ya llegará.

Ya llegará.

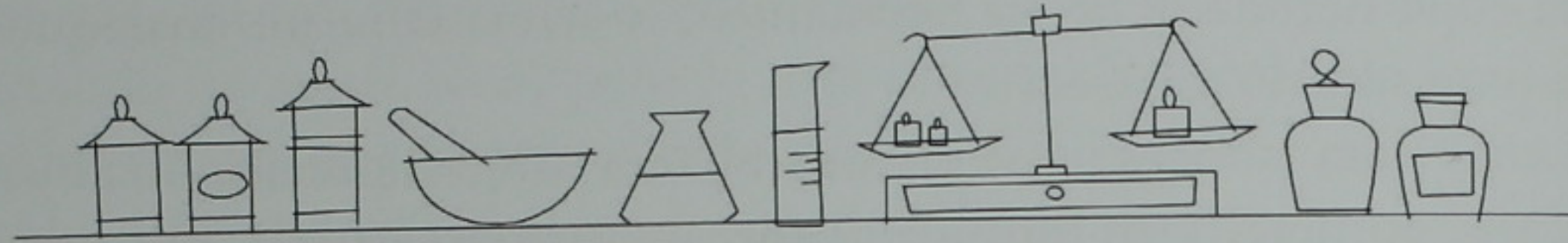
La esperanza no la perdía, pero la impaciencia iba aumentando porque se le acumulaban muchas cosas: una, que las guardias nocturnas eran de un mes completo y sería casualidad pero a las señoras que se les ocurría parir de madrugada lo hacían durante su guardia. En el pueblo solo había dos boticas; Pablo preguntaba al compañero:

- Don Juan, en un mes que ha hecho usted la guardia ¿ocurrieron muchos partos?

- En esta guardia han sido dos o tres, pero hubo noches en las que no

podía retomar el sueño; a cada momento sonaba la campanilla...

- Pues a mi no me dejan que me acueste.



Más le temía a otras noches de vela distintas; eran la que se llamaban la novia, que consistían en vaciar los pozos negros. En la casa, situados en el patio interior, había dos y casi a punto de rebosar. Como no estaba el alcantarillado en todas las calles, ni en todas las casas, había en éstas esos pozos donde se depositaban todas las aguas residuales; al completarse su capacidad, indicada por el malísimo olor que inundaba el ambiente, se llamaba al pocero; llegaba a las doce de la noche con un carro conteniendo un gran bidón que se iría llenando con su embudo por el que se deslizaría toda la mierda por medio de cubos, traídos por los poceros que formaban una fila de traída y llevada del pozo al carro.

A esta operación que duraba hasta bien claro el día le temía Pablo porque, además el hombre que se introducía en el pozo encargado de llenar los cubos estaba en grave peligro por las emanaciones y más de una vez, contaban ellos mismos, había que sacarlos de lo hondo a punto de asfixia.

Terminado el saque, había que volver a tapar el pozo y proceder a la limpieza del suelo; era entonces cuando Pablo, pasada la inquietud, los reunía a todos y los obsequiaba con coñac y tabaco. Y conversación también; disfrutaba escuchando la manera peculiar de hablar de sus nuevos paisanos a la par que los iba conociendo.

Él escanciaba el coñac en sendas copas, y ponía el tabaco a libre opción. Uno había dicho:

- Don Pablo, usted tan vestido de blanco y nosotros con los monos tan sucios parecemos una chirigota de locos en Carnaval.

Eran un contraste: todos desaliñados, sucios, ojerosos y Pablo embutido en su blanca bata, tan limpia como él mismo.

Dicharacheros, ocurrentes, como si hubieran regresado de una juerga de postín, y sin prisas por marcharse; solo uno se despidió

apenas ingerida la primera copa liando su cigarro.\*

- Buenas noches, don Pablo, y a descansar ...

Correspondió Pablo al saludo y le pareció que aquella cara la había visto antes, no recordaba donde; algo notaron los poceros porque uno dijo:

- Es el Satur, el que fue gran futbolista internacional...

Y entre todos enteraron a Pablo de la historia del que fue gran jugador internacional del fútbol español.

Se había criado en la Ribera del Muelle; tenía numerosos hermanos y unos padres que eran muy bien mirados en el pueblo; de chiquillo no pudieron hacer carrera de él, pues ni le gustaba el mar ni le gustaba la Escuela; a todas horas estaba dándole puntapiés a una pelota o a un pedrusco; que llegó a mayor sin aprender un oficio y por tanto sin trabajar... Al fin se dieron cuenta que valía para meter goles y se peleaban los equipos por fichar al Satur, que llegó a lo más que se puede llegar; pero ocurrió que cuando estaba en todo su poderío tuvo la ocurrencia de enamorarse como un bobo de una mujer de la vida hasta el punto de sacarla del burdel y casarse con ella con todas las de la ley, es decir por el juzgado y por la iglesia; y fue entonces cuando empezó a palidecer su hasta entonces brillante estrella... Por lo que fuera, quizá por desaires a su señora o por expresiones esaborías y humillantes, se sintió incapaz de seguir en el mundo del balón y volvió a Puerto Real confiado en el paisanaje y en su fama; se le fueron acabando los dineros; no encontraba colocación en parte alguna hasta venir a parar en esto: en el más humilde de los poceros, el que tenía el puesto más peligroso y peor pagado.

- Ahora ella le tiene preparada agua caliente y lo lava antes de meterse en la cama; él, saldrá mañana a por lo ganado esta noche y le dirá al capataz: - "Cuando haya otra novia llámeme". Luego le entregará el jornalito a ella, y a esperar otra noche como esta.

- ¿Tienen hijos?

- No

- Y ella ¿como se porta?

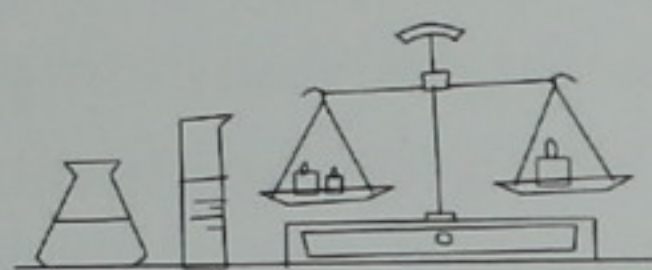
- Como una monja de clausura... Muy limpia y muy decentemente vestida; viven en dos habitaciones en un patio de una casa de vecinos y nunca se le oye una palabra más alta que otra y siempre dicen, que está dispuesta a ayudar a los demás... Cuando el Satur hace referencia a ella

dice "mi señora" y la verdad es que lo parece y a pesar de las penurias que están padeciendo los dos ella sigue preciosa y fina y él, cuando alguno le da a entender el cambio de famoso futbolista internacional a un humildísimo y pobre pocero ¿sabe io que contesta con orgullo? " Yo solo quiero a mi señora y mi señora solo me quiere a mí ".

Cuando Pablo contó a Ana la historia del Satur, ella comentó:

- ¡Qué manera de quererse!- y añadió jovial- ¡Ya podrías imitarlo tú! Y él, como siempre, socarrón:

- Están en flor los almendros y está en flor el amor mío, ¿por qué no me corriges y añades "el amor nuestro"?



Las veladas en la botica eran muy variadas aunque sólo conozcamos hasta ahora la espera del cosario al recoger la hoja del pedido, la preparación de las bolsas tocológicas en las noches de partos, y la de novias, al desocupar el pozo negro.

Había otras veladas muy agradables y variadas: amigos, compañeros, músicos, poetas, pensadores. Desde su oficina de Farmacia, Pablo gozaba de la vida y desde su territorio doméstico, Ana acompañaba en el goce a su compañero.

Con la llegada de los veraneantes, de Córdoba, de Sevilla, de Jerez y de Cádiz, cambiaba la vida sensiblemente. Se turnaban las horas del paseo de los niños: pinares y playa. El trabajo en la botica aumentaba, el arqueo de la registradora a la noche en aumento. La despensa se nutría: solo escaseaban el aceite, el pan y los tejidos.

Pero se iba adelante, tan adelante que ya había indicios de un nuevo hijo. ¿Traerá otro pan bajo el brazo? Por lo pronto traía alegría mucho amor y salud; salud para los padres y Luis, porque Pablito empezó a padecer unas fiebres cuyas causas no se encontraban. Fue Guillermo, que ya ejercía y parecía muy enterado, el que avisó a Pablo del nuevo medicamento basado en las sulfamidas. El mismo niño trituraba los comprimidos en un morterito de cristal y luego los mezclaba con agua para ingerir el tan nuevo medicamento; fueron cediendo las fiebres poco a poco, pero siguió el misterio de la causa.

El nuevo embarazo lo llevaba con mejor aire que llevó los anteriores, pero como continuaba la escasez, pensaba en el afrecho otra vez, aunque ya, lo mismo que compraban pan de estraperlo encontrarían lo demás; lo demás eran telas.

Su amiga Jovita sabía donde se podía merendar cada día y donde encontrar las cosas más difíciles. Se contaba que por fin tenía un novio que era marino mercante, que se casarían pronto y se irían a vivir a la provincia de Oviedo pero que nunca dejaría de volver a Puerto Real...

- ¿Sabes que se vino de Madrid Mariflor? Y viene más guerrera que su fue... ahora por quince pesetas enseña las piernas más arriba de las rodillas...

A Ana no le gustó la noticia; luego supo que había vuelto porque su padre había empeorado y temían por su vida; también vino el hermano, que se quedó unos días hasta que se normalizara todo; lo normal fue, que la enfermedad se hizo mayor y que a poco murió.

Quedaron solas la madre y la hija; inútil en un sillón la primera y dispuesta a todo la segunda; era verdad que le cobró a uno quince pesetas por subirse la falda para enseñarle las piernas; ya se daría trazas para ganar de comer y procurar las medicinas para su madre .

Quien hubiera entrado por la mañana en la vivienda de Mariflor, la hubiera visto haciendo la limpieza de las habitaciones después de lavar y vestir a su madre antes de sentada en el sillón; luego salía a la compra para preparar la comida; lavaba, planchaba, cosía. "¡Qué buena ama de casa eres!" - decía la madre y otras veces: - "¡Qué avío para un pobre!"

Llamaron a la puerta: era Pepona.

Las dos se internaron en la cocina y hablaron bajito para que no oyera la madre.

- Que esta noche se inaugura el balneario y habrá baile.

- No me atrevo a ir, Pepona, porque la muerte de mi padre está muy reciente.

- Llegó un barco al Dique para repararlo y está noche vendrán muchos marineros con dineritos frescos...

- Lo de mi padre ...

- Tú, piénsalo y a la noche vendré a recogerte...

Se fue Pepona y quedó Mariflor dándole vueltas a la proposición. Decididamente no iría, le parecía que profanaba su muerte; para disimular la emoción que sentía salió al patio a cuidar las macetas y el

arriate; estaba éste hermosísimo con tantas calas arraigadas en su tierra que parecía un bello almacén de blancas trompetas; escogió algunas para colocarlas en un jarrón sobre la mesa donde lucía el retrato de bodas de los padres; la madre dijo:

- A papá le gustaban mucho, las regaba a menudo y las llamaba lirios de agua ...

Mariflor no habló; le ahogaban las lágrimas que empujaban para salir.

La madre continuó:

- A mí me gustan más las violetas por su buen aroma ...

Hizo una pausa y después :

- ¿No vas a salir hoy tampoco? Un paseo a Las Canteras te hará mucho bien ...

- No quiero dejarte sola.

- Ya tu sabes que yo me defiendo bien en este sillón de ruedas y que hasta soy capaz de acostarme sola; eso sí, dejándome la cama destapada.

- Puedes caerte ...

- ¡Dios me libraré! ... .

Hubo otra pausa que volvió a romper la madre:

- Podías salir al anoecer, como antes, a El Porvenir o hasta El Chato en el Paseo de Las Canteras... ; ¡ánimate hija mía!

Mariflor en un arranque de dolor y humillación, se arrodilló ante ella, le puso las manos apretadamente en las rodillas y mirándola fijamente a los ojos le preguntó:

- Mamá ¿tú sabes lo que yo hago cuando salgo a pasear?

No tuvo contestación. Insistió la hija:

- Mamá, mírame a los ojos, así ...¿sabes qué hago cuando salgo al anoecer y vuelvo de madrugada? Lo sabes y papá lo sabía y tú sabes que la ilusión más grande de mi vida era poder lucir el día de mañana sobre una consola, mi foto de boda y lo sabes porque más de una vez me has regañado porque me vestía de novia con tu traje, tu velo y el ramito de azahar ...

Mariflor lloraba sobre el regazo materno y ambas se acariciaron con ternura. Al fin la joven pudo escuchar estas palabras pronunciadas con tristeza enorme:

- La vida es dura, hija mía, y hay que hacerle frente ...

La joven volvió al patio a mirar las flores, a mirar al cándido cielo donde unas nubecillas parecían escapadas de un algodón, al gorrión que acechaba en el limonero, al escarabajo que arrastraba pausado su preciado almacén ...; y lo miraba todo, con tal atención, que parecía libre de preocupaciones, que estaba gozando limpiamente de la belleza y calma de la tarde en su pequeño jardín, y terminó sentándose en el borde del arriate; así pasó el tiempo; pensando sin querer pensar; martilleándole a su cerebro las palabras maternas: "A la vida hay que hacerle frente". Nunca hubiera creído que su madre pensara así; aquellas palabras rompieron algo blanco y precioso que siempre quiso albergar en su corazón. "A la vida hay que hacerle frente".

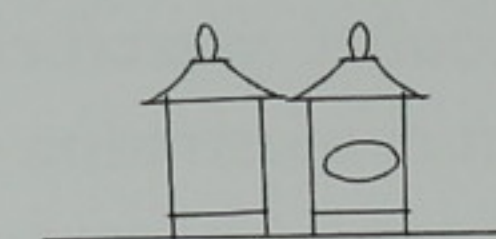
Pero no así... Hubiera preferido una amonestación y la certeza de que su padre ignoraba sus andanzas, algo que ella pudiera elevarlo, levantarle altares, recordarlo como persona íntegra y honrada. Y poder avergonzarse ante ellos.

Las estrellas se iban apoderando del cielo, se afinó el aire y las flores comenzaban a derrochar perfumes.

Llamaron a la puerta.

Era Pepona que llegaba hecha como ella misma dijo: - "un brazo de mar". Maquillada, adornada de baratijas, escotada hasta el atrevimiento y con aires de triunfo.

Mariflor le dijo al verla: - Espérame; le preparo la cena a mí madre, le destapo la cama, me arreglo y me voy contigo.



Vámonos para el Balneario.

Estaba situado al final de una calle y era amplio y satisfacía a sus usuales, en general niños; carecía de playa, pero algunas mañanas los niños podían jugar porque las mareas dejaban al descubierto una hermosa planicie de arena que pasaba por maravillosa playa.

El local tenía zonas separadas para mujeres y hombres con casetas individuales para la ropa; a las horas en que subía la marea desaparecía la playa y se formaba un estanque inmenso donde todos se mezclaban.

Un salón grande, un pequeño bar y un coqueto rincón con un piano.

Los domingos se disfrutaba en el salón de música y del alborozo de los niños.

Todo muy familiar.

Por las noches había baile, grupo de músicos con su atractiva animadora, que recibía muchos aplausos, y tertulias hasta pasadas las doce horas.

Los concurrentes eran jóvenes con ánimo de pasarlo bien.

La noche que Pepona habló de inauguración, no era tal, era una noche como otra cualquiera, pero que la amenizarían con una célebre orquesta venida ex profeso de San Fernando.

Era verdad que al Dique de Matagorda había llegado un barco para ser reparado y que parte de la marinería había quedado en Cádiz por ser la reparación de poco tiempo y que la costumbre era (siguiendo la de la Edad Media que los marineros se desplazaban a Jarana, término de Puerto Real), después quedaban en el pueblo por ser este tan acogedor, así las esperanzas de Pepona se vieron cumplidas pues ella no se esperaba a elegir; el primer marinero que la vio se le acercó zalamero y obsequioso. Quedó Mariflor sin pareja; lentamente atravesó el salón, se acercó a los músicos y les pidió una pieza de las más en boga y bullanguera.

Llevaba un traje negro de gran escote, un chal de color verde brillante sobre los hombros, la melena en un artístico desorden y apenas estaba maquillada. Algo en su porte denunciaba que era una mujer diferente y distante.

Mariflor se acercó después al bar y contra su costumbre- pues no bebía alcohol- pidió una copa de coñac y sacó el importe de la misma de su bolso, colocando el dinero en el mostrador.

Un marinero quiso adelantarse a pagar; ella no lo consistió.

- ¿Por qué me vas a convidar si no nos conocemos?- le dijo con mucho empaque. Pero el marinero no se cortó; dijo:

- Me llamo Cristián.

- Yo Mariflor.

- Podríamos ser amigos.

- ¿Por qué no? Yo soy de Puerto Real.

Yo de Oslo, noruego, pero criado en España, mi madre era gallega.

¿Era?

- Murió..., y no me queda familia española, la otra parte anda allá por el país de los fiordos.

- ¡Qué interesante! ¡Nuestras palabras pudieran ser el principio de una copla española!

- O de un romance.

Mariflor bajó la vista; el recuerdo de su padre, sabedor de sus andanzas y complacido porque le proporcionaba el pan nuestro de cada día, la actitud de su madre en la creencia fatalista del destino, aquella fotografía que nunca le harían a ella, y aquel esperar un tiempo mejor en la decencia y la honestidad, que nunca ya llegaría, le apretó el corazón como si la mano del marinero se lo estuviera estrujando.

Se le enturbiaron los ojos.

- Sírveme más coñac, camarero, y paga tú, Cristián.

Se la bebió de un trago; el camarero que la conocía mucho, le acercó la copa mirándola compasivo mientras pensaba: "Recuerda y siente la muerte de su padre, que era todo un caballero y que volvería a morir si supiera la vida que ella hace".

- Estoy un poco mareada- dijo buscando con la mirada un asiento.

Cristián la tomó del brazo y la hizo sentar junto a una mesa.

Allí estuvieron todo el tiempo que duró la velada.

- ¿Bailamos?- preguntaba él.

- No. Háblame de tu tierra, Cristián...

El marinero le hablaba consciente de que ella no lo estaba escuchando; de vez en cuando se interrumpía para ver si se daba cuenta de su silencio.

- Me gustaría salir a la calle donde poder respirar bien ....

Y salieron.

El mar plateaba y se recreaba con la luna que se rompía en pequeños pedazos; en la explanada trasera había un robusto árbol que sostenía el columpio donde se solazaban los pequeños bañistas; junto al tronco brillaban los verdes ojos del Tormento, el hermoso gato de los dueños del Balneario que huía de los estruendos y bullicios; amarrado con cadena al árbol el noblote pastor- alemán vigilaba fiel y cumplidor. Unos arriates desperdigados abrigaban a unas plantas maltratadas por el aire salobre que llegaba de la orilla mezclando aromas.

Mariflor, sin asomo de coquetería, fría y calculadora, le dijo ofreciendo su boca:

- Puedes besarme.

Cristián obedeció jubiloso y quiso seguir acariciándola.

- ¿Podemos ir a alguna parte, Mariflor?

- Hoy, no; hoy no me hace falta el dinero ... Nos veremos otro día...
- Mañana.
- Mañana.
- ¿Dónde?
- En la plaza de Jesús, junto al Ayuntamiento. Ahora me voy.
- Te acompaño.
- Voy mejor sola.

Y se separaron.

Cristián extrañado de la actitud de una mujer que le pareció fácil.

Mariflor, sin despedirse de Pepona, siguió la calle adelante, alejándose del Balneario, de la orilla del mar, de la música cada vez más lejana, dejando quieto al lado del muro del farol al marinero que la había besado de forma distinta a como la besaban los otros.

Aligeró el paso; quería llegar a su casa antes de que las náuseas que le ascendían del estómago se hiciesen insostenibles; las dos copas de coñac se ensañaban queriendo salir.

Llegó a su casa; abrió la puerta y antes de poderla cerrar de nuevo corrió al jardín y sobre las candidas calas, echó los líquidos pestilentes que volcaba de su estómago.

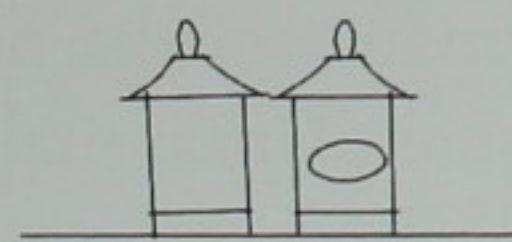
Ya tranquila, cerró la puerta y entró en el dormitorio de su madre que dormía beatíficamente con un rosario entre los dedos.

- "A la vida hay que hacerle frente"- murmuró con gesto amargo y despreciativo.

Apagó la luz.

En su cuarto la luna atisbaba por la ventana; el aire del pequeño jardincito entraba insidioso con aroma penetrante que ocultaba el mal olor de la vomitona.

Mariflor vio amanecer el día.



El reloj del Ayuntamiento dio diez campanadas.

En la plaza llamada de Jesús había jóvenes paseando y animados corrillos.

Mariflor estaba allí, junto al candelabro gigante de hierro que proporcionaba luz al lugar, esperando al marinero; ¿vendría? ¿y lo reconocería? No guardaba memoria de su físico, solo que le pareció muy alto, moreno y con el pelo negro; más parecido a un árabe que a un nórdico; por la esquina de la plaza apareció un grupito de marineros; ¿sería alguno de ellos? ¿cuál?

Uno que se había separado del grupo se acercaba sonriente:

- ¿Me esperabas?

- Me parece que te veo por primera vez pero he reconocido tu voz... Sí, te esperaba...

Salieron de la plaza; recorrieron varias calles en dirección a la estación, allí esperaron un tren, que pasó muy tarde y entretanto se alargaron al Ventorrillo del Chato en el paseo de Las Canteras; la fábrica del ventorrillo era toda de madera y semejava una casita de las soñadas en la infancia. La dueña los atendió. Cristián dijo: - En mi país hay muchas casas de madera.

Y la dueña dijo a continuación:

- Pues cuando pueda ser nos haremos una casa de piedra y cemento, aunque no sea tan bonita...; ¡Los sustos que yo paso cuando suena fuerte el levante, creo que vamos a salir volando!

Discretamente les sirvió una exquisita y abundante cena; y en el ventorrillo estuvieron hasta que oyeron el pitido del tren que los llevaría a Cádiz; y allí, ella lo condujo a cierta casa que había visitado varias veces, acompañada por honorables señores de Puerto Real, en el mayor incógnito.

En la intimidad del cuarto, desnudos los cuerpos, ella pasó suavemente sus dedos por el tatuaje que él tenía en la espalda.

- Ya te presentía mujer y fíjate bien: simula el mar y entre las olas está caída una flor: tú.

- ¡Qué cosas dices,... Cristián.

El recuerdo de la madre con sus ideas fatalistas arrolló su pensamiento.

Estaba escrito que teníamos que encontrarnos...- dijo.

Y para siempre, te lo juro ...- dijo él.

Mariflor sonrió incrédula, después se entregó placentera.

El marinero tenía permiso hasta el amanecer y apuraron hasta los últimos minutos. Ella volvería a su casa en el tren llamado rápido; le dolía separarse del hombre porque, por encima de todo, fue delicado y en ningún momento se sintió humillada en su servicio.

Volverían en el tren; Cristián se apeó en San Fernando; paladeaba el último beso.

Espérame esta tarde...

Te esperaré por el Ventorrillo ...

Al arrancar de nuevo el rápido, él seguía parado en el andén y ella asomada a una ventanilla; lo natural. También fue natural que inmediatamente ella abriera el bolso y recontara las monedas que él había metido dentro.

Tenía sueño y no quería dormirse porque la vista del mar desde el tren era la ilusión de ir en un barco; el sol enviaba su luz dorando aun más las arenas de la hermosa playa; enloquecían las gaviotas y las olas seguían incansables asomando a la orilla sus blancas crestas. Cerró los ojos, porque el mar y un barquito velero que cruzaba la bahía lo sentía como un adiós para siempre ¿Y qué le importaba a ella el mar, los barcos, los marineros y aquel hombre de ojos azules y cándidos como los de un niño? Repararán el buque y se marchará; ese hombre no le va a interesar más que otros porque al fin y al cabo todos son iguales.

¡Fuera sensiblerías!

Ya llegaba el tren a la Estación de Puerto Real y pronto estuvo en su casa; la madre aún dormía.

Se aseó ella entretanto fuera la hora de levantarla y servirle el desayuno. Cuando por fin la colocó en la silla de ruedas, le dijo jubilosa:

- ¿Te apetece tomar churros?

- ¿Podemos gastar...?- insinuó torpemente.

Mariflor, cogió su bolso y puso todo el dinero en la falda materna.

- ¿Pero esto...?- apenas podía pronunciar.

- Esto es de mi trabajo y a la vida hay que hacerle frente, mamá, tú me lo has dicho.



Cada día lo esperaba en el Ventorrillo y lo pasaba muy bien entretanto hablando con la dueña y con María, la mujer que vendía camarones a todo el que pasaba, generalmente niños; María, muy repeinado su pelo azafranado, colorada como si constantemente estuviera avergonzada, con su amplio, blanco, limpiísimo y almidonado delantal, sentada detrás de una mesa, exponía la mercancía.

María era conocida por sus celos; Bartolo, su marido, paseaba las calles del pueblo con su cesta al brazo pregonando y vendiendo camarones y cangrejos, recalando (según su propia expresión marinera) de vez en cuando por el puestecito de su mujer que no le quitaba ojo.

Mariflor lo sabía y apenas contestaba a sus palabras:

Señorita Mariflor ¿cómo está su madre? Ella me compraba cangrejos...

Ya no quiere el médico que los coma.

Parte de la tarde la pasaba allí sentada en un banco. A veces, María la de los camarones le preguntaba:

- ¿Espera usted a su novio?

Se hacia la distraída para no contestar y la otra insistía:

- Parece un buen hombre...

Tampoco contestaba .

Por fin aparecía Cristián como escoltado por dos filas de eucaliptos y era como si desaparecieran del paseo todos los niños, los mayores, los perros... solo él: llenaba el camino como un gigante.

Luego ambos emprendían el camino de Las Canteras, el bosque enamorado del Amor. Gozaban los dos como chiquillos que jugaban a correr montes. Los dos parecían volver a la infancia y él hablaba del frío de su tierra, de aquellas casas de madera con chimeneas de hierro, de los maravillosos fiordos de sus costas, de aquellas nieves, de sus familiares navegantes como él.

Las Canteras embrujaban con su corte de pájaros en las copas de los pinos; con el balsámico aire, con el verdor de los lentiscos, con los cantos y voces de los niños.

Y siempre se detenían en los matorrales más espesos donde los árboles se agrupaban para formar un rinconcito casi hogareño donde eran fáciles las caricias.

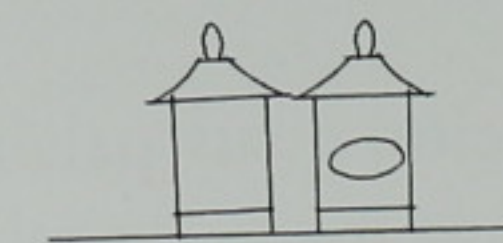
Fueron varios días de idilio.

Por fin, el barco estaba reparado y dispuesto a cruzar los mares de nuevo .

Cristián no pudo despedirse pero le envió una carta.

Pepona también la leyó; decía así:

"Mi Flor, volveré pronto y te mandaré dinero. Espera a tu Cristián."



Lo ocurrido en la Farmacia fue de lo más insólito.

Al anochecer se presentó en el despacho un joven preguntando por el farmacéutico y Pablo desde la rebotica estaba terminando una bebida cuya fórmula no era muy usual y por lo tanto no quiso que su ayudante la hiciera, le pareció reconocer la voz y se apresuró a salir.

- Pepe, ¿tú por aquí?

Era Pepe Lobatón su paisano de Ubrique que vestía ropa campera y que parecía muy excitado cuando entraba hasta la habitación interior.

- Escucha Pablo, no sé si sabrás que yo trabajo en el coto Doñana...

- Ahora me entero ¿y que tal te va?

- Bastante bien. Pasando por este pueblito y viéndome en un compromiso me acordé de ti para que me ayudes...

Como Pablo hizo un gesto de extrañeza Pepe Lobatón quiso aclararle el asunto en pocas palabras:

- Se trata de que venimos de Cádiz y vamos a Jerez donde esperan al infante de Sanlúcar y el coche tiene una avería; como tardaremos en llegar, el infante quiere que se avise a la marquesa que llegará tarde...

El rostro de Pablo cambiaba de expresión a medida que el paisano le hablaba y le dijo por fin:

- ¡Anda, Pepe! ¡Siempre con tus bromas... un infante de Sanlúcar, una marquesa de Jerez! ¡siempre serás igual! Mira, voy a terminar de poner la etiqueta a esta bebida- había vuelto a la rebotica- y ahora hablaremos y me cuentas cosas de la familia...

- No, Pablo... El infante está en el coche en la esquina y ahora voy a traerlo...

- Menos guasa, Pepe.

- Que es serio... Se quedó en el coche mientras yo venía a prepararte...; él, no puede estar esperando en ningún bar por su categoría, pero tú lo obsequias con vino de Jerez y le das conversación mientras yo averiguo lo del coche o tengo que alquilar un taxi...

- Mira Pepe, yo solo tengo vino dulce, y no de Jerez, para ciertas fórmulas...

- Eso no vale... manda a cualquier sitio por un par de botellas y toma el número del teléfono de la marquesa y dile que el infante llegará tarde para la cena...

No esperó Pepe contestación a sus palabras porque salió con prisa, y Pablo quedó con la tarjeta en la mano sin saber si aquello era una broma o

era verdad ya que la tarjeta lucía el escudo que él, de estudiante de bachillerato en Sanlúcar, había contemplado muchas veces, y leyó Orleans; a pesar de eso y de que había mandado al bar de enfrente a por dos botellas de vino del mejor que tuvieran, seguía creyendo que todo era una broma hasta que apareció el Infante, más alto que Pepe a quien motejaban gigante, con aire amigable y sencillo elogiando la belleza de la farmacia; se detuvo ante una estantería donde se alineaban brillantes botes de cristal en cuyas etiquetas podía leerse: alcohol de romero, alcohol de melisa, alcohol de fresa, alcohol de menta, alcohol alcanforado, alcohol mentolado, alcohol de canela y leía complacido los letreros.

El Infante dijo: - Aquí hay más alcohol que en una bodega.

Cuando Pablo iba a preguntar con sorna: - Y tú, ¿quien eres? ya Pepe se estaba dirigiendo al Infante para la presentación;- Alteza, Pablo es amigo... y con él quedará su alteza mientras arreglo lo del coche.

Menos mal que no había hablado; menos mal que tenía en la mesa del escritorio las botellas y algunas copas que mandó Ana con el recado de que; por favor ¿no se les ocurriera sentarse en el patio porque la sillería, el sofá y las cuatro sillas que en él estaban, era de mimbre apolillada!

Otra inquietud tenía también Pablo: que el Infante sintiera necesidad de verter aguas porque el aposento destinado a este fin seguía siendo de lo más cutre y miserable, hasta el punto de además de ser oscuro aún de día, seguía el sistema de tener que subirse a un poyo y colocarse en cuclillas para efectuar ciertas operaciones; y menos mal que la casualidad hizo que desde dos días atrás disponían de un teléfono aunque el aparato era de los llamados de bocina, por lo cual pudo llamar a Jerez y participar a la marquesa la tardanza de su alteza el Infante de Sanlúcar.

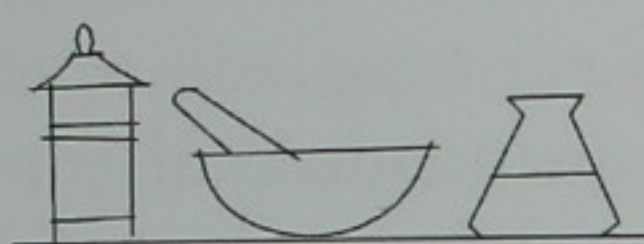
A raíz de este caso, Pablo se propuso hacer desaparecer el referido retrete y en su lugar hacer un bonito cuarto de aseo, sin esperar a poder tener alcantarillado en la casa y además se desprenderían de ía pobre sillería de mimbre para evitar que se partiese el sofá o alguna silla cuando fuese ocupado y lamentaran algún disgusto .

- ¿Y corno nos vamos a meter en obra, Pablo?

- Hay que hacerlo y Dios nos ayudará, como siempre.

Pablo era un hombre de fe.

Ana se confiaba menos.



Una mañana se presentó en la farmacia una mujer llorando porque en la otra, la de la calle Real, no le habían aceptado la receta que mostraba, diciendo que no tenían aquella medicina porque se le había acabado.

Era una receta para dispensar cierta caja de ampollas de morfina; Pablo se extrañó pero cumplimentó la receta; la mujer se fue muy agradecida y entonces él, tomó el teléfono y habló con el compañero que lo puso al corriente de todo: que era morfinómana por vicio porque fingía enfermedades y dolores y que algunos médicos la creían y le recetaban; que continuamente estaba drogada; que para pagar la morfina a veces pedía limosna; que sabiendo como engañaba a los médicos de Cádiz, de San Fernando, de El Puerto de Santa María y Rota, se negaba a proporcionársela, porque cualquier día encontraría la muerte o por atropello del tren o por desvanecimiento en cualquier lugar solitario, o por alguna infección ya que ella misma se inyectaba sin utilizar siquiera alcohol o jabón, usando siempre la misma aguja; que el caso de la mujer era denunciable, La Anuca, así llamaban a la morfinómana, tenía un aspecto triste, miserable y sucio; el marido la había abandonado en sus años mozos, cuando los hijos aún eran pequeños y vivía con otra mujer en Ceuta; los hijos ya eran carne de presidio: ladrones y peleones. Que tal vez su afición a la droga ocasionó el abandono de su marido o porque al verse abandonada se inyectaba para olvidar.

Unos días después se enteró Pablo por la noche en sus parrafadas con el cosario, que a la Anuca se la habían encontrado muerta a la orilla de la carretera con la jeringa llena de morfina, pinchada en un muslo; las hormigas pululaban por su cuerpo.

En su conversación con el compañero se lamentaron ambos del triste fin de la infeliz; el compañero le advirtió, que un hombre estaba casi en el mismo plan que la Anuca y pensaba que entre los dos podrían evitar que la droga lo destruyese; el morfinómano era mandadero del Hospital de la Misericordia y que las monjas se surtían en la Farmacia de Pablo por ser la más cercana al benéfico establecimiento, aunque esto era un achaque, aclaró don Jesús, porque en Puerto Real no hay grandes distancias.

Que hablaron con la casa proveedora de aquellos inyectables específicos

y convinieron en recibir ampollas vacías para manipularlas en el laboratorio de don Jesús, e ir poco a poco sustituyendo la morfina por agua destilada; antes del año el mandadero del Hospital de la Misericordia se había liberado de la droga; la última caja era toda de agua destilada.

- ¿Cómo te sientes, Pascual?

- ¡Ay, don Pablo, ya no me desvelo, ni me duele nada ¡no me puede faltar la morfina! Y hasta he engordado.

- Tienes muy buen aspecto, Pascual.

- Como que no me pueden faltar esta inyecciones, don Pablo.

Los dos farmacéuticos participaron al laboratorio su victoria agradeciendo la desinteresada colaboración proporcionando todos los envases.

- ¿Cuándo se lo decimos a Pascual?

- El día que se queje de tantos pinchazos.

Y habían pasado casi tres meses de la curación de Pascual, cuando éste se quejó así:

- ¡Mire usted, don Pablo, la pensión mía cómo me pesa!

- ¿Qué quieres decir?

- Quiero decir que a mí ahora no me duele nada, que duermo como un bendito, que me encuentro como nunca y que cada día me molesta más el pinchazo.

Aquel día era el indicado. Y cuando Pascual fue enterado de la labor de los dos farmacéuticos por la que estaba curado, dijo lleno de agradecimiento y llorando de alegría, abrazado a sus hombros:

- Don Pablo de mi alma que es usted mi padre

Y después fue a visitar a don Jesús y decirle:

- Don Jesús de mi alma que usted es mi padre.

Jovita seguía visitando a Ana y merendando ya con abundancia y variedad. También pasaba más ratos en amigable conversación; Ana no era lo que suele llamarse criticona, ni parecía importarle las vidas ajenas, pero de vez en cuando salían a relucir andanzas, no muy claras, de los vecinos y ambas se distraían comentando. Y naturalmente, como Ana no tenía secretos para Pablo, a la noche se lo hablaba. Y así iban conociendo a la par la historia diaria del pueblo.

Por ejemplo: por Jovita se supo que Nicolás el relojero, paseaba de noche por la calle Calvo Sotelo muy arrimadito a la fachada de la botica; arrimadito, despacio y con la oreja alerta, porque algunos estaban intrigados por las reuniones que se hacían, casi a diario en la Farmacia. ¿Dé

qué trataban gentes tan dispares, como el párroco, el médico Guillermo, el cantaor de flamenco Cojito Pavón, el ateo público Pedrucho y marino de altos cargos?

Nicolás era el correveidile del pueblo; le entusiasmaba dar noticias y descubrir misterios.

En casa de Pablo, arriba en el hogar y abajo en la botica, todo era trasparente como el agua destilada y de política no se hablaba en las tertulias; se relataban viajes, se contaban historias pasadas, se escuchaba música; y se estaba al día de la guerra europea que les afectaba tanto, y por consiguiente de la División Azul; lo más interesante en aquellos días era el descubrimiento de la penicilina, que abrió un campo de esperanzas. Continuaba la escasez de telas, de aceite y de pan.

Felizmente entonces se les abrió una nueva puerta y se cumplía el dicho famoso: CADA HIJO TRAE AL NACER UN PAN BAJO EL BRAZO .

Pues sí, el tercer hijo lo trajo de la mano. Ocurrió que Ana era propietaria de dos olivares allá en su tierra cordobesa, por lo cual era beneficiada con el aceite que necesitara la familia en un año. También podía usar de otro beneficio, el de la cartilla llamada maquilera que le permitía retirar diariamente un par de telas de a quilo, cada una suficiente para el consumo de la casa, con lo cual no necesitaban comprar de estraperlo ambas cosas.

El día que llegó el bidón de aceite fue de un júbilo incontrolable, pero al forzarlo para abrirlo se derramó un chorrito en el suelo.

- ¡Ooooooh...!- fue un quejido unánime.

Pero Pablo que era muy práctico dijo:

- Como el suelo es de mármol se puede recoger buena parte y servirá para hacer bálsamo tranquilo...

- ¡Y tan tranquilo!- dijo Pepe Sosbilla, el que fuera estudiante de Medicina y ya, como Guillermo y como Rabanillo, médico en ejercicio.

La que se sintió tranquila fue Ana, y Antonia y Amalia que verían sus sueños realizados, comiendo huevos fritos en buen aceite.

Las ventas habían aumentado prodigiosamente hasta el punto de necesitar tres auxiliares más para el despacho; se hacían menos fórmulas y se despachaban más específicos; los Laboratorios lanzaban al mercado cada vez más especialidades, con lo que hubo que hacer arreglos en las estanterías para darles cabida.

El trabajo de Pablo y la juiciosa administración de Ana, pudo dar

oportunidad a que fueran dueños de la casa donde estaban viviendo pagando un alquiler y en la cual no podían hacer el menor arreglo sin permiso del dueño, como por ejemplo: arreglar el suelo del comedor que, al tener las losas rotas y separadas era un peligro para niños y mayores. ¡Y el trabajo que costó el permiso para convertir el antiguo retrete de la Farmacia en otro modesto pero adecuado e higiénico para su menester!

Por todo esto sentíanse muy felices y los dos daban gracias a Dios.

Un día Jovita llegó con una novedad: el bolígrafo que su novio le había traído en uno de sus viajes y adiós a los lápices, los sacapuntas, los tinteros y las estilográficas. A Pablo le entusiasmó la novedad y desde entonces procuró hacerse de unos pocos para su uso particular y regalándole uno a Ana quien, de vez en cuando, lo sorprendía con algún escrito literario. Escribir era un placer para ella, y leer una droga. Para comprar libros no dudaba escatimar en otras cosas; pocos libros se podían comprar pero ella se procuraba cada semana la novela que publicaba La Revista Literaria Novelas y Cuentos y llegó a conseguir una rica biblioteca en contenido y pobre en presentación: y cuando iba a Jerez o a Cádiz de compras siempre volvía con un libro adquirido en la estación, como de Ediciones Cisne, Pueyo, Plaza, Juventud, Reguera... etc. Ana era insaciable, pues ¿y Pablo? ¿a cuántas revistas culturales estaba suscrito?

Así que la novedad del bolígrafo fue para los dos un regalo de reyes.

Era una pareja muy compenetrada y ya sabemos que no guardaban entre ellos secretos. Aunque de algunas cosas que sabían no les parecía recomendable dar conocimiento de ellas, y sin embargo:

- ¿Sabes, Pablo? La rubia peligrosa Mariflor tiene novio formal y ya no enseña las piernas.

- ¿Sabes, Ana? El hombre que me ha consultado a mí, cerrada ya la botica, está pasando un calvario, porque su mujer padece furor uterino y él no puede cumplir. Le he dado unas pastillas de vitaminas y le he recomendado que consulte con el médico.

¡Las vitaminas! Están en los tomates, en las frutas, pero se venden en la Farmacia en comprimidos, vitaminas para todo que, efectivamente eran necesarias dada la carencia que de ellas tuvieron después de la guerra. ¡Y la moda del llamado choque vitamínico!

Se estaba adelantando mucho y ya se hablaba del cine en color y de la televisión, que tardaría en llegar a ser popular. Se estaba adelantando mucho los discos de música, las radios pequeñas, casi de bolsillo, las

grabadoras, que parecían juguetes. Y la penicilina era adorada: no más infecciones, se acabaron ciertas fiebres, la medicina recibía el respeto y el agradecimiento de la humanidad.

Pero cuando Diego, aquel campero que un día fue visitado por la señorita Pili, se llegó a la Farmacia para comprar el medicamento que él usaba para aliviarse los retrocesos de su antigua enfermedad de origen venéreo, Pablo le propuso el cambio porque, además de ser el medicamento nuevo más eficaz, era más barato. Diego dudó:

- Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.

Y después, confanzudo, le hizo una delicada pregunta:

- ¿Sabe usted si la señorita Pili, que yo sé que ella compra aquí, necesita de estas medicinas?

Pablo aguantó la indignación, pero respondió:

- La persona que entra en mi botica es sagrada, y nadie se entera de lo que se lleva si ella misma no lo dice, que sepa usted esto: es secreto profesional.

Se excusaba Diego, un poco avergonzado pidió perdón:

- ...es que yo le tengo simpatía a la señorita Pili, y me preocupa que le ocurra una esaborición.

Esta conversación le dio que pensar a Pablo y recordó la visita que Pili le hizo hacía mucho tiempo para que la orientara sobre unos lavados íntimos.

A la noche habló a Ana sobre el caso y Ana aseguró que Pili era una mujer estupenda de la que nadie podía hablar nada que no fuera honradez.

Y Pablo quedó muy convencido de que así era

En el otoño, antes de que naciera el tercer hijo (también varón) ya propietarios de la casa, pensaron en el arreglo de la misma con albañiles al canto. Sería una obra ingente porque estaba muy deteriorada y tendrían que calcular los gastos, que serían muchos aunque el arreglo fuera somero. Y antes de que llegara el invierno, y con él otro parto, era necesaria la compra de sillas o butacas para el patio de la rebotica, porque parecía de muy mal gusto ofrecer taburetes, y además viejos, cuando se improvisaba una tertulia, que cada vez iban siendo más frecuentes.

Ana oponía resistencia porque seguía pensando que el aljibe ocultaba algo terrible, pero ante la insistencia de Pablo, decidió comprar las butacas de madera y una mesa auxiliar; a Pablo le pareció la compra de poquísima categoría y ella prometió engalanar el patio para la primavera próxima.

En pleno invierno nació Miguel, la madrugada del 24 de Diciembre y llenó la casa de felicidad. En aquel parto, Ana, no sintió náuseas y, de haberlas sentido, habría devuelto una cena exquisita en la que hasta había sobrado riquísimo pan. El niño, como los hermanos, nació fuerte, hermoso y además bellísimo; su paso a cristiano fue celebrado como los bautizos deseados, y lo apadrinaron su abuela y su tío Luis, que ya iba para célebre doctor.

Hubo corrimientos de camas: la cuna para el recién llegado; Luis a la cama- cuna y Pablito a otro cuarto en una cama de mayores.

La crianza del pequeño, como la de los otros, espléndida y tranquila tras haber pasado a su debido tiempo por las abluciones del cocimiento de afrecho; Ana sacaba a los niños a pasear cada día a Las Canteras acompañada de la niñera y, a veces, de su amiga Jovita; por ella supo que la madre de Pili, una señora muy señorona y muy chapada a la antigua, estaba maluquilla y que para poderla atender por el médico y la Farmacia, se estaban desprendiendo de muebles, de espejos y de cuadros, todo muy bueno y muy barato.

Ana lo comentó a Pablo y él le aconsejó: - Ve a la casa y si crees que nos conviene algo... lo dejo a tu juicio.

A casa de Pili fue Ana acompañada de Jovita. Al entrar en la casa quedó Ana sobrecogida de la riqueza de los muebles, del dorado de los espejos y relojes, de las tapicerías y cortinas, de los cuadros, de las porcelanas...; le pareció un museo porque ella nunca había visto reunida tanta grandeza y pensó que cualquier objeto, por muy bajo que lo hubieran tasado, era inasequible para su economía; sin embargo, chalaneada por Jovita, adquirió una consola de caoba de patas curvas y torneadas con tapa de alabastro ¡doscientas pesetas, el importe de la venta de un día!. Después de vaciar su bolso, pues solo quedaron tres pesetas desoladas, sintió el remordimiento de haber gastado el dinero en un mueble que no les era necesario. Ya no podía volverse atrás, porque Pili había tomado delicadamente en sus manos el dinero y había entrado en una habitación donde la madre descansaba en una butaca, para darle la noticia de la venta y hacerle hincapié de que por parte de la señora de don Pablo no hubo regateo.

- Mi madre quiere conocerla- dijo saliendo del gabinete- Jovita y su familia son conocidas de nosotras pero si no es molestia ¿podría pasar?

Y Ana entró con el mismo sentimiento de hacerlo a un santuario; la

señora, muy señorona, hizo ademán de incorporarse y le dio las gracias por sacarla de aquel apuro.

...porque nosotras hemos empobrecido por circunstancias especiales pero conservamos el honor...

Pocas palabras se cruzaron entre ellas; la señora, señorona, muy derecha en su butaca; Ana, tímida, como si al comprar hubiese realizado una acción fea, le deseaba que cambiara pronto su situación y sobre todo que recobrarla la salud.

No salió satisfecha de la visita aunque la compra fue buena y su salita de estar adquirió buen tono; así se lo comunicaba a Pablo quien muy zumbón le dijo:

- La consola necesita un cuadro o un espejo, un reloj y dos candelabros, como había en casa de mi abuela doña Serafina...

Ana no admitió la burla y a punto estuvo de echar unas lagrimitas de arrepentimiento; él la aplacó:

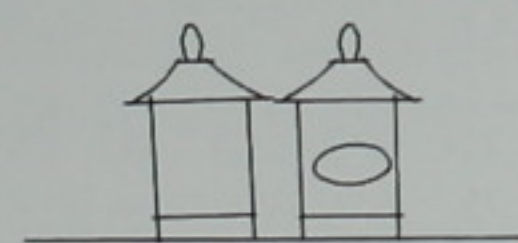
- Ana, lo que tú hagas está bien hecho; no te apures porque, gracias a Dios, podemos pagarnos este capricho; a mí me gusta rodearme de cosas buenas siempre que tú estés entre ellas.

Pablo estaba muy enamorado de su mujer.

Al día siguiente ya estaba colocada la consola en la salita; de cuadro una litografía con un bonito paisaje; sobre el mármol el retrato de boda bien enmarcado como los de los niños y un valioso tabor, regalo de boda, con flores naturales .

Varias veces en el día había subido Pablo para gozarse con la vista de aquella belleza y siempre decía con mucho gracejo:

- Si mi abuela doña Serafina entrara aquí se moriría de envidia.



Pero Pili necesitaba más de doscientas pesetas para salir, de momento, de su crisis económica: agua, luz, contribución, pagar en el almacén de comestibles, llenar la despensa de lo más necesario y comprar de vez en cuando un paquetito de galletas como regalo para el delicado estómago de su madre.

Así que ella, ayudando cuanto podía, estiraba el dinero con una habilidad que a sí misma le asombraba.

Y esperó a una mañana en que la gente del campo se arrimaba al pueblo

para vender y comprar. En el Porvenir, como si estuviera cuidando de algún niño de los que allí jugaban, acechaba la entrada por el fielato y así, cuando la madre de Diego paró la burra, enseñó las mercancías que llevaba en el serón y pagó el impuesto, Pili abandonó el parque infantil y tomó a buen paso la carretera de Medina. Como la otra vez, se entregaría a cambio de dinero o de comida que llevar a su madre, que soñaba, hasta despierta, en comer una gallina en pepitoria.

- ¿La sabría guisar, Pili?- ¡Claro, mamá!, ¿para que están los libros de cocina?

Y ambas se gloriaban imaginando comidas suculentas hasta que Pili decía: - ¡Y ahora nos tomaremos nuestras poleás!- ¡Y que no nos falten, hija mía!

¡Sí pudiera conseguirla!

Apretó el paso ilusionada. Miraba a un lado y a otro con envidia de las casitas de labor; en todas humeaban las chimeneas; hasta la carretera llegaba el cacareo de las gallinas sueltas alrededor de las viviendas picoteando en el suelo; había en el corral ponederos, y dentro de ellos huevos, huevos frescos y gordos con olor a plumón caliente; en un bardal un gato tomaba apacible el cariñoso sol de la primavera; ¡cuánta tranquilidad y paz pregonaba aquella casita! ¡Y la otra, y la otra, todas! La de Diego estaba cerrada; solo el perro la guardaba, ni siquiera había gallinas sueltas como otras veces; al verla cerrada y sin que saliera humo por la chimenea pensó que dentro no había nadie.

¿Que hacer? ¿Esperar? Y si solo volvía la madre ¿que le diría? ¿Volver a casa? Solo lo dudó un segundo: seguiría a ver lo que la suerte le tenía preparado porque intuía que algo tenía que ocurrir aquella mañana. Por eso comenzó a andar dejando atrás casitas y chozos.

Los chozos estaban levantados muy cerca de la carretera; algunos querían creer que eran casas levantadas de adobes o de ladrillos y cemento, por eso estaban adornados con matas de geranios de muy alegres colores predominando el rojo y el rosa, plantadas en grandes cajas de lata y ollas desportilladas; los que habitaban los chozos eran gentes enamoradas de la belleza; y en verdad que el paisaje en su sencillez era bellissimo; una tierra oscura y extensa, unas marismas lejanas, un pinar denso y unas elevaciones que parecían pedir perdón por querer sobresalir.

En el chozo más cercano al paso de Pili, había salido una niña por el portillo llorando con desconsuelo; a pesar de la pobreza de sus ropillas, de

las greñas de su cabeza y de sus pies descalzos, la niña resaltaba entre los geranios como una exótica y bella flor.

A Pili le conmovió el llanto de la pequeña y buscó la vereda que llevaba a la puerta del chozo.

- ¿Por qué lloras?

Y antes de que la niña contestara se oyó el llanto de un recién nacido.

- ¿Qué pasa?- preguntó apartando la cortina que dividía el chozo en dos partes.

En el suelo, sobre un colchón, bullían unos pequeñuelos que la miraban asombrados, y una mujer joven mantenía en un brazo a un bebé y en la otra mano aun las tijeras con la que ella misma cortó el cordón que le había unido a su carne; el bebé estaba sucio y la madre sangraba.

- ¿Como es que está sola?- le preguntó Pili asombrada.

Y la mujer contestó suavemente que su marido había ido en busca de la comadrona y a la hija mayor le había dicho que pusiera a calentar agua.

Pili tomó al niño en sus brazos envolviéndolo en un pedazo de tela que había sobre el catre y aconsejó a la madre que se tendiera, que ella se encargaría de todo mientras llegaba la matrona y el padre. Así lo hizo la mujer que ya había liado la tripita del hijo con una cintita finísima que cumplió su cometido; aún mantenía entre sus dedos temblorosos las tijeras que Pili colocó sobre una pequeña mesa; encima de la colchoneta del suelo seguían lloriqueando asustados tres pequeños; la niña llorando desconsoladamente a la puerta del chozo; le habló con cariño y le preguntó:

- ¿No hay candela? ¿Donde está la olla y el agua?

Y la pequeña, sin dejar de gemir, señaló alargando la mano un anafe sobre un montoncito de palos apagados y una olla llena de agua dispuesta para calentar y bañar al recién nacido.

Pili no sabía como actuar; jamás imaginó que podría verse en un trance tan delicado; el pequeño y la hermanita mayor- siete años a juzgar por las mellas de su dentadura- no dejaban de llorar pero, felizmente y muy deprisa arribaban, tomando la veredita, una mujer portando un gran bolso y un hombre muy nervioso: la partera y el padre.

- Señorita Pili ¿usted aquí?- exclamó la mujer.

- Aquí estoy y sin saber qué tengo que hacer para ayudar, Irene.

Irene contestó más tarde, cuando salió de ver qué estaba ocurriendo allí dentro y entonces ordenó:

- El padre a encender la candela, la niña a dejar de llorar y a buscar las

ropitas del crío y usted, señorita Pili, saque de aquí a estos tres demonillos que están estorbando.

A Pili se le había borrado completamente su situación: la que llamaba de absoluta pobreza.

En el chozo, aquel sol que parecía acariciar delataba la carencia de lo más necesario: ropa para vestir a los demonillos que solo llevaban sobre su cuerpo unas camisillas con largos girones y grandes redondeles de manchas oscuras; para el nuevo ser sólo un retal de tela blanca nueva, un rollo de venda para fajarlo y trapos viejos, pero limpios para envolverlo; y el desayuno de los niños consistía en leche fría, solamente. ¿Y qué había para los padres? ¿Y qué particularmente para la madre?

Se lo preguntaba a sí misma Pili y se le arrugaba el corazón porque ya sabía ella, y bien, qué era pasar hambre.

Pero Irene también lo sabía y de igual forma sufría por los niños y por los padres. Y luego, antes de salir por la puerta del chozo, ya lavada la madre y bañado el niño, le entregó unos cuartos al padre diciéndole:

- Toma, hijo, no tengo en este momento más que este dinero; ve al pueblo y compra aunque sea pan de higo para los niños y a la tarde yo mandaré algo de comer para todos y que Dios siga ayudándonos.

"¿Y yo, como puedo ayudar?" se preguntaba Pili y seguía pensando: "aquí si que hace falta una gallina para hacerle un caldo a la parida, pero eso no está en mis manos", y de pronto dijo:

- Yo me voy y esta tarde volveré con pañales y camisitas para el recién nacido...

Y salió sin querer mirar a los pequeños y a punto de caer al tropezar con una lata que hacía de maceta pletórica de flores que parecían sonreír al sol.

Aquel día una hermosa sábana de finísimo algodón fue destrozada para confeccionar con ella dos camisitas de mangas y varios pañales. Pili era una habilidísima costurera y todavía no se había desprendido de la máquina y pudo coser en ella con rapidez. Le explicó a la madre por qué rompió en trozos la sábana que aunque no era de lino, sí de algodón finísimo y la tenía separada para poderla vender algún día porque, además en la parte del embozo lucía unos preciosos bordados a realce. La señora contestó sin palabras bajando los ojos expresando resignación y conformidad.

Pili quiso embarcar a la Pepona contándole el caso y en su compañía ir al chozo a llevar la ropita; pensaba que al saber con detalles la pobreza

de aquella familia, ella y Mariflor se ingeniarían para procurar ropa para los niños pidiéndola a las amistades de ambas. Se despidió de la madre y prometió volver pronto para prepararle la cena; llegó a casa de Pepona y le dijeron los padres que había salido con Mariflor a Cádiz. Entonces Pili tomó sola la carretera de Medina para llegar al chozo antes de que la tarde comenzara a caer.

La tarde era deliciosa; una brisa fresquita aliviaba el calor de la caminata que a buen paso había emprendido Pili y todavía no habían pensado los pájaros en la recogida por lo que en el cielo había fiesta. Al pasar por la casita de Diego vio que continuaba cerrada y que la chimenea seguía en huelga. "Dentro no hay nadie" se dijo, y se alegró.

En el chozo fue recibida con el natural alborozo; los niños estaban mezclados con los geráneos como unos de ellos, todos eran de tez más que morena, renegrada y el cabello crespo.

El bebé era tranquilo; la hermana, como mayor (siete años) estaba a su cuidado porque la madre trajinaba a cuenta de preparar la comida, que gracias al buen corazón de Irene, la matrona, la tenían en abundancia para todos, además del generoso caldo para que la madre tenga buena leche.

El padre estaba contento porque Irene le había encontrado un trabajo de eventual, pero que saldría otro mejor y que Dios aprieta pero no ahoga. Esto lo dijo la mujer y él apuntó rápidamente:

- Pues ha estado a punto de darnos una ahogadilla .

Rieron, y de nuevo la madre dio gracias a Dios, que había dispuesto que la señorita Pili hubiera pasado por allí por casualidad.

- ¿Verdad, señorita, que fue como un milagro que usted apareciera por aquí?

- Tal vez... Yo estaba dando un paseo por Las Canteras y me alargué sin darme cuenta...

- ¡Bendito sea Dios y Él le pagará con creces lo que ha hecho con nosotros...!

Se despidió porque no quería que el atardecer le cogiera por el campo; prometió volver y con ropas que le buscarían sus amistades.

Se iba arrebolando el cielo cuando, al pasar por la casita, le salió al paso Diego que dijo haber llegado hacía unos minutos y que, al verla venir por la carretera, salió a saludarle e invitarle a cenar, porque tenía comida para dos y que su madre se había quedado en el pueblo con una prima cuya hija estaba a punto de parir.

Titubeó Pili pero agradeció la invitación.

Él insistió de una manera brusca:

- ¿Entras, Pili?

Ella hizo un movimiento con los hombros sorprendida por la confianza del campesino que prescindía del tratamiento al que estaba acostumbrada. Y él, sin alterarse continuó:

- Entre nosotros hay confianza, ¿verdad?

- Sí Diego, hay confianza y me quedo contigo para lo que quieras pero con una condición.

- ¿Cual? ¿Comida o dinero?

- Ni comida ni dinero.

- ¿Entonces?

- Tú haces conmigo lo que quieras y yo te hago a ti lo que tú quieras; a cambio me regalas una gallina.

- ¿Qué dices? ¿Una gallina? Tú estas loca.

- No estoy loca..., quiero una gallina, tú tienes muchas.

- ¿Y qué le digo yo a mi madre cuando note que le falta una?

- Nada. Que la han robado...

Diego cavilaba; después de todo la cosa le salía barata; una gallina más o menos por una noche muy gustosa, valía la pena.

- Bien. entra conmigo en el corral y escoge una.

Entraron los dos; ya el averío estaba de recogida y muchas preparadas en los travesaños que les servían de dormitorio.

- Me da igual- dijo ella- siempre que esté gorda.

El alboroto que armaron las aves era sobrecogedor y ninguna se dejaba, hasta que, tras muchas intentonas, Diego pudo apresar a una rubia que se defendía a picotazos; las demás alzaban las alas, cacareaban con estridencia y todas estercolaban; el gallo daba paseos nervioso y miraba altanero a sus subordinadas; Diego consiguió cerrarle el pico a su prisionera y riéndose le dijo a Pili:

- ¿Te parece buena?

- Mira, Pili, la matamos y la desangramos y después la desplumas en tu casa...

- ¡Qué bueno eres Diego! ¡Y cómo va a disfrutar mi madre...!- se le endulzó la voz- mi madre está mala, muy decaída, muy triste y sin apetito...; no parece la misma que cuando ibas a llevar tierra para los arriates del jardín...

- ¿Y cómo está el jardín, señorita Pili?- preguntó volviendo a su pasado de servidumbre.

- Sólo queda en pie el magnolio; lo demás desapareció porque no tenemos gusto para nada; allí no quedan ni las raíces porque me las comí yo misma ¡el hambre es terrible Diego!

Y Diego no contestó. Como si no la hubiera oído. Apretó la gallina a su pecho e inició el paso para la casa; Pili lo siguió hasta la cocina; allí fue degollado el animal y volcada su sangre en una vasija que después limpió hasta no dejar huella alguna; metió el animal en una bolsa y dijo:

- Así se la puede usted llevar... Pero antes comeremos alguna cosita...

Mientras hablaba iba sacando de la despensa algunas cositas: queso, jamón, aceitunas, pan y una botella de vino de marca de Jerez.

A Pili le huyó la ternura; iba a comer cosas cuyos sabores se le habían olvidado, miró cariñosa a Diego y hasta sintió impulso de acariciarlo.

Comían y bebían los dos en silencio.

- Ya va haciendo calor, ¿verdad?

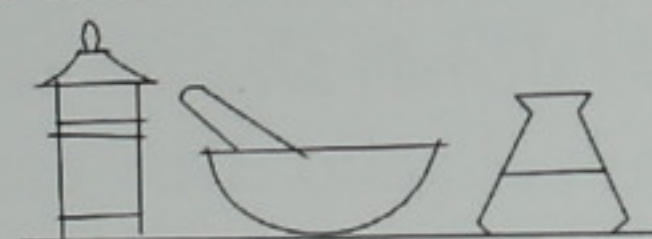
Asintió con la cabeza y siguió saboreando los manjares.

Diego se despojó de la camiseta y quedó con la elástica, descubierto el torso como una bella escultura viva.

Pili también sintió calor: - ¡El vino que enciende la sangre!- dijo desabrochándose su blusa y agrandando su escote.

Luego él matizó: - Tu pecho y el mío serían iguales si yo no tuviera vello...

Atrevida y sin control, tal vez por el vino ingerido y por el estómago ahíto, acarició suavemente y despacio la pelambre del pecho del varón y después restregó su cuerno con el suyo.



Ya estaba el cielo salpicado de estrellas y la luna jugando al escondite en el pinar, cuando Pili salió de la casita despidiéndose de Diego con palabras entrecortadas, no sabía si de gozo o de vergüenza, y tomó el camino para el pueblo. No quiso que él la acompañase porque podrían criticarla quienes la viesan. En el campo había una tenue claridad que esfumaba contornos; por la carretera no encontró a nadie; al sobrepasar Las Canteras, enlazó con los paseantes de la tarde; apretaba la bolsa donde llevaba la gallina, con pueril temor de que pudiera escapar

y cuando llegó a su casa, se detuvo en la puerta y consideró todo lo ocurrido durante el día: el paritorio en el chozo, la familia desvalida, su propio acto de entrega de una prenda que pudo ser vendida, sus horas de trabajo confeccionando pañales y camisitas, la gallina, su comida ¡su comida y la entrega de su cuerpo! Debiera ruborizarse pero no se arrepentía...

La madre estaba ya impaciente:

- Hija mía, dijiste que volverías pronto y ya es de noche...

Abrió Pili la bolsa y con gesto triunfal se la mostró a la madre.

- ¡Una gallina! ¡No la habrás robado ¿verdad?! Eso sería una deshonra....

- ¡Por favor, mamá! ¡Cómo voy a robar! Me la han regalado.

Y un silencio elocuente abrió una zanja entre las dos.

- Y bien, mamá, comerás gallina en pepitoria mañana mismo- dijo, sin querer advertir que su madre se enjugaba unas lágrimas que se le desbordaban por el rostro.

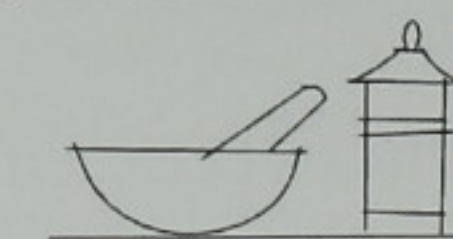
Pili se preguntó: ¿Por satisfacer un deseo? ¿por adivinar cuál fue el costo del regalo?. Y también ella se llevó los dedos a los ojos para arrancar el llanto.

Calmados los ánimos o haciendo un esfuerzo para equilibrar sensaciones, la señora, muy señorona dispuso:

- Mañana pondrás bastante agua a hervir con la que rociarás la gallina para que te sea fácil desplumarla y nada de pepitoria; con los menudillos harás un arroz...

- ¿Arroz, mamá? Tendrá que ser de estraperlo...

- Cómpralo de estraperlo...; con la pechuga preparas filetes, con los muslos una salsa, con todo lo demás un buen caldo y comeremos bien por lo menos dos días...



Ana y Pablo añoraban los paseos que al atardecer daban por Los Callejones de Ubrique, así llamada la hermosa alameda que haciendo zig-zag llegaba hasta Las Cumbres..

Aquella tarde tan primaveral, los niños estaban con la niñera en la casa de unos amiguitos donde celebraban el cumpleaños de un pequeño; la botica estaba tranquila porque en el pueblo, a pesar de ser primavera, había una epidemia de salud.

- ¿Paseamos por la carretera de Medina?

Y allá fueron los dos disfrutando del mutuo enamoramiento. Todo lo que veían les parecía bonito; en realidad no se podía discutir la belleza del paseo de eucaliptos que llevaba al pinar de Las Canteras, ni los chalés y casas de labor que a un lado y a otro de la carretera se encontraban como saludando al paseante. Pablo y Ana iban cogidos de la mano como dos novios; ella vestida con un traje color marrón que no le favorecía y él, como siempre, llevando con elegancia y soltura el traje color gris, último que le hizo el sastre gaditano.

De pronto unas nubes, hasta entonces aniñadas y juguetonas, se hincharon y emprendieron una galopada rociando la tierra de abundante agua; brilló lejos un relámpago; sonó también lejos un trueno. Muy cerca de la carretera se alzaba una casita de labranza; corría un perro a esconderse; se alborotaron unas gallinas que habían estado tranquilamente picoteando la tierra; una mujer las ahuyentó dirigiéndolas al corral donde el gallo paseaba bajo el cobertizo.

Pablo y Ana emprendieron el camino hacia la casa porque arreciaba la lluvia; la mujer les animó a refugiarse. Entraron en la casa. Los saludos naturales y el ofrecimiento de tomar café con ellos. Pablo correspondió ofreciendo tabaco. Todo era placentero: la lluvia, que agradecía la tierra, la reunión improvisada con la naturalidad de lo sencillo y espontáneo.

Se habló del tiempo y de la cosecha que se beneficiaba con aquella lluvia; se habló- ¿como no?- del racionamiento y del estraperlo, se habló de la botica, puesto que estaba con ellos el boticario y habló una anciana que apenas se notaba su presencia, al estar separada de la reunión en un lado junto a la ventana que daba luz al aposento, diciendo:

- En esa botica entré muchas veces, cuando mis hijos se criaban ...

- ¡Ayer, como quien dice!- comentó jocosamente un familiar.

La anciana, menudita, flaquita, sonrosadita, escondidos los ojos bajo el dominio de las cejas y sin el consuelo de pestañas por ausentes, había soltado en la falda su labor de calceta y continuó, sin comentario a la chanza;

- ....y me parece que la estoy viendo, con aquellos tarros tan preciosos en las estanterías y aquel mostrador que parecía mismamente un púlpito; llegaba yo y nada más verme salía don Anselmo y me decía:

"¿Lo de siempre?" y antes de yo contestar me daba un frasco de cristal de color azul, como de piedra (lipi), y lo apuntaba en el libro de las trampas- y añadió sofocada: - Es un decir, porque nosotros pagábamos por temporadas y nunca hemos sido tramposos.- Pues como iba diciendo: una botica preciosa con un aljibe muy grande, ¿cómo me acuerdo de Eduardito...! Era un señorito altísimo y por guasa se le decía Eduardito... Dicen que se fue del pueblo y que no volvió más...

- Mama ¿á que viene ahora ese recuerdo?- le dijo la hija.

- ¡Hija, ya tu sabes lo que son las malas lenguas: cuando se nombra el aljibe de la botica, se nombra también a Eduardito...

Ana deseaba que la anciana continuara hablando, pero ésta había retomado de nuevo su labor y parecía ya ajena al entorno. Quería seguir oyendo algo más de aquel misterio que, según ella, guardaba el aljibe de su casa.

La conversación siguió otro rumbo en el que ella no intervino y por fin, silenciada la tormenta, acabada la lluvia y perfumada la tarde, se despidieron y volvieron a la casa. Ya estaban en ella los niños; unos clientes esperaban a Pablo para consultarle sobre unos medicamentos; Ana, dando un rodeo para no pisar el suelo del patio, que a la vez era el techo del aljibe, subió a la vivienda donde la esperaban impacientes y revoltosos los pequeños.

Aquella noche, Ana no podía atrapar el sueño.



A Pablo le gustaba tanto hablar como escuchar; un cigarrillo platicado era el placer del diálogo del que disfrutaba con mucha frecuencia, pues día a día se iba enriqueciendo con nuevas amistades. Una muy reciente fue la del Cojito Pavón; así era conocido y llamado aquel caballero, gitano rubio, que estaba al frente de una peluquería en la calle Calvo Sotelo, y que acudía a prestar servicios a domicilio.

La mañana que Pablo dedicaba a corte de pelo era de fiesta para él y para el Cojito y ni a uno ni a otro le importaba el correr del reloj; para ellos aquello era un rito consagrado a la historia y a la música; el Cojito,

ya hemos dicho que era rubio y gitano de la gran familia de los Pavones, con Pastora a la cabeza; en sus tiempos mozos, él se ganó la vida cantando en reuniones de señoritos y en tablaos flamencos; quedó cojo a causa de un accidente de tren en una ocasión en que con su familia iba a ver una corrida de toros en El Puerto de Santa María; andaba con una pata de palo y a veces parecía su andar una música extraña; contaba que de haber seguido actuando como cantaor por esos mundos hubiera sido célebre porque gustaba mucho su cante, por ser puro y legítimo, pero que cuando se casó y empezó la familia a llenar su casa y su corazón, no podía estar separado de ella y abandonó el arte flamenco para coger las tijeras y la navaja barbera, y con este trabajo, sin tener que salir del pueblo, ni trasnochar, sacó su casa adelante y todos eran felices.

Pablo tenía música apilada en discos de los más variados; mientras duraba el trabajo del Cojito, en la habitación no cesaba la música ni los comentarios sobre lo que se estuviera escuchando; a veces se prolongaba la hora y llegaba la de comer sin haber terminado la charla.

Ana comprendía a los dos, porque también ella participaba en ocasiones de la plática y se enteraba de cosas del pueblo muy interesantes; cada día estaba más satisfecha de vivir en Puerto Real y cada vez le descubría más encanto; saber y visitar las casas de una sola planta donde invariablemente a más del patio central, rico en columnas, mármoles y vidrieras, tenía al fondo un hermoso jardín con su coquetón cenador, las cancelas separando el zaguán de las galerías con sus campanillas para llamar y ser recibidos.

- Tiras de la cuerda, suena la campana y resuena cantarina como alegrándose de la visita, dando la más cordial bienvenida- comentaba Ana.

Ella subía a la azotea por el placer de ver otras azoteas.

- Los tejados son misteriosos, encubridores, pardos, adustos y sólo las chimeneas parecen comunicativas- Ana decía esto con frecuencia- en cambio las azoteas son amigables, alegres y parlanchinas y recuerdan patios y jardines tan amplias y engalanadas de tiestos con plantas siempre en flor, que se ríe una de los jardines colgantes de Babilonia; separadas y unidas a la vez por pretilos y que los tordos acuden a desflorar las plantas y a comerse las hojas.

Lo que no decía, por un gesto de humildad es que allí arriba, el vuelo de las cigüeñas, el de los murciélagos, el de los tordos, gorriones y golondrinas, el azul del cielo, el gris de las nubes y siempre el crepúsculo le producían un sentimiento religioso que le acercaba a Dios y le era fácil la

oración.

Y Pablo lo sabía y cuando estas casas de tejados y azoteas las comentaba con el Cojito, éste le cantaba a Ana;

*Agua menudita llueve  
pronto caerán las canales  
ábreme la puerta, cielo  
que soy el que tú sabes.*

- Gracias a las casas con tejados se pudo inventar esta copla..., aquí como tenemos azoteas para recoger la lluvia y guardarla en los aljibes no hay caso ...

Siempre evitaba Ana hablar del aljibe por un pueril temor; ¿qué misterio podría desvelarle un hombre que parecía saber todo lo ocurrido en el pueblo desde su fundación?

Solo que un día...

Fue poca cosa lo que dijo:... que Eduardito era un señorito tarambana que siempre estaba recorriendo el mundo...; que algunas veces volvía millonario con un gran coche y otras hecho un harapiento pobretón...; que faltaba del pueblo hacia muchos años; que cualquier día se presentaría ¡quién sabe cómo! viejecito y achacoso o que acaso estuviera muerto...

Ana se reprimía y guardaba sus temores porque Pablo le había dicho en varias ocasiones: - Tienes que achicar tus fantasías y ver en las cosas siempre lo natural y lógico.

Pablo la comprendía pero no alimentaba sus sueños.

Una mañana se presentó en la botica Pili más demacrada y delgada que nunca; por eso Pablo se sobresaltó, y más aún cuando le dijo que deseaba hablar con su esposa, si era posible. El pensó que vendría a proponerle la compra de otro mueble o a darle lo que vulgarmente se llama sablazo; tentado estuvo de evitarle a Ana el compromiso y ayudarle él mismo con algún dinero; ¿y qué dinero podría ofrecerle sin ofenderla? Valía más que ella hablase y así, decidido, llamó a Ana, que se asomó a la baranda del corredor; y al enterarse del propósito de Pili pensó igual que Pablo y le pareció mejor bajar a la rebotica y así, arropada por él, le sería fácil aceptar o negar la compra de cualquier mueble, cuadro o alhaja, porque estaban pasando una etapa nada boyante y no era conveniente distraer dinero en cosas de las que se podían prescindir.

En la habitación anexa a la rebotica fue la conversación de las dos mujeres pues Pablo se alejó discreto al despacho, Pili fue rápidamente al asunto: que por la carretera de Medina, cercano al paso, había un chozo donde se albergaba un matrimonio con cuatro hijos, uno recién nacido y no tenían para vestirlos, que ella había hablado con Pepona y Mariflor y las dos estaban recogiendo ropa y víveres para la familia.

Ana, compasiva, se ofreció.

- Iré al chozo algún día... Yo puedo ayudar mandándole ropa de recién nacido que tenga preparada para el que pronto llegaría- y al decirlo se acarició el vientre.

Pili se alegró;- ¿Otro hijo?

- Pues sí otro, el tercero.

- Pues que sea para bien...

- Andamos escasos de telas, pero alguna se encuentra para camisitas y pañales, lo peor es que no se ven las telas de rizo para las empapaderas y no voy a destrozarme más toallas- se excusaba por no poder ser más espléndida.

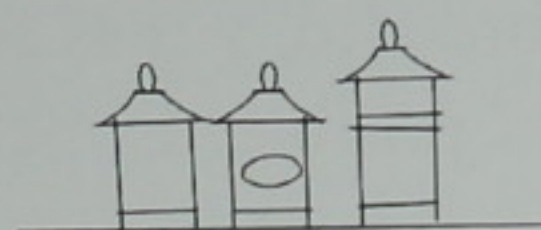
Pablo invitó a café, que llevaron del bar de la esquina, el del bonito nombre que, pasados unos años desaparecería: Bar Regina.

Pili estuvo locuaz y agradable. Luego Ana comentó:

- Es una buena persona y muy digna en su pobreza ¡Dios quiera que el hermano aparezca pronto y cambie la situación de ellas; la madre es muy señora y la hija ya ves, caritativa ayudando a los demás...

Pablo pensaba entretanto en la pregunta de Diego: "¿la señorita Pili necesita de estas medicinas?", en la enfermedad de Diego que se agudizaba por temporadas; en la demacración cada vez más acentuada, de Pili.

Y sintió una gran tristeza.



Otro hijo venía al hogar y ellos lo esperaban con alegría. ¿Niño o niña?- "Lo que venga viene a su casa y será bien recibido", - contestaban .

Ana llevaba el embarazo hasta con garbo; llegaría en diciembre; necesitaba un abrigo que fuera amplio, pero la economía no permitía ese gasto, que era necesario, pero que se podía solucionar, como se hizo, volviendo del revés el viejo abrigo de Pablo. Al arreglarlo parecía nuevo y como tal lo lució por las noches cuando ambos iban al teatro donde trabajaba una

buen compañía de zarzuelas y disfrutaban con la música aunque Ana estaba incomoda en la butaca por el abultamiento de su vientre.

La última función, Los Gavilanes no pudieron gozarla.

Ana sintió por la tarde las prisas que por nacer sentía la nueva criatura.

Todo se preparó como un rito, hasta el cartucho de afrecho; avisado el médico y la partera; esperando el agua en las ollas para ser usadas, entre dolor y dolor, acudía Ana a todos los detalles; la comida de los niños, las camas de los niños; los juguetes y trajecitos de los niños ¿sería una niña? Daba igual.

Por último, regar las flores del corredor, (¡qué detalle!) y como si el oficio de Ana fuera parir, preparó su ropa para el antes y el después y se entró en el dormitorio "hasta que yo avise".

Y cuando avisó pudieron entrar Pablo, el médico y la partera, a punto de recoger al ser inocente que irrumpía en aquel hogar, haciendo de la rutina de la noche, una nochebuena.

¿Era Ana celosa? Ella decía que no y por eso, cuando se necesitaba en la farmacia una nueva ayudante, aconsejaba a Pablo que, entre las aspirantes escogiera a la más joven y atractiva.

Jovita le advirtió: - Puedes meter en tu casa una ruina... Los hombres son endeble y se encandilan con unos ojos o con una sonrisa...

- Estoy segura de Pablo.

- Hasta ahora puedes decirlo, pero desde ahora corres peligro.

- ¡Bah!- y cortó el diálogo.

Jovita se decía a sí misma :

- Confíate, confíate ...Mi madre solo escogía para el servicio las metidas en años y poco agraciadas, y pesar de eso mi padre...; ¡ojú mi padre!

Contar diálogos es un arte muy difícil, pero Ana lo poseía en alto grado. No siguió hablando del caso porque le dolía recordar el pasado tan reciente .

No pudo evitarlo; fue algo inesperado; Pablo no le había consultado; todo ocurrió a raíz de una conversación entre los dos farmacéuticos; que el trabajo aumentaba, que no podía contar con la ayuda de Ana a causa de los niños, y le convenía una auxiliar más para el despacho y no sabía cómo elegir; y el compañero, fraternalmente le dijo:

- Yo tengo mi plan cubierto, pero si necesitara a alguien no lo dudaría y con los ojos cerrados metía en mi botica a Benilde ...

- ¿Benilde?

- Benilde González; una mujer educada, culta, religiosa, en buena edad, de familia inmejorable...

Y Benilde entró de auxiliar de Farmacia en la oficina de Pablo, que cada día estaba más satisfecho de su decisión, por la rapidez en aprender la confección de fórmulas; la atención al cliente imitando a Pablo; su discreción y amabilidad y su adaptación en todo momento al trabajo y al horario, aunque parte de él lo dedicaba a Pablito y Luis entreteniéndolos con juegos, que ni Ana ni a Pablo desagradaban; al contrario, lo agradecían.

Hasta que Ana captó el doble juego en ocasión en que pudo ver los ojos de Benilde clavados con arrobamiento en el rostro de Pablo sin que él se diera cuenta.

Y desde entonces los espiaba.

¿Pero no se daba cuenta Pablo del asedio? ¿Disimulaba, quizá?

Benilde había pasado de los 35 años nada floridos; alta, como ella; morena como ella; ojos grandes, oscuros y serenos, nariz irregular, boca grande y dientes grandes, Ana; ¿qué diferencia había entre las dos?. El cuerpo rígido y enjuto, Benilde; el cuerpo armonioso de curvas discretas, Ana.

Y algo había en Benilde que recordaba al animal que se desliza reptando, y en sus ojos de largas pestañas había fugaces ráfagas de lujuria doliente; y la tez tan amarillenta bajo la capa de polvos; sus manos largas, finas y cuidadas las manejaba de tal forma que lo más simple, tomar un agitador de cristal, o un lápiz, o un papel, transformaba el agitador en algo etéreo y brillante, el lápiz o el papel en aire y aroma; acariciar a Pablito mientras observaba al padre era la muestra más palpable de un sabio erotismo.



Entraron al dormitorio después de ver que los niños estaban dormidos plácidamente.

Pablo se desnudó con rapidez y se metió en la cama. Ana, aún vestida pero ya apagada la luz fuerte y con solo la suave del aparatito de la mesa de noche, se sentó al borde de la cama pero en el lado donde acostumbraba dormir; al otro lado Pablo esperaba tranquilamente que Morfeo lo acogiera en sus brazos.

- Pablo quiero hablar contigo.

Se alarmó él- ¿Pasa algo? ¿Los niños?

- Quiero hablarte de Benilde.

Repentinamente se espabiló:

¿No está contenta? ¿Quiere irse? ¿Te ha dicho algo?

- No es eso Pablo ...,- y añadió con voz muy temblorosa, como si fuera a romper algo con su sonido- ¿acaso no te has dado cuenta de que está enamorada de ti?

Pablo se sentó en la cama y se puso las gafas. El estupor más sincero se veía en sus ojos

Y Ana habló.

Y los dos lloraron abrazados tiernamente.

Ella desmenuzando sus observaciones, su espionaje. Él confesando su indiferencia e ignorancia.

- ¿Qué hago, Ana? Tendré que echarla ... Será un escándalo, pero podría inventar un motivo...

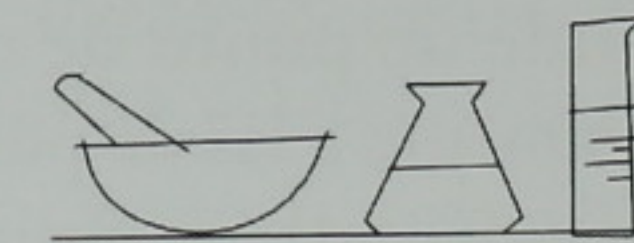
Estuvieron abrazados y con las piernas entrelazadas hasta que el sueño los separó y durmieron cómodos.

Benilde con el tiempo se aburrió de la indiferencia de su preferido y pasados unos meses se retiró del trabajo porque le cansaba mucho y le estropeaba la salud; y parecía verdad porque había adelgazado sensiblemente y su tez más que pálida era terrosa.

Y fue entonces cuando Ana entró a tomar parte en la elección de la aspirante a Auxiliar de Farmacia.

- La quiero joven para que sea alegre, bonita para que le lluevan los moscones que sueñen con ser novios, que esté satisfecha de la vida y llena de ilusiones.

Ana ¿era celosa?



¿Que será? ¿Niño o niña?

El cuarto hijo estaba al llegar y venía con la primavera y se encontraría su hogar dispuesto amorosamente, con las mismas ilusiones y alegrías que esperaron a sus hermanos.

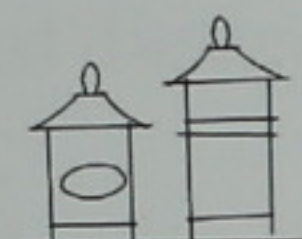
Se llamaría Juan si fuese niño y María si fuese niña; Ana preparó en el contiguo cuarto a la alcoba dos camas preciosas de madera, y pintó el cuarto en color de rosa con un friso de patitos blancos; Miguel dejaría

la cuna al nuevo hermano o hermana y él pasaría a la cama de barandas que desocuparía Luis.

- Parece que es el primer hijo que vais a tener- comentó Jovita.

Y Ana, sin dejar de acariciarse el abultado vientre contestó: - Estamos deseando que llegue el momento...

Estamos, había dicho, porque hablaba como siempre, en nombre de Pablo también.



¿Qué será? ¿Niño o niña?

¡Y fue otro niño!: Juan. Y la felicidad del matrimonio se agrandó.

Todo sucedía con naturalidad y rutina: el afrecho para los primeros días se obtuvo sin contratiempos; Ana era buena nodriza; los otros res tenían asegurados sus paseos diarios; y Juanito trajo otro pan bajo el brazo siguiendo el ejemplo de sus hermanos.

La clientela aumentaba; la Seguridad Social se había implantado; el comercio general resurgía, aunque con lentitud y era fácil obtener comida, telas, hilos., juguetes y más cosas de las necesarias; en la Farmacia. para poder atender al público, había cuatro jóvenes ayudantas, las cuatro guapas, simpáticas, listas y a elección de Ana.

El bautizo de Juan fue celebrado a lo grande.

El matrimonio disfrutaba de una plenitud de felicidad y de una consideración social muy preciosa que les proporcionó buenas amistades entre la población y entre la colonia de veraneantes. Aquel patio de la rebotica, que era a la vez techo del aljibe, servía en todo tiempo por la mañana o por la tarde de punto de reunión; Ana asistía a ella con frecuencia, como igualmente a las de por la noche, las que eran tan interesantes que se alargaban hasta la madrugada en muchas ocasiones. Llegaron a ser célebres las tertulias de la botica de la calle de la Plaza. Hay que advertir que llamaban así a la calle aunque cambiara el nombre por circunstancias políticas.

Una noche la tertulia se vio aumentada por un viajante de una nombrada bodega de Jerez, que le había dicho a Pablo: - No pienso trabajar con usted porque yo no vendo potingues, yo trabajo en vinos, pero siempre que vengo a Puerto Real me paso por la calle de La

Plaza... de La Plaza se llamó siempre, luego de Cánovas del Castillo y ahora de Calvo Sotelo, pero yo sigo llamándola como antes y a esta Farmacia la nombro Botica de la calle de La Plaza, aunque tenga el nombre de Farmacia Central... y eso de Central habría que hablarlo alguna vez porque resulta...

A Pablo la charla del viajante lo tenía intrigado; le ofreció un cigarro y lo invitó a entrar en la Rebotica.

- Desde niño, cuando mi padre me traía a retozar en Las Canteras sentía yo cierta atracción por esta Farmacia, por lo bonita, por lo lujosa, por lo artística; es señor el maderamen, lujoso el mármol y el botamen hecho, según decía mi padre, de encargo en la Cartuja de Sevilla y la cristalería de roca; buen gusto, señor, buen gusto que tenía el que la hizo y ¿sabe usted? la obra no la dirigió un boticario sino un bodeguero jerezano...

Pablo escuchaba con atención y el viajante Antonio Romero...

- ... porque yo me llamo Antonio Romero, soy de Cádiz y trabajo en el departamento- de ventas de la bodega más famosa de Jerez...

- Todas son famosas.

- Sí, señor, pero esta mía es la mejor y yo he llevado sus vinos por toda España... Pues como le iba diciendo, desde que chiquillo me traía mi padre a respirar el aire de los pinos. de Las Canteras y desde entonces estoy enamorado de la Botica que le aseguro que no he visto ninguna tan bonita en todo el territorio español... Llevo en mi maleta fotografías y unos papeles donde cuento la historia de la Botica de la calle de La Plaza...; por que yo, aunque no lo parezca, leo mucho y hasta escribo algo, unos versitos, algunos. Pensamientos, cosas curiosas que me pasan en los viajes...

Fue entonces cuando Pablo lo invitó a la tertulia nocturna a la que acudió lleno de orgullo y curiosidad; no era para menos ser presentado al Párroco a un cantaor de flamenco de oficio barbero, a un joven estudiante de medicina, a un coronel de la Armada, a un marino mercante, a un gitano guitarrista. a un médico en ejercicio y todos amigosentre sí.

Pablo había sacado llena de vino blanco y dulce de Chiclana la probeta y algunas copas.

- Perdone, don Antonio, que no sea vino del que usted representa...

- El vino siempre es bueno y no hay que preguntar por su cuna...

Luego Antonio Ramírez explicó profundamente sus trabajos en torno a la bodega, atendió cumplidamente a las preguntas entusiasmado a los reunidos por su gracejo gaditano que no había perdido en tantos viajes por el mundo Dios.

Y por fin sacó una libreta de apuntes que pasó de mano en mano oyendo muchos elogios. Envalentonado sacó unos pliegos y leyó lo que llamaba pomposamente Historia de la Botica de la calle de la Plaza, que fue del gusto de todos los oyentes. Pablo le pidió los pliegos para copiarlos; Antonio Ramírez se los entregó y quedaron que él los recogería cuando volviera a los dos días, de San Fernando.

Pablo y Ana leyeron los pliegos con entusiasmo y entre los dos copiaron la historia en unas cuartillas.

Esta era la historia que guardaron celosamente en el cajón del armario de la Rebotica:

#### Historia de la Botica de la calle de La Plaza de Puerto Real

Hace mucho tiempo, a mediados del siglo pasado, llegó a Puerto Real un boticario, ya maduro, soltero, bien parecido con fama de gustarle mucho las pesetas y, en consecuencia, muy "agarrado", no fiando ni facilitando a la clientela; a pesar de eso no faltaba ésta, sobre todo la femenina que confiaba ablandarlo con sus hechizos y zalameñas; tan solo a una se rindió y esta no era portorrealena; había llegado al pueblo un día esplendoroso de primavera, de excursión al pinar de Las Canteras para que su niño respirara el puro aire.

Vivía en Cádiz pero no era de allí, sino de un pueblo de Sevilla; soltera y madre de un niño de cinco años que padecía de los bronquios y que llevaba a diario a Puerto Real para que respirara bien en el pinar de Las Canteras, llamadas también los "pulmones de Cádiz". Andrea Pérez Blanco y el niño Andrés Pérez Blanco, por lo que ya comprendemos que su madre era soltera, trabajaba de costurera y estaba al amparo de una anciana tía que vivía de alquilar habitaciones a estudiantes en plan de pensión completa; su economía era muy precaria pues no siempre cumplían bien los pupilos.

Como el viaje diario en tren ocasionaba un gasto superior a sus cálculos, Andrea optó por acomodarse en una casa que podía costear gracias a su oficio de costurera; era fina, curiosa y elegante en el arte

de la moda, por lo cual rápidamente se hizo con una buena clientela. Todos los días sacaba al niño a Las Canteras; la respiración mejoraba pero no así su apariencia raquítica.

Don Horacio, el farmacéutico de la calle de La Plaza, en los ratos tranquilos que le proporcionaban las "epidemias de salud" se pateaba el campo en su deleite de herborizar, y fue en un acto de estos cuando entabló un corto diálogo con Andrea; sostenía ella al niño de una mano ayudándole a repechar por un diminuto monte. Seguramente que a don Horacio le alteró la apostura y belleza de Andrea y el enfermizo aspecto de Andresito.

- Ya ve usted, a mi niño le gusta también arrancar yerbas.

Don Horacio rió y ambos acortaron el espacio que los separaba. El niño escalaba torpemente pero sin la ayuda materna y don Horacio tuvo tiempo de admirar el hermoso cuerpo de ella, los ojazos de ella, la cabellera de ella, la perfecta boca de ella y las manos de ella que le pareció sentir las calientes por su cuerpo. Don Horacio sabía de yerbas y potingues y de mujeres.

- ¿Por qué no se ha casado usted?.

- Porque me gustan todas y si escojo una es como si despreciara a las demás...

Pero escogió a Andrea en un impulso insospechado, y le dijo adiós a los hongos, a las orquídeas y a las yerbas medicinales. El casamiento fue rápido sorprendiendo al vecindario, ¿cómo un hombre de su posición social, perseguido desde que llegó al pueblo, del mujerío por su apostura y su economía, de la noche a la mañana se había "liado la manta a la cabeza" sin tener en cuenta que ella era madre soltera?.

Pues así ocurrió. Andrea fue desde entonces doña Andrea, y Andresito el hijo del boticario.

Esto no lo consiento yo, el Andresillo- en tono despectivo- es hijo solo de su madre y cliente mío; que me consume en un mes él solo toda la mostaza para cataplasmas en su hundido pecho, que toda la clientela en un año.

Doña Andrea suspiraba y miraba a su retoño compasiva y triste. "... que era como una guasa del destino que siendo ella retollúa y el padre un mocetón para exponerlo como un dios de hermosura, hubiera nacido Andresito tan poquita cosa y se mantuviera enclenque a pesar de tantos cuidados..."

- Dime la verdad Andrea ¿cómo era el padre de Andresillo?.

- Ya te lo dije: un caballero jerezano alto como un ciprés, fuerte como un roble, fino como una caña y guapísimo como no tiene comparación... Me perdí en sus brazos...

- ¿Volverías a las andadas?.

- ¡Quita hombre! La tranquilidad que tú me das vale más que todo... Eres mi sombra y el amparo de Andresito.

Andresito iba remontando su salud hasta el punto que fueron olvidadas las cataplasmas y los jarabes de tolú y brea. Su inteligencia se iba despertando; su aplicación en la escuela era notoria y su sumisión y acatamiento a las órdenes de don Horacio eran ejemplares; nunca hubo entre ellos confianza familiar; seguían nombrándose don Horacio y Andresillo; en vano las artes de doña Andrea pudieron estrechar un lazo espiritual entre ellos.

Doña Andrea sentía una gran inquietud precisamente porque Andresito al crecer, al asomar en su pobre cuerpo un leve vello delator y aumentaba sus conocimientos escolares, pensaba en su porvenir que lo veía muy oscuro porque don Horacio no disimulaba la repulsa hacia el Andresillo y sobre todo que con los años se iba haciendo huraño y excesivamente tacaño, hasta el punto de que había suprimido en la Farmacia al mancebo y a ella la obligó a que atendiera el despacho, cosa que, en parte, a doña Andrea le gustaba porque el trato con la gente la llenaba de orgullo y desde que ella hacía fórmulas, trataba con agrado a la clientela, ésta subió visiblemente y la economía creció; don Horacio seguía pateando los campos y descansando con sus libretos en la rebotica; la fama de doña Andrea fue tal que hasta era tenida por curandera.

Un día se armó de valor y le espetó:

- Horacio, Andresito tiene ya edad de pensar en una carrera y yo quiero que sea boticario como tú...

Resolvió él:

- Toma el tren y al Andresillo de la mano, iros a Jerez y preséntaselo al padre...

Y así lo hizo doña Andrea. Entró en Jerez, fue a la bodega (una famosa bodega) entró en el despacho del dueño, y tomando a Andresito de la mano le dijo:

- Este es tu hijo, venimos a que le costees la carrera de Farmacia...

- El padre aceptó y desde entonces, mensualmente, recibía doña Andrea

unas pesetas para satisfacer los gastos de la carrera. Y cuando terminó ésta lo volvió a llevar a Jerez y pidió:

- Arregla la Botica de mi marido que pasará a ser la de nuestro hijo. Y el famoso bodeguero jerezano. mandó a Puerto Real a los carpinteros de su bodega, para que la remozasen y que no escatimaran maderas, mármoles, pintura etc. Y así salió ese portento de belleza que se llamó la Botica de la calle de La Plaza, desapareciendo parasiempre la antigua, lóbrega y vetusta de don Horacio de la Cámara que pasó a llamarse Farmacia Central del Licenciado don Andrés Pérez Blanco.

*Doy fe y guardo el nombre del bodeguero para tranquilidad de la familia.*

*Firmado:*

*Antonio Romero*

*Cádiz 1800*

- La verdad- continuó el viajante de vinos- es que yo escribí eso hace unos años por lo que había escuchado en distintas ocasiones de boca de otras personas, que a su vez habían oído la misma historia; la primera vez fue en la misma bodega a un empleado de la carpintería que no se quería jubilar por cariño a la casa y a su trabajo; tendría yo entonces allá por la primera guerra europea unos veinte años, porque yo nací en 1898, justamente nací cuando se publicaba un bando del gobernador civil de la provincia, exponiendo el estado de guerra de nuestra patria con Estados Unidos, y por ser Cádiz una de las primeras plazas fuertes, entregaba parte de sus poderes al Gobierno Militar; ¡las cosas que se contaban de los sucesos ocurridos en Ubrique y Olvera! De esas cosas escuchaba yo, ya mayor, cuando preguntaban a mis padres por mi edad... Voy a cumplir pronto cincuenta y cuatro y eso tuvo que ocurrir en el siglo pasado o antes, a juzgar por esta casa tan antigua y por el tiempo que tiene la bodega de Jerez.

Envalentonado por el silencio de su auditorio, el narrador continuó.

- Cuando mi padre me traía a Las Canteras, antes de irnos al campo visitábamos la botica para comprar un sobre de bicarbonato, que entonces costaba un real- ahora ya no se vende el bicarbonato en sobrecitos, sino en coquetas cajitas que parece un específico de los mejores- ; mi padre tenía un estómago de hierro; no tomaba carbonato; el carbonato que mi padre compraba aquí lo echaba mi madre en el remojo de los garbanzos;

la compra era un achaque para un ratito de charla mientras yo disfrutaba escuchándolos; recuerdo como cosa curiosa que don Horacio no llamaba botes a esos que adornan las estanterías de la Farmacia cuando mi padre alababa la porcelana, el mármol, el cristal de roca y toda la riqueza de la botica contemplada por el público y mi padre decía admirado: ¡Qué botamen!. Don Horacio invariablemente lo corregía diciendo: ¡Qué albarelos!- y añadía con orgullo: "Hechos en La Cartuja de Sevilla".

Comentaron el nombre albarello los tertulianos y ya la iban a emprender con la poesía y la etimología de la palabra, cuando Antonio Romero, no queriendo perder el protagonismo los cortó diciendo:

- ¿Sabéis que yo miraba de niño lleno de asombro en el despacho del hermoso reloj, un caimán disecado sujeto a la pared?.

- ¿Un caimán?.

- Pablo se sonrió porque ya le habían hablado de él los ancianos que llegaban a la Farmacia por el bicarbonato o la sal de higuera.

- ¿Usted vio el caimán?- preguntaron incrédulos.

- Ya lo he dicho; de niño; cogía casi todo el testero del reloj por encima de las vitrinas.

- ¿Era un caimán?.

- ¡Yo que sé! A lo mejor solo era un lagarto gigante cazado en Las Canteras, pero decían que era un caimán que apareció a la orilla del mar por donde ahora está el Balneario.

No querían creer los oyentes y Antonio Romero no dejaba de hablar.

- ¿Saben ustedes por qué se llama esta Botica La Central?. Ninguno lo sabía.

- Pues porque cuando levantaron esta casa, de dos plantas en su principio, allá por los siglos XV o XVI, este lugar era el centro del pueblo y justamente en el zócalo de la calle, bajo el escaparate del despacho del reloj decían que hay una piedra con la inscripción en letra y número de ser el centro de la población y por eso hasta el bar que hay en la acera de enfrente se llama también Central.

Pablo levantó el brazo para pedir la palabra y dijo:

Cuando mi mujer, mi hijo el mayor y yo entramos en esta casa nos llamó la atención la belleza de la botica; la fachada a nivel del balcón estaba revestida de madera pintada en gris y azul; así había en la misma calle un establecimiento llamado Las Novedades, un refino muy bien dotado cuya fachada a la altura de los balcones estaba revestida de madera pintada; y

como el sol da de pleno en la botica tuve que pintar varios años las artísticas maderas hasta que pude hacerlas desaparecer y entonces aparecieron las piedras ostioneras que cubren la fachada y que le dan a la casa tanta categoría. Pero os aseguro que no vimos ninguna piedra indicativa de tal cosa; seguramente el tiempo y los antecesores no lo tuvieron en cuenta, por tanto no sé si fue una agresión a la historia o una agresión del tiempo, pero, de haberla visto, yo cuando arreglé la fachada la habría recuperado con todos los honores y continuaría en el mismo lugar, aunque ya la casa no sea el centro de Puerto Real...

- ¿Y qué tiempo tendrá la casa?.

- Podernos hacer un cálculo... En el principio fue de dos plantas pero yo la he conocido con tres y, por cierto, las vigas de la última han sufrido de carcoma y hubo que reemplazarlas con vigas nuevas; las de la primera planta son de madera de cedro como las puertas de los cierros y balcón; cuando compré la casa y pude cambiar los escalones de la escalera de la calle que eran de piedra y viejísimos, los albañiles encontraron una moneda allí colocada con intención para la historia en la que se leía perfectamente Carolo V, las demás letras y dibujo habían desaparecido ...

- ¡Qué curioso! Entonces esta casa pudo levantarse en el siglo XVI...

- O en el XV.



Los asistentes de aquella noche a la tertulia disfrutaron mucho haciendo comentarios sobre don Horacio, doña Andrea y el insigne Andresillo y hubo opiniones muy variadas.

Pablo estaba aquella noche de guardia y tenía que atender de vez en cuando las llamadas del timbre; hablaba con los clientes siempre por el ventanillo salvo que el solicitante de sus servicios fuera una persona muy conocida o respetable; desde la rebotica se le escuchaba hablar, siempre amable. Como aquella noche:

- Espere Mariflor, voy a abrirle la puerta...

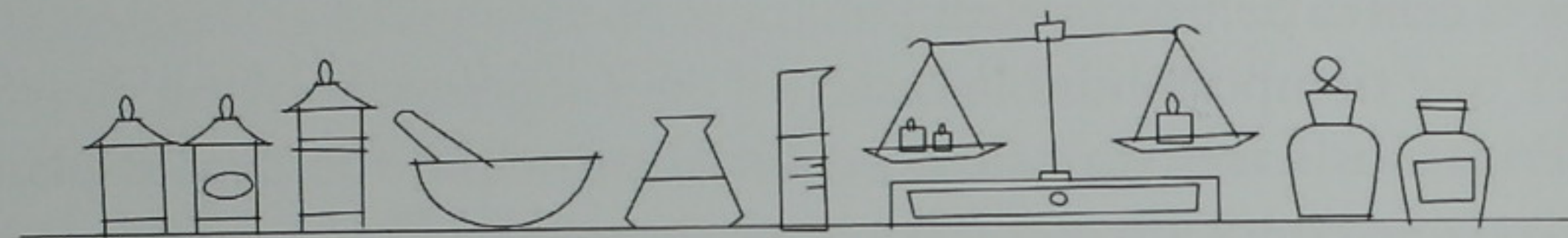
Y Mariflor, acompañada de la Pepona, quedó en el despacho e intentó entrar en la rebotica para atisbar desde allí a quienes estaban en el gabinete reunidos en animada charla.

Pablo se hizo el desentendido y se limitó a entregarle el medicamento solicitado y después, ya en la reunión se cambió la conversación por otra, también sabrosa originada por las dos clientas.

Antonio Romero se atrevió a decir:

- Don Pablo, compradores. como esas son un peligro a estas horas...

Ana supo de la reunión de aquella noche solo la historia de la Botica de la calle de La Plaza. Pablo no le daba importancia a lo demás.



La noticia saltó como un gran surtidor que regara el pueblo: Mariflor estaba embarazada de su novio, el embarcado noruego.

Hacia tiempo que ella vivía retirada de los quehaceres que le dio la fama de mujer fácil. No había dejado la compañía de la Pepona; se las veía paseando por El Porvenir y por Las Canteras, con aire recogido y placentero; ambas; hablaban amigables con los conocidos; solo Pepona continuaba sus viajes a Cádiz que le eran tan productivos; se estaba confirmando que el novio noruego enviaba regularmente una cantidad de dinero, con el que Mariflor atendía a su madre y la aislaba de su antiguo trabajo.

Mariflor asumió el embarazo- con todas sus consecuencias, y el traer el recuerdo de su estado es por el casi milagro que se operó en Ana.

Fue Jovita la que puso en contacto a las dos mujeres de tan distintas, al parecer, ideas.

Cuando Pablo notó las frecuentes visitas de Mariflor pensó: ¿Qué de común tienen estas dos mujeres? ¿Es apostolado religioso de Ana? ¿Es inclinación o curiosidad por hurgar en el mundo de Eros? ¿Existe una victoria o un peligro?

Porque las visitas de Mariflor, siempre acompañada de Jovita, fueron a raíz del cacareado embarazo. Que Jovita se relacionase con Mariflor era natural, por ser las dos de la misma escala social y ser Puerto Real un pueblo muy abierto a la amistad; pero que Mariflor merendara arriba de la Farmacia (arriba de la Farmacia significaba el piso alto, hogar de la familia) escandalizaba a más de una persona,

hasta el punto que Guillermo, celoso del buen nombre de Ana se atrevió a abrirle los ojos diciéndole a Pablo:

- Pablo ¿cómo consientes que tu mujer tenga trato con Mariflor?.

Y Pablo contestó: - Mi mujer sabe lo que hace.

Calló Guillermo ¿qué podía decirle a un hombre sordo y ciego?.

Y como surtidor ruidoso corrió la noticia: La Mariflor, Jovita y Ana, tres patas para un banco.

Ana sospechaba el rumor del pueblo; aún así, la amistad con Mariflor se afianzaba día a día.

Y la gente: "Bien, ya no comercia con todos los hombres que le puedan pagar; ya no sale por las noches; está cuidando de su madre como hija amante; viste con recato; solo pasea con la Pepona y a las claras del día; dicen que se casará pronto, pero está embarazada; ¡Una soltera será madre! ¿Cabe más escándalo?.

Cuando Ana conoció a Mariflor recién llegada al pueblo, en aquel año cuarenta de tan terribles experiencias, sintió una punzada aguda en su pecho, una corazonada, se decía a sí misma, el presentimiento de que aquella joven podría alterar la paz de su matrimonio; escuchaba, más tarde, hablar de ella con demasiado interés y empezó a aborrecerla.

Fue Jovita contándole su historia, desde su infancia en que ambas iban al colegio del Santo Angel y luego en Cádiz estudiando la carrera de Comercio; habían sido las dos ejemplares; si ella, Jovita, seguía siendo decente fue por suerte, porque ¿y si se hubiera visto en el trance de Mariflor ahogada su honradez por el hambre?.

- Te gustaría conocerla...- y añadió resuelta una tarde te la voy a traer...- y más resuelta aún continuó: - mañana al anochecer te la traigo.

- ¿Y por qué al anochecer?

- Para que no vea la gente que entra en tu casa, porque mira Ana, que Mariflor entre en la Farmacia es natural, pero que suba al piso dará que hablar...

- A mí no me importa.

A Ana no le importaba pero, sí a Pablo, desde que el buen amigo Guillermo le advirtió del contagio. ¿Qué lazo recóndito y misterioso podría unir a las dos mujeres?.

- ¿De qué habláis?- le preguntó un día.

- Principalmente de los hijos... Ella tiene miedo de no saberlo educar y de que algún día sepa la criatura su historia... Me pide consejo para la ropita, para la crianza y está deseando que llegue la hora del parto... Jovita será la madrina; si es niño se llamará Cristian y si niña María del Mar, por estar su padre en un barco por esos mares.

Hablaba poco de Cristian y mucho del hijo que pronto llegaría

- Ya lo quiero y todavía no se mueve dentro.
- Ya lo adoro y me da pataditas en el vientre que me saben a sus besos
- Sueño que me echa los brazos al cuello.
- Siento que me chupa los pechos y tiemblo de la cabeza a los pies.
- ¡Cuando me llame mamá!
- Ana la comprendía.

Jovita la envidiaba, aunque ella pronto podría sentir los goces de la maternidad, porque su novio estaba decidido a casarse antes del invierno; apadrinarían al niño o niña de Mariflor los dos unidos ya en santo matrimonio.

Y nació Cristian casi a la par de la boda de Jovita, que por sus atareados preparativos no pudo acompañar al parto como había prometido.

Cuando Ana acudió, pasados unos días, a casa de Mariflor, conoció a su madre, quien recibió una enorme alegría con la visita.

- Hay que ser muy señora para venir a esta casa- comentaba con Pepona en un discreto aparte.

Ana oyó el comentario y oyó la respuesta: - Es una señora muy rara...

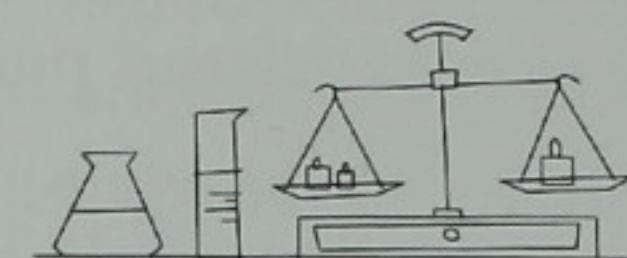
Sonrió porque ese comentario se lo oía muchas veces a Pablo: - ¡Qué rara eres!...

¿Rara? ¿Acaso es rareza visitar a los enfermos? Que Mariflor estaba sana y fuerte de cuerpo pero ¿no necesitaba un aire templado que aclarase su corazón? ¿No era en la actualidad una mujer con aspiraciones honrosas?. Pensaba que, aunque se casara Mariflor, no podría borrar su pasado, y era de humanidad hacérselo olvidar.

En la casa había un patio y en el patio flores; unas flores hermosas y blancas que el padre había plantado y que ella cuidaba como un símbolo no sabía de qué; la flor tenía forma de trompeta y en medio el pistilo grueso, enhiesto, altivo, amarillo y aterciopelado. Calas es el nombre de esta planta de jardín y que cuidaba con esmero Mariflor.

Algún murmullo de extrañeza y de escándalo se esparció por la vecindad cuando Ana salió de la casa llevando en sus brazos un hermoso

ramo de calas, regalo de la abuela del niño y que cortó de las plantas la Pepona, mientras pensaba: "¡Qué rara es esta señora, a mí apenas me ha dado conversación! Es muy orgullosa..."



Europa ardía en guerra.

El aislamiento político de España era cada vez más grande.

La ayuda que de Argentina nos llegó no era suficiente.

La postguerra apretaba más sus garras.

El mundo deliraba.

Todas esas cosas se hablaban en las tertulias de la rebotica con angustia creciente porque se resentía el acopio de medicamentos; se agrandaba el comercio del estraperlo y se temía el porvenir.

Y todos querían olvidar, aunque fueran momentos, y a todos acudía la esperanza: "Esto acabará un día y todo volverá a ser normal y mejor; se harán nuevos descubrimientos; acabaremos con las plagas de mosquitos, chinches y piojos; aquel piojo verde que conducía a la tumba; aquellas chinches que se reían del baño de zotal, incapaz de aniquilarlas; aquellos mosquitos. que producían terribles fiebres y que apenas sucumbían a la quinina".

De la quinina hablaba Pablo preocupado porque los enfermos venían del campo solicitando el medicamento y él apenas lo recibía de las casas mayoristas hasta que tuvo que sucumbir, para atender a su clientela, a ser él mismo estraperlista. Supo donde adquirirla: en los bares cercanos al muelle de Cádiz podría recoger la cantidad que necesitase. Y así lo hizo: llegó en el tren, llamado El Corto porque su recorrido era desde Jerez a la capital, entró en el bar de marineros. que le habían indicado, tomó un café, como obligación de consumo, habló con un tal Pepe el Pelao y volvió a Puerto Real con muchos gramos de quinina y pocos billetes en la cartera.

Abasteció a la clientela.

La quinina en pastillas se la entregaban siempre en un cartucho hecho con un trozo de papel de estraza; pero un día se la entregaron en una bolsa de recio papel sin haberle desprendido previamente el precinto de origen;

cuando volvió a Puerto Real con la preciada mercancía, subió al piso alto para hablar con Ana, sin disimular su indignación le señaló el precinto, el voceaba que la quinina se estraperleaba desde Madrid por quien o quienes pudieran hacerlo.

- Guarda tú la bolsa con el sello delator, puede que algún día tengamos que valernos de él.

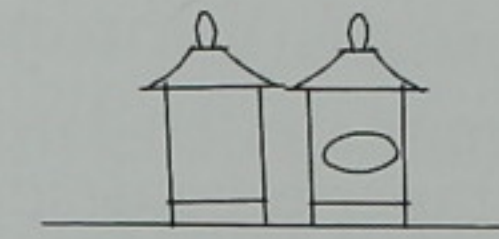
La quinina fue volcada en un tarro y la bolsa acusica fue guardada por Ana en el ropero.

Pues sí: hubo que recurrir a ella pasado un tiempo, porque un cliente denunció al farmacéutico por precio abusivo. Al Ayuntamiento fue Pablo llamado por el Alcalde para esclarecer el delito. Pablo llevaba la bolsa muy dobladita en un bolsillo y la enseñó a la primera autoridad, amén del recibo pagado al vendedor sin especificar la mercancía. Detalló el baremo y el Alcalde, al que acompañaba un concejal que era médico, dio la denuncia por terminada porque no ha lugar. ¡Menudo lío se arma con el sello de procedencia!

Pablo hablaba con Ana: - En estos tiempos es difícil ser honrado,

Uno de los enfermos de paludismo más atacado fue Diego, el que estrenó a Pili, cuando el hambre asoló al pueblo. La madre de Diego sacaba de la botica de la calle de la Plaza; era canosa y tenía el rostro muy arrugado y renegrido; bajita de cuerpo, conservaba restos de pasadas galanuras y unos andares de pasitos cortos que le daban aires de juventud a pesar del cabello delator; Pablo la atendía personalmente y la escuchaba con atención siempre; tal vez por eso le tomó afecto al boticario... "porque una vive sola aunque tenga un hijo, y mi hijo y yo apenas cruzamos las palabras, las precisas para entendernos y yo, que tengo necesidad de hablar, hablo con las gallinas, con el perro y hasta con las plantas y él parece que tiene telarañas en la garganta; por eso me gusta don Pablo porque con él me explayo; como que le he contado mi vida de punta a cabo. Mi hijo ¿sabe usted? no quiere casarse y es muy macho pero dice que todavía no ha encontrado la mujer que lo haga feliz y yo siempre diciéndole ¿cuando me vas a hacer abuela? Y las mujeres tras de él y él dejándose querer y sin atarse al yugo... La verdad es que siempre anda más o menos con potingues y eso es como le digo yo, de andar malos pasos y por eso le repito y le repito: sienta de una vez la cabeza y cástate ..."

La madre de Diego hacía fiesta el día que iba a la botica de la calle de la Plaza porque el boticario la escuchaba.



En la botica siempre había música; un día llevaron un piano marea Piazza que fue comprado al sochantre de la parroquia; Pablo tocaba el piano y la bandurria; Pablito apenas alcanzaba al teclado y ya aprendía el solfeo; un armario- estante se iba llenando de discos de música que se escuchaban por las noches cuando se cerraba la oficina al público; arriba en el piso sonaban en la radio las canciones de moda intercaladas por anuncios de música pegadiza, ya se anunciaba, entre otros, el Cola Cao, una bebida estimulante; el Okal, un comprimido para el dolor de cabeza y Pablito los coreaba:

*Cola Cao lo toma el ciclista  
se hace el amo de la pista  
y si es el boxeador  
golpea que es un primor*

y entonces el niño golpeaba la mesa con brío de adulto y las tatas lo aplaudían y esperaban atentas al anuncio de los comprimidos:

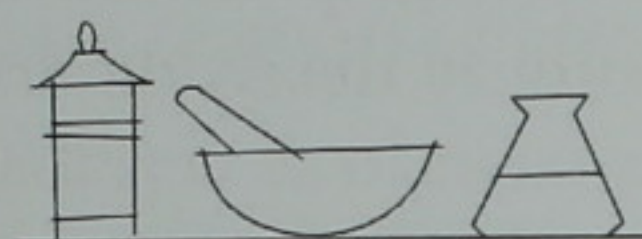
*Desde que Okal he tomado  
vuelvo a ser hombre jovial  
mis jaquecas se han pasado  
viva la tableta Okal*

y nuevos aplausos que animaban al chicuelo y le hacían feliz.

Era entonces cuando Machín cantaba Angelitos negros y las tatas repetían a media voz mientras realizaban las tareas- domésticas: "Pintor de cuadros de alcoba..."

Cantando se olvidaban las penas. Eso era verdad, porque de no ser así ¿cómo iban a aguantar aquellas muchachas de servicio tanta pobreza y tanto trabajo tan mal pagado, claro que la que encontraba una buena casa podía estar contenta aunque la jornada diaria era sin descanso desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche; una vez la Conchi le preguntó a Ana a la vuelta de San Fernando a donde había ido con su madre a un asunto familiar: - Señora, ¿han venido

muchas a colocarse en esta casa?. Y entonces explicó: - Es que a dos o tres que me encontré esta mañana en la estación les dije: "He dejado la casa". Entonces comprendió Ana por qué durante el día habían llamado tantas veces a la puerta con la misma pregunta: "¿Buscan aquí muchacha para servir?".



La radio era un lenitivo a la situación, un escape fácil; por eso lo mismo Pablo que Ana pensaban aquello de "*quien canta, sus penas espantan*". Y a ciertas horas el piso alto de la casa, el hogar propiamente dicho, era un nido de pájaros cantores: la Conchi, Pablito y la radio.

¿Y qué pasaría con la familia del chozo donde nació aquella criatura en la más grande miseria?

Felizmente y gracias a las amistades de Mariflor, el padre encontró trabajo en el Dique de Matagorda; y gracias a Pili y a la Pepona, entró en el chozo tal cantidad de ropa que podría llenar a rebosar un gran armario. Y eso no fue todo: la familia vivía ya en el pueblo en un amplio partido de una casa de vecinos, aunque en vano porfiaba con los padres para que la hija mayor asistiese a la escuela; la madre fue rotunda: - "no puede ser, señorita, porque tiene que cuidar de los hermanillos mientras yo arrimo unos dineritos-yendo a lavar ropa a casa de unos señores; el jornal del padre no alcanza para mantener a la familia; ¡que más quisiéramos su padre y yo sino que recibiera una buena educación para el día de mañana!. Pero los pobres tenemos que agachar la cabeza y conformarnos..."

La respuesta taladró el corazón de Pili; conformidad y no rebeldía, ella había llegado a comprender y a sentir de igual forma al cabo de años de humillaciones: De nada le había valido la educación exquisita que recibió; la finura de su entorno, el respirar honradez desde su infancia, su actitud de buena cristiana, su concepto de lo honesto. Fue hundida en la pobreza y volaron sus ilusiones más pueriles. Supo del llanto silencioso en la soledad del lecho; supo de envidias. ante las confidencias de Pepona; supo de deseos. ante la contemplación de cualquier hombre; supo de rabia e impotencia ante la indiferencia de ellos. Le gustaba observarlos desde la ventana de su cuarto de estar,

con un libro en las manos que no leía, mientras soñaba que alguno repararía en ella, que alguno le diría una fineza o simplemente que al pasar la saludase. Ninguno. Diego le gustó desde el día que vino a su casa a traer buena tierra para las plantas del jardín; saboreó su olor que sobresalía por entre el acre de la tierra y el perfumado por el de la mezcla de las flores y el de la limpieza de la casa. Se retiró a su habitación, huyendo de su potente deseo de acercarse al hombre y sorber su aroma

Una vida llena de renunciadas y empapada en lágrimas que la hacía considerarse la más desgraciada de las criaturas. Ni Mariflor, ni Pepona. podrían saber nunca hasta dónde llegaban sus envidias y tormentos, ni siquiera la noche en que se aventuró a salir con ellas a pasear con los guardiamarinas que llegaban de San Fernando con muchas ganas de pasarlo bien; ninguno la invitó; ninguno le dirigió la palabra y uno, refiriéndose a ella, hizo un comentario burlón y algunos no ocultaron sus risas de burla. Mariflor dijo:

- El muy bestia se la da de gracioso; no hagas caso Pili...

Pero Pili se retiró a su casa. Aún estaba su madre levantada y le dijo sorprendida:

- ¿Tan- pronto de vuelta?

- Si; no me gusta el plan; resulta todo muy vulgar...

- Hija mía, es que nosotras somos otra cosa... Pero algún joven se portará como un caballero, supongo, porque todos deben ser de buenas familias.

- Todos sin dudarlo, pero a mí no me gusta el plan de pasear por la calle de La Plaza, hablando de tonterías

Eres muy delicada, le había dicho su madre, pero ella estaba delante del armario de luna y se veía de cuerpo entero; se comparó con Mariflor, tan armoniosa y fina, tan elegante y sencilla, tan bonita y discreta y cerró los ojos para no verse porque ella era todo lo contrario a la joven: altísima, delgadísima, sin la más leve curva, pelo ralo, ojos pequeños, nariz aguileña, pómulos hundidos y boca recogida. Se contempló. Lloró.

La vida fue cruel con ella.

Así pensaba, y si el matrimonio del chozo había mejorado su domicilio y continuaba con estrecheces económicas, la superaban a ella en los goces adivinados de dos. personas que se amaban; goces superiores

a los que ella conocía en sus tratos con Diego que siempre le dejaban la amargura del fracaso de su carne.

Las relaciones con Diego iban cambiando desde que la madre del joven había entrado en la relación. Ocurrió esto cuando Pili visitó a Diego más que con la idea de abastecer su aburrida despensa, con la de conseguir un placer adivinado por el deseo.

La alcoba de Diego era amplia y la cama que utilizaba era una antigua de cabecero de hierro forjado con adornos de metal dorado siempre brillante, por las frotaciones que le daba la Toña cada semana.

(La Toña le decían a Antonia Ramos, madre de Diego).

La Toña o Antonia Ramos era astuta, desenvuelta, trabajadora, honrada y servicial; pero aquella tarde volvió a la casa antes de lo previsto, porque su comadre, a quien fue a visitar, había ido a Cádiz y volvería al día siguiente según le informó su sobrina.

- ¿Y a qué ha tenido que ir a Cádiz?
- Por cuestión de mercancías que llegarán en el barco...
- No me había informado.
- Porque todo ha sido de improviso.
- Esta bien, mañana volveré.

Y tornó al campo.

Se extrañó ver la puerta de la casa cenada y sueltos el perro y las gallinas.

Entró en el recinto; se alborotaron las gallinas, pero no ladró el perro.

"Alguna tunanta está disfrutando con mi Diego"- pensó y decidió esperar por el corralillo y la explanada a que todo terminase y pudiera enterarse del asunto sin grandes aspavientos.

Naturalmente que la pareja, ya calmada, bajó a la casa con la bendita intención de saborear una buena merienda- cena. Bajó primero Diego, arreglándose los pantalones por la escalera, y al abrir la puerta vio a su madre en la explanada. Sorprendido y aturdido le dijo:

- ¿Cómo ya de vuelta?
  - La tía Mercedes ha ido a Cádiz por material y volverá mañana...
- ¿Tienes visita?; ¡Ah, señorita Pili!- exclamó asombrada cuando ésta apareció.

A Pili le temblaban las piernas, se le erizó el cabello y enrojeció hasta las puntas de los dedos.

Diego habló con mucho aplomo:

- La señorita Pili pasaba por aquí, yo la llamé, y como sé que a ella y a su señora madre le gustan mucho las cosas antiguas de valor, le dije que subiera para enseñarle la cama de hierro...

Entretanto la Toña quería disimular que Pili intentaba abotonarse, sin conseguirlo completamente, la camisa.

- ...y la he invitado a merendar, si a tí te parece bien...

- ¿Y cómo no me iba a parecer bien? Siéntese, señorita Pili en ese sillón, que yo le voy a preparar ahora mismo una buena merienda.- y a continuación: - ¿Y la señora madre, cómo anda de salud?.

Sin esperar respuesta, se internó por la casa. Algo mascullaba, mientras merodeaba en la despensa; como acostumbraba a hablar sola se iba diciendo: "¿Quién lo diría? Una señorita de lo más alto del pueblo encaprichada con mi Diego. Claro, que mi Diego es tan hermoso y tiene "un aquel" para enloquecer a cualquiera..."

Y Pili temblaba entretanto y temía que las cosas habían cambiado, ella se hartaría de comer pero no podría llevarle nada a su madre a menos que...

¿A menos qué?

A menos que se pueda guardar algo en el bolso o que to pida desesperadamente.

No hubo necesidad: la Toña era astuta y lo adivinó, por eso cuando terminó la abundante merienda, se adelantó a decir:

- Señorita Pili, ¿me permite usted que obsequie a su señora madre con este presente?.

A punto de llorar de emoción estuvo Pili; tomó temblorosa el paquetito con las viandas dentro de una caja de zapatos y abrazó a la Toña.

- Gracias, gracias, gracias....

- Y, señorita Pili, venga usted por aquí cuando quiera que será bien recibida por mi Diego y por mí, porque yo no puedo olvidar que un día, su señora madre, me hizo una gracia... Iba yo preocupada por las cosas que nunca faltan y nos encontramos en los escalones de la Parroquia; ella llevaba un ramo de rosas y claveles; yo al ver las flores no tuve más remedio que decir: - ¡Madre mía, qué hermosura!. Y la señora me dijo: - "Las llevo al sagrario". Y escogió un clavel del manojito y me lo entregó diciendo: - "Toma este clavel de parte del Señor". Y mire usted, señorita

Pili, me entró un temblor en las piernas pensando que una señora, tan señora, me hiciera aquel regalo, con aquella sencillez y elegancia que a punto estuve de besarle la mano... Ella entró en la iglesia y yo me fui a la capillita del Señor Chiquito, le recé un padrenuestro y le dejé el clavel en la reja... Pues ¿quiere usted creer que se me arreglaron las cosas que tenía tan oscuras? A la Toña le gustaba hablar y que la escuchasen. Pili la atendía agradecida por el espléndido regalo que le había hecho con tanta sencillez y afecto: Diego cavilaba:

- Mi madre no es tonta, mi madre sabe lo que ha pasado aquí esta tarde; mi madre... ¿qué tramará mi madre?.

- Claro que su madre tramaba algo: que la señorita Pili era dueña de joyas, de cuadros, lámparas, muebles que valían una fortuna; que le era difícil venderlos pero que ella, Antonia Ramos, la Toña, sabía de martingalas para vender y ganar dinero. Había encontrado un filón.

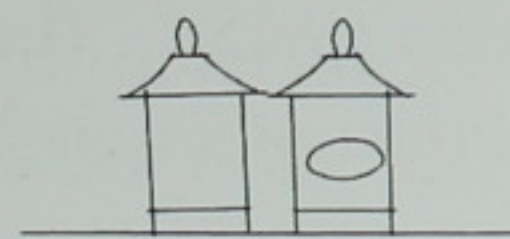
Los muebles de la casa de Pili serían trasladados a otras casas, por intermedio de la Toña, experta en compraventas.

Desde aquel día acechaba las visitas de Pili; invariablemente le decía con fingido gesto de pesar:

- ¡Ay, señorita, cuánto siento tenerme que ir, pero espéreme que volveré pronto!

¿Sospechó Pili el comportamiento celestino de la Toña?. La incipiente amistad le agradaba, pensaba que a la llegada de los veraneantes podrían vender la vajilla de porcelana finísima y con el importe, salvada la comisión, se aviaría una temporada; vender la vajilla era idea de su madre que prefería desprenderse de ella antes que de la cubertería de plata maciza y la madre de Diego era capaz de venderla por muy buenas pesetas; algún día se lo indicaría;

Y en eso pensaba justamente la Toña "porque algún día se acabaría el estraperlo y yo volveré a mí industria de antes de la guerra: comprar y vender antigüedades: y alhajas. Veía un porvenir halagüeño y por eso no le importaba hacer de alcahueta.



- Ana se vio envuelta, según palabras de ella misma, en un servicio social, la habían visitado un grupo de señoras solicitando de ella ayuda personal en una labor de Acción Católica, a la que llamaban Escuelita;

dichas señoras le explicaron que a la Escuelita iban unas mujeres muy necesitadas de ayuda económica. Ana se resistía porque no veía claro el plan, empezando por el nombre Escuelita.

- Se les enseña a leer; ¿y qué más?- preguntó Ana.

- No, Ana, no nos da tiempo para eso... Las reunimos una vez cada semana durante dos horas por la tarde...; cosen una prenda a elegir entre ellas mismas, les proporcionamos las telas y los avíos (hilos, botones, cintas); mientras cosen rezamos el santo rosario, se pasa lista y se rifa un un regalo de comestibles y después se les explica un punto de religión y, cuando alguna da a luz, la visitamos y le llevamos un regalo en especie y alguna ropita para la criatura, y solamente se les exige que oigan misa los días de precepto.

Ana formó parte de la piadosa obra y todo siguió el curso habitual, pero un día faltó por enfermedad la señorita Loli y la presidenta le rogó a Ana que la supliera en la parte de la enseñanza de religión que les hacía mucha falta. Se resistió Ana.

- Yo no me encuentro capaz de eso...

- Sí, Ana, diles algo de la Virgen de Lourdes y salimos del paso hasta la próxima semana que podrá venir Loli...

Loli era muy hábil de palabra y sabía transmitir el sentimiento religioso que tanto consolaba a aquellas mujeres sitiadas por las necesidades de todas clases. ¿Soluciona algo la plática religiosa?. Loli opinaba que oír hablar de Dios y de la Virgen era un consuelo para ellas por la conformidad que sentían en aquellos momentos, conformidad y resignación que se tornaban en rebeldía y desesperanza al volver a la casa donde les esperaban sinsabores, trabajos agotadores, niños inquietos y, a veces, un marido exigente y huraño. "El no tener, señorita Loli, hace que la casa sea un tormento; ¿qué les doy ahora de comer? ¿por qué se escapa mi marido al bar?".

Ana habló, como le aconsejaron, de la Virgen Santísima, de una manera sencilla, como si estuviese pensando para ella sola. ¿Por qué arrugaban el ceño las señoritas y suspiraban ruidosamente las mujeres?. Después de su brevísima plática comprendió que fue muy osada al comparar a María con aquellas infelices y que sus palabras, de tan profanas, carecían de unción religiosa.

La presidenta de la Escuelita se prometió que nunca más la invitaría a hablar.

Las mujeres supieron de la sencillez de María que cuidaba de un hogar pobre pero amoroso

Que sí, que Ana habló otro día y a causa de sus palabras hubo sus más y sus menos. Ahí era nada el tema: días de ayunos y abstinencias; eran días de cuaresma. Una mujer se atrevió a preguntar:

- Señorita Ana, en mi casa no se come nunca carne, pero hoy miércoles me ha traído mi comadre del campo un conejo; mi Pepe dice que nos lo comeremos hoy, y yo le he dicho que mañana ¿verdad que hago bien?

Y Ana:

- ¿Y qué opinan tus hijos?

- Ellos dicen que hoy, como el padre.

- Puedes dejarlo para mañana y esta noche darles algo de comer, algo que les guste...

- ¡Ay, señorita Ana, si solo tengo una poquita harina para unas poleás...

- Pues comerse el conejo hoy mismo, con arroz o en salsa, que el Señor hasta se va a reír, porque Él sabe mejor que nosotros lo que es bueno y lo que es malo...

Ana nunca más fue invitada a hablar en la Escuelita.

- Ana tiene ideas raras- había dicho la presidenta.

Ella le expuso el caso al padre Muñoz, párroco a la sazón de Puerto Real, amigo de la casa, con visos de poeta, muy virtuoso y muy humano. El padre Muñoz aprobó su actitud y hasta elogió su valentía.

El padre Muñoz, aparte de sus buenas cualidades, tenía un fallo: era aprensivo y veía enfermedades graves al menor dolor de cabeza o de un dedo del pie. En eso corría pareja con Pablo, que cuando alguien le detallaba algunos síntomas de su grave o levísima enfermedad, él los sentía con igual ímpetu en su ser y acababa por automedicarse con los mismos remedios que venía a comprar el paciente de turno. Y era en vano que Ana hasta lo ridiculizase por su manía.

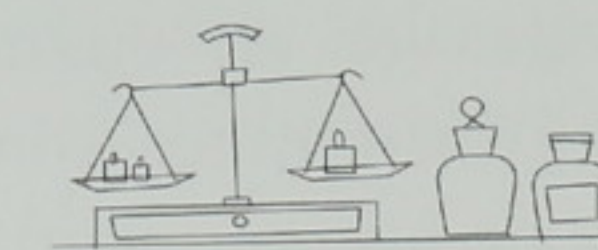
Al padre Muñoz le gustaba la música clásica y Pablo le proporcionaba el placer de la audición poniendo en marcha el tocadiscos; también le gustaba fumar y hablar de su pueblo, la sin par Chiclana de la Frontera. Del padre Muñoz se contaban muchas anécdotas que pregonaban sus virtudes. Vivía con una hermana viuda y sus dos sobrinos. Carmela, la hermana, se quejaba de que él, su hermano

Manolo, no guardaba nunca una peseta y que tenía una sola sotana, muy raída aunque limpia porque ella se valía de trazas para cepillársela y lavarla de vez en cuando; que otro problema eran los pantalones, se los compraba y se perdían ¿qué hacía con ello? Ana supo por una amiga que el padre Muñoz salía de la sacristía cuando ella terminaba su visita diaria al sagrario; que hacía aquella mañana un sol cegador y que el padre Muñoz le pidió que se fuese por la acera delante de él; ¡qué caprichoso! Yo no quería ir por delante por respeto, y él casi me ordenaba que caminase delante y por la acera sin darme explicaciones hasta que llegamos a su casa y se despidió y yo me quedé en la mía que está muy cerca de la suya... Pues bueno, que yo estoy arreglando una habitación y la azotea, lo que quiero decir que brego con albañiles; pues hace unos días, estaban hablando del padre Muñoz y un obrero dijo: "La otra mañana fui a verlo a la sacristía, entonces no tenía yo trabajo y le pedí que me socorriera...; yo iba que daba pena verme, con una camisilla de tirantes y unos pantalones con más boquetes que tela...- No tengo ni un céntimo que darte pero quítate el pantalón y ponte el mío que te estará bien...; se lo quitó y quedó en sotana, que parecía de gasa y se le transparentaban las piernas y los calzoncillos". Entonces comprendí por qué me mandaba ir delante de él, porque con el sol parecía que iba desnudo..."

Del padre Muñoz se contaban innumerables casos y se le reconocía que poseía un arte especial para hablar con los desgraciados.

Pero el padre Muñoz era un guasón y se metía mucho con Ana, cosa que entusiasmaba a Pablo. La amistad que había hecho con Mariflor fue aceptada por él, aunque le dijo: "En el pueblo puede que critiquen esta relación pero tú no hagas caso a las críticas y sigue haciendo el bien a esa muchacha desviada".

El padre Muñoz había ido a visitar a la madre de Mariflor, como a una feligresa más de su parroquia; habló con Mariflor del bautizo del niño y quedó enterado de su pronto casamiento y de la venida de Cristián para conocer a su hijo. Complacido quedó el cura con la conversación de la joven.



- A partir de aquel día las visitas de Pili a Diego se tornaron en de la Toña a Pili.

La vajilla de fina porcelana pasó a ser propiedad de un famoso médico gaditano por cinco mil pesetas, cantidad fabulosa que pudo taponar por algún tiempo los boquetes de tan precaria economía.

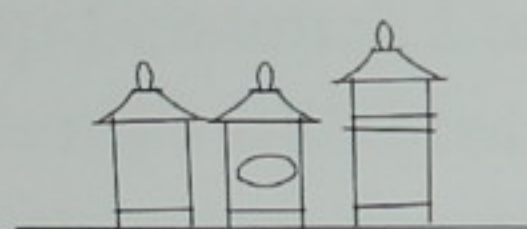
Pero a Pili le quedó un recuerdo permanente de su amistad con Diego nada agradable: la necesidad de usar un medicamento que Pablo le preparaba en papelillos para lavados íntimos que le obligaba a una rigurosa higiene para no contagiar a su madre.

La señora sufría cada vez que veía entrar en su casa a la Toña porque después tenía que contemplar una pared vacía y la ausencia de tanto arte que habían acumulado en vida del esposo. "Cuando vuelva Alberto, si vuelve algún día, se va a encontrar la casa desmantelada", y suspiraba con dolor.

La Toña visitaba muchas casas; a unas para comprar y a otras para vender.

Eran tiempos muy difíciles

Las dificultades también llegaban al hogar de Pablo y Ana; los niños crecían y había que pensar en los estudios futuros; tendrían que salir de Puerto Real uno a uno; fue una época muy complicada porque aunque el trabajo de la farmacia era muy intenso, los gastos de la oficina y los de la casa habían aumentado muchísimo; las cartillas de racionamiento aún existían cuando Pablito dejó la Escuela de La Salle para ser interno en el Salesianos de Utrera. Los alimentos habían encarecido.



Todo iba lentamente cambiando: en la farmacia y arriba en el hogar.

Ya había teléfono y los pedidos dejaron de ser escritos y traídos de las casas mayoristas por los cosarios; los medicamentos ya no llegaban en cajas de madera, que había que desembalar con martillos y alicates, sino en fuertes cajas de cartón.

Apenas se dispensaban fórmulas y aunque todo parecía muy cómodo, Pablo hojeaba de vez en cuando el recetario oficial y comentaba con Ana y con los amigos cómo iban desapareciendo y cómo aumentaba el precio de las poquísimas formulas que se conser-

vaban registradas en el libro:

*Pomada mercurial doble* - 600 g - 1'50 ahora su precio sería más del triple

*Agua timolada al 1%* - 2 litros - 2,00

*Aceite de parafina* - 500 g - 1,00

*Pomada ictiolada* - 40 g - 2,00

*Permanganato potásico* - 0,25 para 1 pp nº10 iguales 5,00

y por este estilo todas, cuando aún circulaban los céntimos y los reales; ya se iba perdiendo su uso.

Las etiquetas para pegar a los vasos que traían los clientes para las bebidas o pomadas yacían esperando la polilla, o servían de entretenimiento a los niños, que ya leían: a cucharadas, a cucharaditas, tintura de todo, alcohol, agua oxigenada, etc, porque casi todo venía envasado de los laboratorios; fueron desapareciendo muchas cosas: obleas, sinapismo, papelillos, parches porosos; la mostaza no se conservaba a causa de la humedad

*Multicolores envases  
rien en las estanterías  
El mortero abandonado  
porque ya no se utiliza,  
lo mismo que el estriario  
que hacía las antiguas pildoras,  
al igual que la balanza  
con pesas y medidas.  
Ahora vienen en sus cajas  
las modernas medicinas  
y no es preciso pesarlas  
porque ya están bien medidas.*

Escribió Venancio Gonzales, el amigo médico que componía poemas y que también añoraba los tiempos que iban pasando.

Para Ana también era sensible el cambio: aunque todavía seguían las cartillas de racionamiento, el estraperlo reinaba casi con descaro y podían adquirirse alimentos, telas, sedas, perfumes, caramelos, tabaco, en Gibraltar, lo diario: patatas, garbanzos y leche no faltaban, además del pescado y de las frutas y verduras frescas.

Ana tenía una economía ajustada pero no apretada; ya habían pasado los tiempos en que una noche Pablo le dijo asustado: "Ana, tienes que gastar menos este mes, ajustadas las cuentas, veo que en la casa se han gastado dos mil pesetas y no podemos llegar a esa cantidad".



En el verano, en aquel tiempo, aun era la calle de La Plaza, llamada oficialmente calle de Calvo Sotelo, el sitio de paseo de la juventud y así las aceras que correspondían a los bares, se llenaban de mesas y sillas ocupadas por quienes disfrutaban de tardes y noches de esparcimiento; también la acera de la casa de la Farmacia era ocupada por sillas para los amigos que formaban la tertulia al aire libre, entre ellos muchos veraneantes.

Y fue en una de esas apacibles noches cuando ocurrió la Explosión de Cádiz; se incendió el cielo, se atronaron los oídos, cundió el terror y, hasta muy entrada la madrugada, todo el pueblo estuvo alerta para ayudar en la catástrofe. A raíz de aquello pareció que Puerto Real había tomado un tinte de tristeza y solo se hablaba de la desgracia ocurrida donde muchas familias lloraron sensibles pérdidas.

Pero la vida seguía, los niños Pablo y Luis continuaron sus clases de música y no faltaban, como tampoco los demás niños ni a la playa, ni a Las Canteras, y la Farmacia seguía su ritmo de servicio y el hogar continuaba cálido y metódico con la ilusión de una nueva vida que ya se anunciaba.

Las reuniones en la rebotica se habían ampliado. Por la noche el alma de ellas era Pablo; en la noche todo era más variado, desde música, clases de inglés, charlas amigables, y duraban hasta llegada la amanecida, tanto, que más de una vez al despedirse los visitantes saludaban a los empleados de la limpieza de las calles con un "Buenas noches", que a su vez era correspondido con un "Buenos días" y se adivinaba la interrogante en la mirada de los barrenderos: "¿Qué habrán hecho esta gente mientras la noche?" y la respuesta del compañero sería: "Nada bueno, nada bueno..." porque no atinaban a comprender que personas tan diferentes de edad, profesión y aptitudes distintas se reunieran toda la noche para hablar y sin beber, como parecía, ni copa de vino.

Ni gota de vino, ciertamente. Pablo obsequiaba durante el día con un vino que se hacía traer del Puerto en garrafas que llamaban

Menesteo, muy apreciado, a sus visitantes amigos y a los albañiles o carpinteros que a veces tenían trabajo en la casa.

Por aquellas reuniones desfiló lo más variado y destacado del pueblo: el Cojo Aleta, gitano moreno aficionado a la pintura y guitarrista flamenco; el Cojito Pavón, gitano rubio finísimo cantaor; el amigo Pepe, que se sabía todas las chirigotas, cuplés, tangos y poupurrís de los carnavales de Cádiz y de Puerto Real desde los años 1902; la genial Gabriela Ortega, recitando a Federico García Lorca; Campuzano y sus servicios en la División Azul en Rusia; la presencia de Ludmila, la rusa que huyó del comunismo disfrazada de soldado español de la División Azul y que lloraba con la música de su patria; y aquella vez que un amigo juez que llegaba de Canarias para ir a su pueblo, Utrera, escuchó a Ana el relato del aljibe que ella se había inventado: "Bajo el suelo de este patio hay un aljibe y dentro un cadáver porque hubo un asesinato". El juez la escuchaba asombrado: ¿realidad? ¿habladurías? ¿el argumento de una novela? Los reunidos la escuchaban con interés. Volvieron de nuevo sus temores y la manía de no pisar el centro del patio.

Pablo atribuía su conducta al nuevo embarazo.

Continuaban sus tertulias reuniendo a los más nombrados poetas y escritores aunque ella no era ni poetisa ni escritora. De aquellas nació un Grupo literario que se llamó Madrigal, Letras y Artes y hasta dieron a la publicidad una Revista: Madrigal; el nombre decían que era sonoro y significativo; en el panteón de la iglesia de San José, aparecía una lápida sobre una tumba con el nombre de Gutierre de Cetina (aunque no fuera el autor del madrigal "ojos claros, serenos, etc ..." (¿quién podría averiguarlo?) los tertulianos comenzaron, sin más indagaciones a llamarse madrigalistas, porque además, decían cándidamente que Isabel la Católica, fundadora de Puerto real, vivió en Madrigal de las Altas Torres. Queda patente que los de las tardes eran poetas.

Pero es que el Grupo Madrigal alcanzó nombre más allá de los mares, por la Revista literaria, voz sonora de aquellas inquietudes tan nobles .

Todo complacía al matrimonio que llevaba una vida intensa de relaciones externas que aunaban más sus relaciones sentimentales; a veces, al comentar entre ellos, Pablo decía guasón como un latiguillo:

"Están en flor los almendros y está en flor el amor mío"

- Nuestro, nuestro- apuntaba ella.

Eran felices. Padres de cuatro hijos y el anuncio de otro; la única nota en aquel paisaje doméstico era la difícil economía.

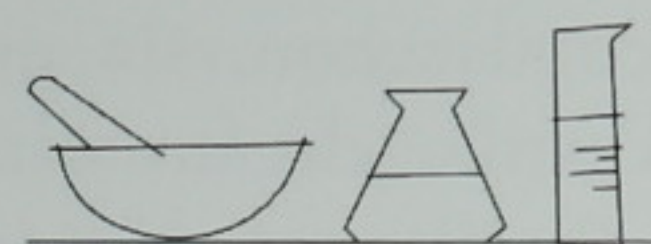
Fue prodigioso el auge que había tomado la Revista Madrigal en la que colaboraban poetas y escritores hispanoamericanos.

Ana, pese a su amplitud de ideas, no desechaba el terror que le seguía produciendo el aljibe, pensando en la misteriosa clausura de la timba.

En el intercambio de la Revista aparecían de Montevideo, de Chile, de Buenos Aires y esperaba sin saber razón de su idea, que alguna vez apareciera algo firmado por Eduardo Pérez, el Eduardito de sus angustias, ya que en más de un ejemplar venían reseñas de gaditanos y portorraleños añorando la patria; se decía a sí misma: "Si Eduardito escribiera en alguna Revista de Hispanoamérica de nuestro intercambio, se me irían de la cabeza estas pesadillas, que según Pablo, no tienen fundamento.

Continuaron las diarias reuniones de la noche, y las del día pasaron a ser semanales, escribiéndose en el aire la historia de la vida de aquellos años que iban girando ofreciendo descubrimientos de la Ciencia, panoramas políticos, desarrollo de las Artes y una ansiedad general que se traslucía en asirse a la Religión y a todo lo espiritual. Más tarde se materializaría.

Por fin el plan de racionamiento fue abolido; la compraventa era libre y el contento general y todo iba adquiriendo un aire de estabilidad.



La llegada de María Rosa al hogar, la deseada niña tras los cuatro varones, fueron días de júbilo; como sus hermanos era hermosa y linda como ellos y también se bañaría en sus cuatro primeros días en agua donde se había hervido una muñequilla de afrecho que, felizmente, no estaba racionado, para evitarle el sufrimiento del pénfigo de recién nacido.

La crianza de la niña, como la de los hermanos, fue sencilla y fácil

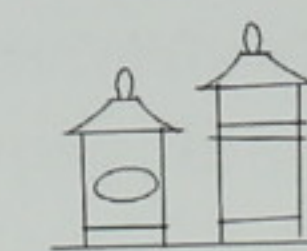
dada su gran potencia física. Su bautizo, en familia, pero espléndido. Su educación positiva. Su crianza no dio problemas, sólo era exigente con la música, no simplemente nanas sino canciones de mayores, la radio y los discos que Pablo tenía de música selecta y, naturalmente, cuando creció y llegó a hablar, canturreaba trozos de zarzuela por los pasillos con su muñeca en brazos.

Pero no hubo manera de que fuera a la Escuela Pública ni a la de las monjas. Venció ella y perdieron los padres. Ana le enseñó a leer, a escribir, a contar, a hacer ejercicios de memoria, en la propia casa; Ana fue su maestra de letras y Joaquina Campuzano su profesora de piano. Joaquina era un personaje muy querido en el pueblo y era admirada por sus altas dotes pedagógicas. La niña María Rosa, como sus hermanos, resultó una buena alumna y hasta podría haber asistido a las tertulias de sus padres si estos no lo hubieran prohibido a todos los hermanos porque querían educarlos bien, pero no raros y singulares. ¿Lo comprendían ellos?. Pues cuando, en el buen tiempo, las reuniones se formaban en el patio sobre el aljibe, a pesar de los sentimientos de rechazo de Ana, ninguno de ellos se acostaba a su hora y discurrían sigilosos por los altos pasillos que rodeaban el patio y así fueron adquiriendo una bonita cultura.

Se imponía un buen piano; el Piazza que compraron de segunda mano por doscientas pesetas (un capital entonces) además por estar viejo sonaba mal. Esperando impacientes que a Cádiz llegara alguno a los establecimientos de música. Y por fin el nuevo piano estuvo en casa, previo pago de veinticinco mil pesetas (muchísimo dinero todavía entonces), un Chassaigne Frères; no había otro en el establecimiento.

Fueron días de conciertos que nunca podrían olvidar.

Así que se formó un trío: los heterogéneos de la noche, los líricos de las tardes y los músicos a todas horas: piano, guitarras, violín, laúd, bandurria, acordeón, trompeta, hasta un contrabajo. A la música, o mejor, a los músicos acudían, de oyentes, los niños.



Un día en que estaba la Farmacia de guardia, llegó Pili a una hora muy discreta para hablar con los dos: dar las gracias por haber sido siempre bien atendida y llevarle un regalito a la niña María Rosa. Contó la historia del regalo, una medallita de oro rodeada de brillantes que habían podido salvar de la venta en los años del hambre, porque su valor espiritual era superior en muchos grados del valor económico; la medallita era de su madre y la llevó colgada al cuello hasta que tuvieron que vender la cadenita de oro que la sostenía.

Ni Ana ni Pablo admitieron el regalo, "ya fue mucho haberla conocido y tratado" dijeron una y otra vez.

Cuando Pili salió de la entrevista llevaba los ojos anegados de lágrimas y apretada la mano donde volvía con la joya.

Y todavía, cuando se iba de Puerto Real a Madrid para vivir con el hermano que había aparecido después de la guerra civil y de la vuelta de la División Azul, llevó a la Farmacia a la madre para que conociera a aquel matrimonio ejemplar.



Y todo va cambiando paulatinamente.

Desapareció la llamada Benéfica del Dique de Matagorda y la Beneficencia del Ayuntamiento. La Seguridad Social las abarcó.

La medicación era nueva; en la botica no se dispensaban fórmulas; algunas personas, sobre todo mayores, pedía "aquella pomada, aquellos sellos, aquellas píldoras que le sentaba tan bien".

Se guardaban, como piezas de museo, el depósito de cristal, con su grifo, del agua filtrada del aljibe; los morteros, las copas graduadas, los agitadores, los embudos y las probetas se guardaban en una vitrina y solo quedó en servicio la probeta grande donde Pablo escanciaba, para obsequiar a los amigos, el vino Menesteo, así llamado, que se hacía traer en garrafas del Puerto.

Los nuevos específicos eran muy efectivos. Las ciencias seguían avanzando en grandes motivos o en pequeños: en alimentos, en telas, hilos, lanas, adornos, cacharros caseros en donde la electricidad hizo maravillas.

Ana estaba encantada con la batidora que facilitaba las comidas, las

planchas, aunque los nuevos tejidos eran inarrugables, las lavadoras...

La lavadora que Pablo compró entusiasmado, porque ahorra tiempo y trabajo, sirvió de alivio casero: las ropas personales, sábanas, toallas, manteles, servilletas y paños de la limpieza ya estaba resuelta su puesta a punto, pero ¿y M<sup>a</sup> Antonia, la lavandera que dos días a la semana tenía en la casa un trabajo fijo, una merienda y algunas cosillas de comer para sus niños? ¿Empezaba el trabajo casero a escasear por mor de las máquinas? ¿Pasaría con los trabajos domésticos como ocurría con los agrícolas?

Y Pablo la tranquilizó:

- Todo cambia y se transforma; M<sup>a</sup> Antonia ya encontrará un trabajo nuevo y no tan penoso como lavar con las manos.

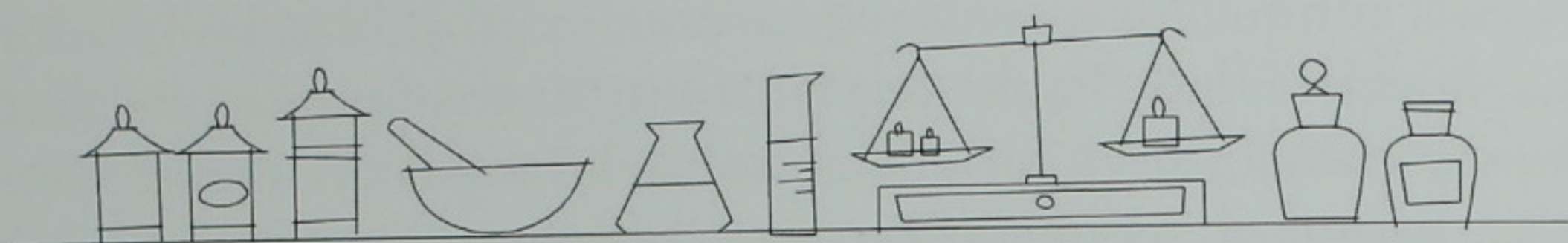
Dos veces a la semana siguió asistiendo M<sup>a</sup> Antonia que se gloriaba sacando la ropa limpia y casi seca de aquel depósito misterioso; a ella le tocaba tender la ropa para secarla completamente, doblarla, plancharla y guardarla: el trabajo entonces para M<sup>a</sup> Antonia era un descanso y así estuvo empleada hasta que encontró otra casa en la que aun no había lavadora eléctrica.

Poquísimos años o meses tardaría en dejar de ser lavandera de restriego y puños.

Otra novedad fue que Manola, la estupenda niñera contadora de cuentos, dejó de zurcir calcetines porque ya eran de fibra y como María Rosa, la pequeña, necesitaba compañía para la playa, Las Canteras o El Porvenir, Manola empleaba su tiempo libre en hacer labores de punto hasta en el paseo, y en la casa tenía todo en orden.

Raras veces trajinaba Ana en la cocina; para ese menester estaba María, que parecía que había nacido en la casa.

Todo discurría bien: la botica y el hogar, gracias al celo del matrimonio; felizmente la salud y el amor reinaban en la familia; solo la inquietud que a ella le producían los avances científicos y el inolvidable aljibe, alteraron la paz de Ana que hablaba de su abuelo como de un adivino; el abuelo conoció la primera locomotora, el primer automóvil, el primer vuelo de un avión y decía que aquello era diabólico; Ana, ante los avances logrados retrocedía un siglo en sus apreciaciones, pero no se molestaba cuando Pablo se reía de sus temores y le cantaba guasón, de la Verbena de la Paloma, que María Rosa tarareaba por los pasillos: ¡"Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad"!.



Llaman a la puerta. Abre Ana. Se sorprende .

Cristian, el niño de Mariflor y del marinero noruego, se sonríe mientras le alarga un hermoso ramo de lirios de agua. Tomó las flores, besó en la frente al niño y le dijo con dulzura:

- Dale las gracias a tu mamá.

Si hubiera mirado para la puerta de la calle, habría notado la sombra de Maiiflor sobre el losado del suelo; colocó enseguida las calas en un jarrón y continuó sus labores domésticas pensando en Mariflor, a quien no veía hacía tiempo y de la que no oía hablar. ¿Cómo estaría el asunto de su casamiento? Se prometió verla, o preguntar a Pepona, a la que tampoco veía desde el funeral por la muerte de la madre de Mariflor.

Y aquella misma tarde supo la desgracia de la joven: el marinero Cristian hacía meses que ni le escribía ni le mandaba dinero. En vano fueron cuantas indagaciones hacía Mariflor por saber de Cristian y del barco; suponía su abandono o su muerte.

Abandonada con su hijo esperó con la tenue esperanza de su vuelta.

Y allá, en lo más íntimo se preguntaba temerosa: ¿volvería ella a su antigua vida?

La Pepona ahondaba en la desgracia con sus fatalismos .

Para poder vivir y cuidar de su hijo, Mariflor tuvo que vender su ajuar reunido con tanta ilusión; sus bonitas y valiosas joyas, sus muebles y quedaba en la miseria.

- Se defiende con lo que yo le arrimo, que es bien poco, porque el niño anda siempre delicado y no tiene Seguro de Enfermedad...; estos días anda vendiendo las flores de su patio que rebosa de calas...

Al oírlo, Ana sintió un encogimiento en su corazón y se figuró a Mariflor esperando, cercana a la puerta; la voz de ella agradecida por el regalo tan delicado correspondida con alguna espléndida propina y solo le había dado un beso en la frente. No se perdonaba su actitud y se dolía de su frialdad.

Prometió visitarla.

Y así lo hizo.

La casa de Mariflor estaba desconocida con la impresión que daba de desalojo; el descolorido de las paredes donde los cuadros y los espejos habían dejado sus huellas; tampoco estaba la consola de la tapa de alabastro, ni los candelabros de bronce y cristal, ni el tresillo isabelino tapizado de raso amarillo, ni las cortinas, ni las sillas de salón, ni la araña de porcelana y cristal.

¿Cómo no se enteró antes? ¿Por qué Mariflor no acudió a ella como antes lo hizo Pili? ¿Cómo la Toña, que se dedicaba a la compraventa de muebles y objetos de valor no se lo hizo saber a Ana? No porque le hubiera gustado poseer algún mueble, cuadro, adornos, joyas, sino por haberla socorrido de alguna forma.

Mariflor le relató sus apuros económicos y el temor por la salud del niño Cristian.

Y aquí Ana empezó su ayuda de acuerdo con Pablo.

El niño fue asistido por Guillermo, el amigo médico de la casa y no le faltaban los potingues de la botica; se vio que el niño tenía un corazón frágil y que había que llevarlo a consulta con un especialista y que él se encargaría de todo; todos confiaban en que el problema sería resuelto.

Sin embargo, la situación de Mariflor era angustiosa y su resolución de mantenerse fiel al hombre que la quiso tanto y que podría dar fe de vida cualquier día, la apartaba de los consejos de Pepona, que, como hada siniestra, no dejaba de tentarla.

- Mauricio me habla siempre de tí... Te llevaría a un campo con el niño y estarías como una reina...

- Sebastián el Cojo, te trataría bien, tú sabes que siempre fue espléndido contigo, está viudo y... ¡quién sabe!

- En Cádiz, me dijo la Pili, que te espera siempre hasta con el niño... Mariflor soñaba con un hogar decente y la Pepona no la comprendía; jamás será considerada una mujer decente debido a su pasado.

A pesar de las ayudas de todos cada día le acuciaba más la miseria.

¡Su dolor fue enorme cuando un día Cristian dejó de existir inesperadamente! Ana, Pablo, Guillermo, Julio y la Pepona se encargaron de todo. Mariflor no tenía consuelo y su estado se agravó más, cuando pasados unos días los dueños de la casa le exigieron el dinero del alquiler.

Estaba derrotada.

La Pepona acudió a Pablo y Mariflor podía continuar habitando la casa. Pero Mariflor parecía un espectro: mal vestida, sin arreglo alguno, sus ojos se hundían en unas profundas ojeras y su palidez era cadavérica.

- Mauricio me pregunta por ti... Te llevaría a un campo que tiene en la carretera de Medina...

- Mauricio dice que no te molestaría...

- Mauricio no tiene familia...

- Mauricio es una buena persona y no es ni viejo ni mal parecido...

Mariflor resistía pero se acordaba de los años cuarenta, cuando su padre pudo comprar un saco de bellotas y entró con él en la casa diciendo: - "A nosotros no nos faltará de comer"- Y en efecto: desayuno, bellotas; almuerzo bellotas; merienda bellotas; cena bellotas; y siempre crudas porque faltaba el carbón para asarlas; el padre comía poco porque su estómago protestaba. "Hay quien no puede comprarlas"- decía.

No tenía ya en la casa ni un espejo, ya que todos fueron vendidos gracias a la Pepona y a la Toña, pero en uno pequeño de bolso, se miraba sin reconocerse y miraba alrededor: ni muebles, ni cuadros, ni espejos, ni cortinas, solo en el patio lucían candidas las blancas calas, esplendorosas aún sin el necesario riego. La visión del padre cuidándolas, las del pequeño Cristian entre ellas como una flor más...

Mauricio...

Mauricio...

¡Nunca más hambre!



La casa de campo era de labor pero coqueta como un chalet.

Allí vivía su tristeza en medio de la alegría del entorno; un matrimonio de cierta edad, sin hijos, cuidaba de la casa, de la huerta y del perro.

Agapito y Dolores la llamaban señorita respetuosamente. Agapito, de pocas palabras, siempre andaba atareado; Dolores, además de la limpieza, del cuidado del corral y de hacer los mandados, mantenía el

esplendor del jardín; era vivaz, alegre y un poquito charlatana además de buena cocinera.

Había pasado con creces un mes cuando Mauricio visitó a Mariflor.

Fue en una tarde, ya muy vencida porque el sol empezaba a desaparecer, cuando paró a las puertas de la casa un fastuoso haiga y Mauricio entró en la vivienda.

En la suya, pero lo hacía como pidiendo permiso para avanzar.

Mariflor había enrojecido y sus ojos brillaban de temor; le alargó la mano en un saludo que no pudo ser ni cariñoso, ni agradecido y ambos se sentaron en sendas butacas separadas.

El rubor no había desaparecido del rostro de ella que seguía tímida sin saber qué decir. Él hablaba de diferentes cosas: que Cádiz estaba precioso, que el puerto era siempre ocupado por barcos españoles y extranjeros, que la Guerra Mundial parecía que llegaría pronto al fin, que las novedades y descubrimientos eran diarios, que los americanos estaban cambiando Rota...

- ...fíjate en el gramófono que adorna ese rincón, con un plato para la placa y una bocina para la voz, con discos de pizarra, es ya una pieza de museo; lo compró mi abuelo que era muy caprichoso...; ahora en cambio una buena radio, un buen transistor y una tele que tendrás mañana aquí y con la que tenemos el cine en casa...; es que todo va rápido: recuerda el Biscuter, la Vespa, los coches pequeñajos hasta el haiga que traigo yo... Pues ¿y los trenes? ¿y para ir de Puerto Real a Cádiz había que hacerlo hace pocos años rodeando La Carraca? ¿y para ir a La Carraca había que aprovechar las mareas!; los tiempos van cambiando a gran velocidad. En cambio resulta natural un viaje a la luna ¿no es una maravilla? Pero ¿y en lo diario y vulgar? ¿qué me dices del D.D.T? Antes había temporadas que no se podía vivir ni en esta casa, ni en muchas con los mosquitos, las pulgas, las chinches, los piojos...

Mariflor sonrió abiertamente y él quedó cortado y se hizo un embarazoso silencio.

- Ya pronto será de noche- dijo Mauricio oteando la ventana. Mariflor callaba.

- ...tendré que irme...; mañana volveré y podremos dar un paseo en coche...; podríamos ir a Medina o a Jerez ¿te parece?

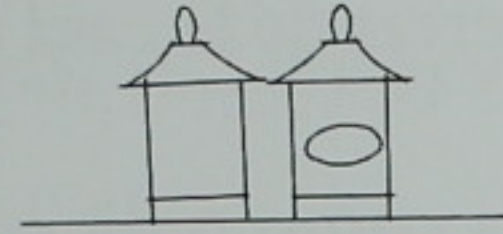
Afirmó ella con un movimiento tembloroso de su cabeza y Mauricio

salió rápidamente sin ni siquiera despedirse alargando su mano.

Cuando el ruido del coche se hizo lejano Mariflor lloraba.

Dolores en la puerta de la habitación preguntaba:

¿Le sirvo la cena, señorita?



Mauricio no cumplió su promesa de volver al día siguiente; se preguntaba ella tímidamente "¿quiero tenerlo cerca? ¿me alegro de que no haya vuelto?" y en la madrugada: "¿será capaz de venir a estas horas?"

Aquella mañana Dolores exclamó al verla:

¿Está mala la señorita? Tiene muchas ojeras y está amarilla como la cera...

Varios días tardó Mauricio en volver al chalet y durante ese tiempo fue instalada una televisión en el salón de la casa, y a la par que bombones, llegaban revistas, una bonita radio pequeña, una grabadora y cajas de golosinas, y Mariflor ni encendía la tele, ni hojeaba las revistas, ni abría la radio y ni siquiera probaba las golosinas.

Un día y otro, y otro...; más de una semana; la soledad la angustiaba y pensaba con insistencia en el amor de Cristian y en la corta vida de su hijo ¡Qué diferente todo!

Pepona se atrevió a visitarla y quedó impresionada de su palidez y de sus ademanes flojos y cansados.

Le decía: - ¡Vaya suerte! Te tiene como una reina y no te molesta...

La Pepona era práctica: prometió volver para ayudarle a consumir las ricas golosinas y le dijo al despedirse: - No lo aburras...

Mauricio volvió una tarde muy templada y aireada con el finísimo perfume que saltaba de Las Canteras a todo el campo. Mariflor lo aspiraba con agrado y cuando Mauricio le indicó que podrían salir de paseo a algún pueblo cercano, ella accedió con marcado gusto.

Fue una tarde llena del embrujo del Sol al despedirse.

La pareja parecía disfrutar. Mariflor, sin embargo, no se olvidaba de lo que hubiera gozado su hijo, pero también se acordaba del saco de bellotas que consumió con su familia en la confortable casa de entonces... Su hijo, con ella y sin tener nada honrado que vender...

Para Dolores y Agapito trajeron alfajores de Medina; agradecida, Dolores la piropeó:

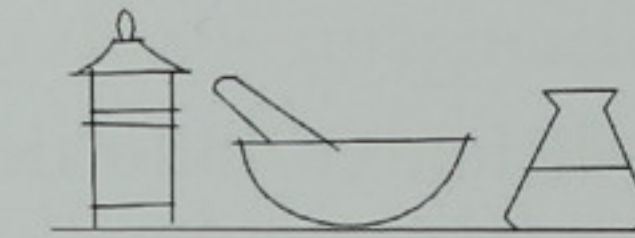
- ¡Si parece una flor la señorita!

Era tarde cuando Mauricio decidió irse a Cádiz. Anduvo unos pasos indecisos, puso la tele en funcionamiento, descansó un brazo sobre el respaldo de una butaca, miró a su alrededor y, como apartando una idea de su cerebro, dio unos pasos ligeros, como huyendo de algo y dijo, seguro ya, saliendo de la habitación:

- Hasta mañana, Mariflor, que descanses.

Y ya, pisando el césped, se volvió rápido al oír como una música soñada:

- Quédate Mauricio...



La noticia había corrido por el pueblo desde el principio y había comentarios para todos los gustos.

Ana hablaba con Pablo:

- No tenía otra solución... A pesar de todo yo la considero una mujer honrada y que merece ser feliz.

- Pero no le digas a nadie tu opinión, porque bajarías muchos puntos entre las personas estrechas.



Todo cambiaba: la sociedad y el hogar de Pablo, o mejor dicho, la farmacia de Pablo; los avances de la Ciencia se reflejaban en el hacer cotidiano. Ya no era aquél espíritu que heredó de sus antepasados, empezando por su tatarabuelo Pablo que fue el primer farmacéutico de la familia; de padres a hijos iban pasando los apellidos y la profesión.

Con nostalgia miraba Pablo la vitrina en cuyo cristal se dibujaba un ojo y cuya llave era la mejor guardada en la alacena que pomposamente llamaba caja fuerte; en la vitrina se guardaban los medicamentos estupefacientes; del conocimiento de la preciada vitrina venía aquello de como pedrada en ojo de boticario. Y la miraba Pablo con la misma nostalgia que a las estanterías donde se alineaban los tarros que contenían las sustancias para elaborar las fórmulas recetadas por los médicos.

- No es lo mismo- decía- no es lo mismo...; cada enfermo es distinto... aunque tengan la misma enfermedad.

Todo cambiaba. El pueblo se agrandaba y los portorraleños vislumbran otros horizontes.

Había un semanario dedicado especialmente al deporte y a hechos locales, llamado Marcador, en donde de vez en cuando podían leerse algunas columnas escritas por Pablo que lucía su gracejo. Otra publicación, también semanal, se llamaba La Liga y trataba completamente de deporte. Mensualmente se editaba la revista Madrigal, exclusivamente literaria.

A su tiempo, o mejor dicho, en todo tiempo se tejía la urdimbre que hacía de los Carnavales un ente artístico, con toda la sal de la bahía gaditana; de Puerto Real eran famosos sus coros.

Los contertulios de la Rebotica tomaban parte activa en el entorno literario musical.

Los niños de la botica de la calle de La Plaza participaban en las lides musicales, no en vano desde niños estaban familiarizados con el piano y con otros instrumentos de cuerda; los cuatro muchachos participaban en tunas y grupos con marcado éxito. Cada uno atendía debidamente sus estudios.

Y la niña. La mimada por su padre y sus hermanos, en lo musical siguió los mismos pasos. Hubo un tiempo en que los amigos de la botica de la calle de La Plaza la llamaron La Cajita de Música.

Al parecer todo era allí Paz y Amor. En realidad reinaba el Amor, entre la familia en general y entre los esposos en particular; solo que la llamada Paz no iba con Ana. Desde que en el año 41 llegó a la casa, le impresionó saber que ésta estaba edificada sobre un aljibe; cuando alguno decía por ejemplo: "Esta Farmacia es una mina porque tiene un hermosísimo aljibe", a ella no le hacía gracia, y no por la ironía en sí, si no por el miedo a pisar sobre ella. Y cuando pasados unos meses de la llegada fue enterándose, por diferentes conductos, que había sido utilizada como timba, que fue cerrada misteriosamente, y que a raíz de eso se desconocía el paradero de uno de los jugadores, su imaginación dio en pensar, en el drama y que tal vez el desaparecido estuviese descansando cadáver sobre las aguas.

Por eso se negó siempre a utilizar el agua del maldito depósito. No a quería para halagar a las plantas que florecían en el corredor y mucho

menos para ablandar los garbanzos o las habichuelas para la comida, y le reprochaba a Pablo que la usase en las bebidas. Naturalmente él no le hacía caso y le decía una y otra vez:

- Nadie es perfecto,- y se reía para no herirla- tienes manías como otras personas notoriamente sensatas como tú... En esto no nos ponemos de acuerdo; yo sé que el aljibe es un tesoro y tú le tienes odio.

- Odio, no ¡miedo!

- ¿Miedo de qué? ¿De que le salga el agua por el brocal y nos anegue la casa?

Si ella hubiese hablado de sus imaginaciones, tal vez todo hubiera sido tranquilidad en Ana. ¿Cómo pudo pasar tantos años ocultando tanto miedo? ¿En lo más hondo de ella, reconocía que era un sentimiento pueril?

¡Si se atreviera!

Pablo estaba empeñado en vaciar el aljibe; así ella, comprendería que al llenarlo otra vez, ya limpio y relimpio, con agua nueva caída del cielo, se le borrarían los escrúpulos y a su vez la factura del agua municipal que salía de los grifos, se vería disminuída notablemente.

- ...dentro tiene que haber suciedad para llenar un camión porque los niños del otro boticario que había aquí eran, según las crónicas, unos salvajes y tiraban al agua los juguetes cuando se enfadaban...

- ¡Sabe Dios lo que habrá ahí debajo!- decía ella.

- Habrá juguetes y tal vez el gato Dumbo que se perdió.

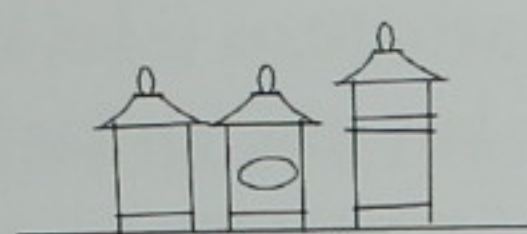
- El gato Dumbo nos lo robaron para venderlo a algún caprichoso que le gustase la carne de conejo y se conforme con la del gato...

- ¡Mujer...!

- Acuérdate cuando en aquellos años llegaban los muchachos ofreciendo gatos para comerlos.

- Aquellos años, Ana, eran cuando el hambre; dimos la voz de querer un gato para acabar con los ratones que hasta se metían en la cuna del niño para dormir y dieron en decir que en la casa del boticario nuevo se comían gatos...; y el Dumbo fue un siamés que nos regalaron, que jamás cazó un ratón, que venía detrás de mí como un perrillo y que más de una vez lo tuve que echar del brocal del aljibe por temor a que ocurriera lo que tuvo que ocurrir; ¡el tonto cayó al agua! Y rescataremos su cadáver este verano cuando se limpie su sepultura.

- ¡No me gustan las bromas con guasa!- dijo enfadada.



La habitación de la rebotica tenía tres puertas: una a la farmacia, otra al patio y otra a la habitación contigua; a pesar de eso era amigable, confidencial y comfortable; ricas cortinas de buena tela, tono verde, cuadros, mesa de escritorio con teléfono (otro teléfono había en el patio sobre la mesa del recetario) mesa- camilla, también vestida de verde, cómodos asientos, un cuadro muy grande apaisado sobre el testero principal que era el comentario obligado de cuantos lo contemplaban; aquel cuadro, según Ana- que lo compró a un anticuario por veinticinco pesetas (carísimo) y que le alteró la economía-, tenía una historia romántica; según opinión de Pablo la historia era inventada por el anticuario para conmover el corazón de la compradora y que no tenía nada de original: un pintor se enamoró de una jovencita que lavaba sus ropas en un río cercado por maravillosos árboles; aparecía la lavandera arrodillada con una canasta rebosante de ropa blanca, que relucía por contraste con la umbría del contorno; que la lavandera adoraba a unos patitos que cuidaba en su casa y que, terminado el cuadro, exigió que apareciesen en él los tres patitos, el artista se enfadó y pintó a los animalitos paseando por las aguas pero de un tamaño mayor que el de la dueña. Así, al mirar y admirar el cuadro dolía la vista el tamaño de los patitos.

Entre la puerta de la farmacia y la del patio, había un mueble muy útil, de madera rica con adorno en las puertas de dibujos en oro; ella, Ana, decía: "Si limpiamos las puertas con agua y jabón los dibujos brillan más". Era de los llamados de dos pisos: el de abajo anuario de tablas y el de arriba con puertas de cristales muy propio para librería; remataba el mueble en un penacho y sendas perinolas con los dibujos de las puertas y, por consiguiente, con el oro brillante, reluciente y llamativo. La compra del mueble también tuvo su historia: Ana se enamoró de él porque era práctico como librería y a ella le hacía falta algo como él; pidió precio y no estaba a su alcance. La cantidad era enorme ¡cuarenta duros!; ¡doscientas pesetas! ¡imposible! Y desistió de la compra aunque hasta soñaba con él y lo llenaba de libros y carpetas. Visitaba la tienda varias veces y el mueble, que según el anticuario era oriundo de Filipinas, estaba allí siempre.

Y no pudo más: se lo describió a Pablo y este puso en sus manos los cuarenta duros. Antes de la media hora estaba instalado donde quiso Pablo:

- Aquí.

Ana se calló sus pensamientos de tenerlo arriba para uso exclusivo de ella y dijo que le parecía bien.

Fue limpiado con esmero y enseguida fue ocupado por discos de música, por dietarios viejos, por archivadores y por un montón de bolígrafos y papeles de escritorio.

Entre los cuadros de los patitos y el mueble de Filipinas había un hilo que los unía: el afán de Ana por todo lo bello, porque el cuadro, a pesar de los patitos gigantes era muy lindo.

En un rincón, sobre una ménsula pequeña, una imagen de la Virgen de Lourdes, patrona de Puerto Real, en una gruta, recuerdo de una peregrinación del abuelo. Y sobre la otra pared libre, la orla enmarcada en madera de caoba artísticamente tallada.

En cuanto se celebraban las tertulias de la rebotica, se recibían visitas y se trabajaba a todas horas.

Ana le puso un mote a Pablo: el Escuchador, porque éste decía que no es lo mismo oír que escuchar. Decía que oír es percibir los sonidos y escuchar es prestar atención a lo que se oye, y Pablo atendía por educación y por bondad a todo el que le hacía una consulta o le planteaba un caso angustioso. Era escuchador.

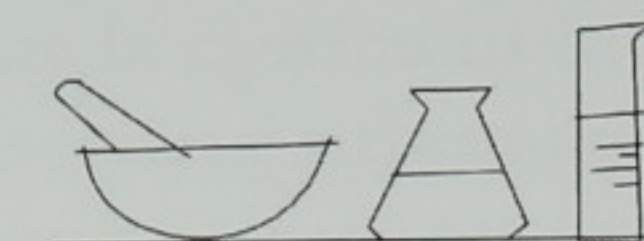
- Aunque yo no le aclare su caso, la persona se desahoga, se tranquiliza y ve la vida de otra manera.

- Dar buen consejo al que lo ha de menester- decía jocosamente.

Y ella:

- Corregir al que yerra...

- No soy idóneo- reían los dos.

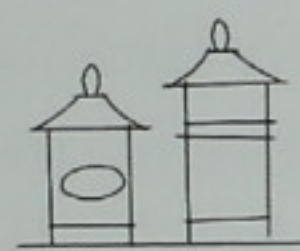


En la habitación gabinete de la rebotica se libraba diariamente la historia de Puerto Real de aquellos tiempos. Allí se fraguaba la Revista del Grupo Madrigal, dirigido por un almirante- poeta, parte del sema-

nario Marcador, donde colaboraba Pablo; allí charlaban sobre música los componentes del Coro de Carnaval; allí, el Cojito Pavón, cantaor de flamenco y peluquero, mientras su quehacer, desfilaba las andanzas de los padres del flamenco con sus historias tan jugosas como románticas; allí, los amigos de todas clases contaban sus aventuras de mar y tierra; allí se conocía la tierra como madre y a veces como madrastra; allí, se discutía de todo menos de política; allí se iban acumulando sabiduría y experiencias.

¿Qué era la rebotica de la Botica de la calle de La Plaza? Casi podríamos decir que era una escuela de convivencia; la vida en un pequeño círculo que abarca lo más hermoso: la amistad

El escuchador sonreía escuchando a su compañera y sin palabras se decían: Nos queremos.



Pero el mueble de Filipinas tuvo que salir de la habitación- gabinete. La cantidad de discos musicales, archivadores y carpetas rebotaban dentro de él, y Pablo decidió hablar con un carpintero muy artista que le hizo un armario con caobilla, tan grande que ocupó toda la pared del cuarto interior. El testero que ocupara el Filipino fue rápidamente adornado por un espejo de marco dorado que hacía dobles a los patitos, pero eso resultaba bien porque así la estancia se ampliaba.

El mueble fue para el piso alto con gran placer de Ana, que pudo, al fin, ver colocados sus libros y sus revistas literarias y de labores. A pesar de eso, eran tantos libros, que el carpintero tuvo que hacer para ellos varias estanterías para el salón donde tenían el piano y la televisión.

Pablo se consideraba feliz porque no era ni ambicioso ni envidioso.

Ana podía serlo también, solo que su excesiva imaginación la atormentaba con frecuencia; ni su entrega al amor al prójimo, aparte sus hijos y Pablo; ni sus ocupaciones literarias (¿escribiría ella alguna vez sus experiencias y fantasías?) ni su ayuda, muy particular en la Farmacia; ni su afición por las antigüedades, la libraban de los temores: el aljibe. Y todo hubiera transcurrido en aparente calma si no llega a intervenir en su vida la llegada de Ludmila, aquella joven farmacéutica rusa que se vino a España enrolada, como soldado, en la División Azul.

La farmacéutica rusa se llamaba Ludmila que, según dijo, significa amada de todos, era graduada por Moscú y trabajaba en un departamento farmacéutico del Ejército; allí conoció y trabó amistad con otro farmacéutico español de alta graduación de la División Azul; el amor no entiende ni de barreras, ni de trincheras y así cuando los españoles volvían a la Patria, Ludmila acertó su rubia cabellera, disimuló sus bonitas curvas, vistió el traje de soldado español y entró sirviendo de asistente del jefe de la expedición.

El puesto de mando del farmacéutico militar, llamado familiarmente, Antonio fue en Africa; Ludmila dejó el uniforme de soldado y se convirtió en una joven preciosa. Querían casarse, pero tuvieron dificultades al principio, aunque al fin lo consiguieron.

Antonio tenía amistad antigua con otro farmacéutico sin ejercicio que tenía casa en Puerto Real. Y allí se instalaron aquel verano, por lo que Ludmila y Antonio fueron contertulios de la Botica de la calle de La Plaza. A Ludmila le encantaban las reuniones por variadas razones y porque aprendía mucho español, hasta el punto que captó el gracejo gaditano. Bebía coñac y Antonio explicaba que el tabaco y el coñac le calmaban dolores corporales y espirituales; era amable y discreta pero no podía contemplar sin chorro de lágrimas a Miguel, el segundo hijo de Pablo y Ana, que entraba por la botica y atravesaba el patio portando al hombro su guitarra.

Miguel era alto, fuerte y muy moreno, pero Ludmila decía que le parecía ver a su hermano.

A Miguel le aconsejaron que entrara en la casa por la puerta del piso para evitar las lágrimas de la rusa.

Otro chorro de lágrimas se lo producía la música rusa. Pablo tenía unos discos que estaban tocados por el ejercito ruso y que traspasaron, no sabía como, el telón de acero. Cosacos del Don y Kalinka, los pedía Ludmila por el gozo de llorar.

Todos le tomaron cariño.

Una noche de llantina, Ana quiso distraerla y le contó la historia que se había inventado del aljibe y de Eduardito; se asombraba la rusa creyendo cierto lo que oía y aunque Pablo le explicaba que todo era fantasía de su mujer, ella dijo muy convencida:

- Pudo ser verdad

Las tertulias del verano en el patio sobre el aljibe fueron muchas y

muy distraídas; no faltaba la música de zarzuelas y de conciertos, ni faltaba, cada noche un contertulio nuevo que aportara variedad.

Pasado el verano, Ludmila y Antonio se marcharon a Sevilla donde había sido trasladado; de vez en cuando tenían noticias de la pareja; al verano siguiente no volvieron y supieron que la salud de Ludmila era delicada.

Y cuando, pasados unos meses, llegó a Puerto Real a la Botica de la calle de La Plaza la noticia de su muerte, Ana la sintió vivamente, y empezó a recordarla recién venida de Rusia, tan rubia, con los ojos melados, la sonrisa a flor de labio, tan armoniosa toda, la situaba en el patio en el mostrador de la columna atenta a todo y a todos, con el eterno cigarrillo en la mano y la inseparable copa de coñac y las lágrimas siempre a punto para saltar a cualquier música, sentía una ternura infinita y el arrepentimiento de no haber intentado ser su amiga.

- Pudo ser verdad- había dicho aquella vez que ella dio rienda suelta a su fantasía y esta frase se apropió de su cerebro y no dejaba de pensar en ella.

Cambió sensiblemente en su vivir diario. No descuidaba las obligaciones de su hogar, pero parecía tener un halo de tristeza e inquietud.

"Pudo ser verdad... Pudo ser verdad..."

Y de nuevo se negó a atravesar el patio deslizándose por los pasillos que lo rodeaban hasta que Pablo se dio cuenta de su nueva actitud y concretó una entrevista con un médico amigo con fama de psicólogo pero ella se negó a ser interrogada.

Y por ese motivo, Pablo que era enemigo de entrometerse en la vida de los demás, quiso conocer de cerca el entorno del llamado Eduardito.

Así fue como, preguntando a diversas personas, averiguó ciertas cosas. Mucho tiempo estuvo Pablo indagando a espaldas de Ana, sobre la vida y milagros del misterioso Eduardito:

Que se llamaba Eduardo Lara y que siempre fue un cabeza loca; quedó huérfano de padre y madre apenas cumplidos los dieciocho años, heredero de una cuantiosa fortuna en los Bancos, en viñedos, en casas señoriales (aquellas antiguas de Puerto Real de las que van quedando pocas) de planta baja, amplio patio y extenso jardín, y un caudal de joyas que pertenecieron a las mujeres de su familia desde remotos tiempos.

Su niñez fue plácida y no destacó en la escuela con ningún mérito; aprendió trabajosamente a desenvolverse como sencillo estudiante sin aspiraciones de conocimientos elementales y con una alta predisposición para toda clase de juegos infantiles y escolares.

Resultaba simpático porque no era orgulloso y sí muy amigable. Cuando se hizo cargo de la herencia, su popularidad creció porque no era nada tacaño y siempre estaba dispuesto a socorrer a sus amigos.

Aunque la casa en la que vivió desde chico era espléndida, reformó el patio poniendo columnas de piedra labrada en lugar de las escuetas de hierro que, si bien eran fuertes, no eran lo suficientemente artísticas y pavimentó patio, pasillos y habitaciones con mármol blanco.

La mejor casa del pueblo, la suya y el mejor coche de la provincia el suyo. No conducía; pagaba un chofer uniformado, y en sus viajes cortos o largos, se hacía acompañar por un médico por si acaso se ponía enfermo durante el viaje.

Una temporada le dio por comprar caballos y tuvo la mejor cuadra del término; al final, cansado, porque además era pésimo jinete, la vendió a un jerezano, perdiendo un buen pellizco de su caudal.

Luego, cuando le dio por la caza, reunió una jauría ejemplar y distrajo su aburrimiento una pequeña temporada y por fin regaló los perros a los entendidos aunque no fueran aficionados a la caza.

En pocos años se mermó su capital de manera alarmante.

Fue entonces cuando le dio por el juego. En Cádiz, en Jerez, en Sevilla, en Córdoba, fue dejando rociado el patrimonio que le legaron los padres.

Cuando se hizo casino clandestino el aljibe de la botica de la calle de La Plaza, Eduardo acudía cada noche ansioso de recuperar parte del dinero que se le escabulló de las manos.

Eduardo Lara era conocido cariñosamente por Eduardito, pero los que tan cariñosos le llamaban comentaban: "Lo veremos de albañil con una piocha en la mano".

Nadie lo vio trabajando. Lo útilno que vendió, porque ya no tenía nada, fue la casa paterna. Lo hizo acompañado de un gesto que lo ennobleció: parte del dinero cobrado lo empleó en adquirir una casita muy pequeña y muy aparente que regaló a su tata Sole.

Soledad Pérez se llamaba la anciana que lo había tenido bajo su amparo desde que nació y lo adoraba. "Mi Eduardito es muy bueno

pero tiene mala suerte".

A tata Sole fue Pablo a visitar sin el conocimiento de Ana. Encontró a una mujer entrada en años, de muy bien ver, que se puso muy contenta cuando Pablo le pidió permiso para entrar porque le parecía muy interesante una casa pequeñita a la que no le faltaban los artísticos remates de la azotea ni la hermosa ventana de hierro que pregonaba estar allí desde el siglo 18; Pablo, siempre había admirado el rico caserío de Puerto Real; se paraba cuando salía, en cualquiera artística portada de piedra o herrajes forjados con elegancia.

Pasó el patio, muy recoleto y profusamente adornado con plantas; entró en lo que llamaba Soledad, comedor y que solo era el ensanche de la cocina; le enseñó toda la casita que "mi Eduardito preparó para mí".

Hablaron de Eduardito:

- Todo corazón, don Pablo, todo corazón... No se puede ser tan bueno porque se lo comen a uno... Mi Eduardito no podía ver las lágrimas y antes de que le pidieran, ya estaba socorriendo ¡cuánto bien ha hecho! ¿Y ésto, don Pablo, y ésto que hizo conmigo? ¡Eduardito de mi alma! Compró esta casa y la puso a mi nombre y, por si fuera poco, me agenció en un banco una cantidad de dinero, que cobro todos los meses diez duros, para que no me falte de comer mientras viva... ¡Que corazón de oro!

- ¿Desde cuando no lo ve usted?.

- ¡Años!... Muchos años hace que lo vi por última vez... Fue en una noche muy entrada ya, casi las once en el reloj... Él no tenía que llamar porque tenía otra llave de la puerta y yo no la atrancaba con la ilusión que viniera a verme a cualquier hora... La última vez, yo no sé que hora sería y ya estaba acostada; encendió la luz de la alcoba y le dije: - "¿Por qué te llamaremos Eduardito si eres un gigantón?". Porque la hermosura de su cuerpo adornaba el cuarto... Me besó;- "¿a qué vienes? Tú sabes que siempre tengo una cama en ese cuarto para tí, y en el vasar hay un vaso con leche fría, como a ti te gusta y con mucho azúcar..." No me contestó y me besó otra vez y sin que a mí me diera tiempo para incorporarme en la cama salió como huido, con tanta prisa que parecía que iba a perder el barco y... don Pablo, ¿por qué me da el corazón de que era eso, que se iba a embarcar?... ¡Mi Eduardito por esos mundos o acaso muerto..!

A Pablo no le sirvió la conversación con tata Sole, sino para empezar una amistad, porque lo dicho sobre Eduardito no le aclaraba nada pero... ¿y si le contara a Ana...?

- Me llamó la atención una miniatura de casa portorrealeña... Allí vive la que llaman tata Sole porque fue la niñera del cacareado Eduardito...; lo adoraba y habla de él como una madre de un hijo y ¿sabes? A ella le da el corazón que salió arruinado del pueblo y se marchó en un barco para buscarse la vida... ¡y pudiera ser así!; y cualquier día puede que vuelva, tan millonario como fue y se dé más de un garbeo por la calle de La Plaza recordando la timba donde lo dejaron en cueros...

Durante el día el matrimonio andaba cada uno a lo suyo; Pablo a la botica, Ana al hogar; comían todos a la misma hora mientras los hijos fueron pequeños; al crecer hubo que acomodar los horarios caseros a los de las escuelas y cuando los varones estaban internos en el Colegio Salesiano de Utrera, donde destacaron como buenos estudiantes, quedaba María Rosa en edad escolar; y llegó una época en que Pablo y Ana quedaron solos en la casa en espera de que, en vacaciones, volvieran a reunirse todos.

Pasaron las décadas de los 40, los 50 y los 60; pasaron las estrecheces económicas y se vislumbraba un futuro feliz porque los hijos prometían.

Los dos mayores estudiaban Farmacia en Granada; el tercero Medicina en Cádiz, el cuarto Telecomunicación en Madrid y la quinta Filosofía y Letras en Sevilla.

Pablo tenía clavada una espinita porque por su gusto todos, y la niña también, hubieran sido farmacéuticos, como lo habían sido sus antepasados.

- Esta botica tan rebonica y la de Ubrique pasarán a ellos. En la de Ubrique nació yo y mi padre y mi abuelo y mi bisabuelo; en ella y en ésta nacerán los nietos y se perpetúa el apellido y la profesión tan honorable...

Cuando en las vacaciones estivales se reunían en la casa los amigos y amigas de los muchachos, las fiestas eran correlativas y la botica de la calle de La Plaza se convertía en una cajita de música según ellos la llamaban.

Pablo y Ana gozaban, y en sus gozos más de una vez en cuando, raramente se encontraban, en noches de guardia con la botica cerrada,

solos, se recordaban sin nostalgia, claro está, los años cuarenta y cincuenta, se admiraban de cómo había ido progresando todo: la Ciencia, la Medicina y las costumbres; y como todo había influido en el pensar de las personas. Fue ya difícil el asombro; todo lo adelantado parecía natural y lógico.

Pablo se encontraba con una Farmacia donde no se usaba el mortero, ni la copa graduada, ni la probeta, ni el granatario. Los tarros, aquellos tarros hechos expresamente en la Cartuja de Sevilla para esta Farmacia, se alineaban gallardos y elegantes en las estanterías de la rebotica, en el patio y en el cuarto de las yerbas, así llamado porque almacenaba las yerbas medicinales: yerbaluisa, manzanillas, adormideras y todas aquellas en gran número que se utilizaban para ahuyentar dolores e inquietudes nerviosas; salvo el té y la tila, todo se administraba en gotas o cucharadas preparadas en los laboratorios. A las estanterías del patio iban a dormir el sueño eterno los específicos que por antiguos no se recetaban; como el agua de Carabaña o el vino de quina; los nuevos, cada día más, lucían en vitrinas y eran despachados según eran recetados, por señoritas auxiliares de Farmacia que, en número de cuatro, ayudaban a Pablo. Señoritas jóvenes, guapas atractivas y con novio o pretendientes, porque así, pensaba Ana, le evitaban a ella los posibles celos.

También desaparecieron las aguas minerales de Solares, Mondáriz, Lanjarón, porque ya se podían adquirir en los establecimientos de la alimentación, y Pablo, con ser la rebotica tan espaciosa no podía disponer de tanto espacio para su posible venta.

En el patio, sobre una consola de caoba y tapa de alabastro, había permanecido siempre un libro voluminoso y alargado llamado RECETARIO y junto a él otro más pequeño en cuya cubierta se leía DIETARIO 1941, y en la contraportada los anuncios de calendarios y la propaganda de una "pasta blanca, marca Victoria, la mejor para despachos, no enmohece ni endurece". Y luego: Enero, miércoles, en la columna de entrada 31,00 ptas venta; y en la columna de salida, casa 24,00 ptas. Y por este estilo las entradas y las salidas, la economía era caótica; ¡Aquellos tiempos de penuria, felizmente habían pasado!.

Aquel consultorio, casi sentimental, que entablaba con la clientela en el mostrador de la botica, había desaparecido casi por completo.

- Don Pablo ¿qué me puede dar para el dolor de cabeza?

- Don Pablo, estoy como inquieta, como insegura y me cuesta trabajo dormirme...

- Al médico se lo cuenta...

- La visita del médico me cuesta dinero y si usted...

- Le digo que el médico... yo solo puedo darle algo inofensivo y el consejo de que se haga ver por el médico.

- ¡Ay, don Pablo, deme usted unas gotas buenas para los ojos de mi esposo...

- El médico...

- ¡Ay, don Pablo que me dan unos mareos que me parece que me resbalo...

- El médico.

Eran consultas curiosas; él las resolvía más con consejos, no con medicamentos. Y llegaba a tanto la confianza que ponía en él la clientela que cuando ya salía con su paquetito de medicinas recetadas por el médico le preguntaban:

- Don Pablo ¿usted cree que ésto me sentará bien?

El se reía y muchas veces repitió aquello de un boticario que vivía arriba de la botica, que se puso muy malo y cuando llegó el médico y se dispuso a recetarle le dijo muy convencido gritando: - "No, no, de abajo nada".

Tenía, por su carácter y por su constancia de servir, muchos amigos que a veces entraban solo por charlar con él mientras se fumaban un cigarrito que él llamaba un cigarro platicado.

Lo que Pablo no sostenía eran las pláticas políticas; cuando alguno las iniciaba, él cambiaba rápidamente la conversación.

El reloj de la Farmacia, decían los antiguos clientes, que tenía historia; tal vez fuera cierto, pero lo que Pablo y Ana sabían de él, es que era bueno y decorativo; las agujas eran de oro macizo, los números, romanos y muy definidos; las dos pesas revestidas de metal dorado como el penacho que lo remataba; decían que la caja primitiva era de madera de caoba y de forma panzuda, pero el reloj estaba en una caja de madera de pino imitando los armarios- vitrina de la habitación. El baile del pesado péndulo casi terminaba en un pentagrama de varillas de metal que sostenían la preciosa y brillante esfera; señalaba los días del mes y era tan puntual que muchas personas para saber la hora exacta entraban en la Farmacia para consultar la hora.

Ocurrió una noche algo que asustó a Ana hasta el punto de salir al balcón y esperar fuera la llegada de Pablo que había ido a ver una película en el cine cercano, a dos pasos de su casa; era una noche cálida; los niños y la tata dormían con placidez; Ana, sentada en la antesala de los dormitorios, hacía una labor de punto con dos agujas largas; la radio estaba apagada para respetar el descanso de los demás; el silencio era absoluto; y de pronto... Ana dio un salto en su asiento y gritó: "¿Quién...?" Había estallado un golpe sonoro; algo se estremeció, y un pequeño ruido duró unos segundos, como un increíble eco; luego otra vez el silencio.

Claro que Ana pensó en el aljibe y se estremeció de pavor; abandonó la antesala mirando con horror al patio y salió al balcón y en él estuvo sin que se le pasara el miedo hasta que Pablo volvió y al verla en el balcón saludó alegre porque él no podía suponer nada insólito, dado que el calor era fuerte, ella habría salido para refrescarse algo; subió la escalera corriendo para abrazarla y al tenerla en los brazos le preguntó inquieto:

- ¿Está algún niño malo?

Y ella le habló con horror mirando al patio, que un ruido pavoroso había estremecido la casa; que era como algo metálico que retumbó en el patio.

Pablo la apaciguó y bajó a la botica, registrando pasillos y cuartos sin encontrar algo anormal y por más que ella aseguraba que lo había oído, él fingió creerla pero estaba seguro que todo estuvo en la imaginación, en sus constantes, como él lo llamaba, nada de fantasmas, nada de muertos dentro del aljibe, eran sus miedos, sus constantes que él soportaba por quererla tanto.

¿Qué pasó al día siguiente? Que del bar llegó uno para poner su reloj en hora y se encontró con la sorpresa de que estaba parado a las doce, suponía que de la noche puesto que entonces era temprano y estaban sirviendo en el bar los desayunos de las diez.

- Don Pablo ¿qué le pasa a su reloj?- le preguntó.

Pablo se dio cuenta de que en todo el tiempo desde el día anterior no se había oído el sonoro timbre que marcaba las horas y que se escuchaba en toda la casa.

Rápidamente subió para hablar con Ana, que andaba por el piso como sonámbula:

- ¿Sabes? El ruido de anoche es que se rompió la cuerda del reloj y cayeron las pesas sobre la madera del fondo de la caja.



Pepona va mucho por la Farmacia; para Ana no es noticia agradable porque sus celos se agrandan. Pero ¿acaso Pablo da motivos para ese incómodo sentimiento? Ella mira, remira, analiza sus relaciones íntimas y todo es normal porque Eros habita con ellos.

Pero...

¡Oh, un pero ...!

Se da trazas para estar abajo el mayor tiempo posible y observar.

En efecto: Pepona aparece tras el pequeño y artístico mostrador del despacho y ella no pierde minuto de observación. Le sorprendió que vestía un traje oscuro con mangas hasta el codo y no los que acostumbraba de grandes escotes y sin mangas; le llamó la atención sus manos, de uñas largas pintadas de rojo fuerte y los dedos casi ocultos por tantas sortijas brillantes de latón dorado y cristales gruesos y, cómo, a pesar de eso, no podía ocultar unas venas gruesas y cáusticas que se levantaban encima de la mano, Ana se dijo: - "Ya está vieja" - y sintió aliviarse sus temores.

Pues sí, Pepona acusaba los años en la flacidez de sus brazos y los tapaba con mangas, pero no lo impedía en las manos con sortijas y pinturas porque las venas que las cruzaban se levantaban oscuras y dominadoras.

Pues si; Pepona, cargada de hostiles años estaba además enferma.- "Los años no perdonan"- dice el dicho.

Y allí estaba ella con un puñado de recetas esperando atención. Ana le preguntó: -¿Son del Seguro?

- No- contestó rápidamente- son particulares, de pago.

¿Cómo le era posible abonar su importe? Porque Pepona pagó religiosamente en papel moneda- apenas usado- y algunas pesetas rubias.

Ana se preguntaba ¿cómo pudo pagar?

Pablo recordaba aquellos años cuarenta, cuando Pepona, joven y pizpireta, llevaba para pagar 25 céntimos por un sobre de bicarbonato, un billete de peseta, tan mugroso y cutre, que no lo admitía, con lo cual Pepona revendía el bicarbonato y se ganaba veinticinco céntimos

con lo que engordaba su economía.

Pepona, al recoger el paquete le dijo a Pablo:

- No tengo ni Seguro ni Beneficencia, pero Mariflor, que tiene un corazón de oro, me ha dado dinero hasta que lo pueda comprar a mi padre, que me lo encargó, un parche de sor Virginia, ya sabe usted, las personas mayores no entran por lo moderno...

Pagó el parche sor Virginia que Pablo no había retirado de los cajones de la rebotica pensando lo mismo que Pepona, que algún que otro cliente se lo iba a pedir, junto con el Abate Hamón que también era tan solicitado como las Aspirinas o las pastillas de Veramón.

Pepona presentaba un aspecto derrotado y Ana se compadeció de ella. Al comentarlo con Pablo, éste también se compadecía y los dos sentíanse aliviados pensando en la generosidad de Mariflor.

Un día apareció ésta por la Farmacia y quiso que la atendiera directamente el farmacéutico. Acudió Pablo, diligente y cortés. Mariflor solicitaba que le abriera una cuenta que ella abonaría mensualmente, para que, en cualquier momento, su amiga Pepona, que además de enferma, no contaba con posibles para pagar los medicamentos que necesitaba, le fuera fácil su curación o su mejoría si no podía ser lo primero.

Pablo había invitado a Mariflor a pasar a la rebotica, donde estaba Ana que sin duda se alegró de la ayuda a Pepona y se ofreció por si podía hacer algo por ella. Pasada la conversación, quedaron las dos en que se pondrían de acuerdo para lo que fuese necesario.

Al quedar solo el matrimonio, Pablo, que siempre fue un guasón, le dijo:

- ¡Quién te iba a ti a decir que tratarías como a igual a una prostituta y que te comprometerías a proteger a otra...!

A Ana le gustó la observación y le hizo un mohín de burla.

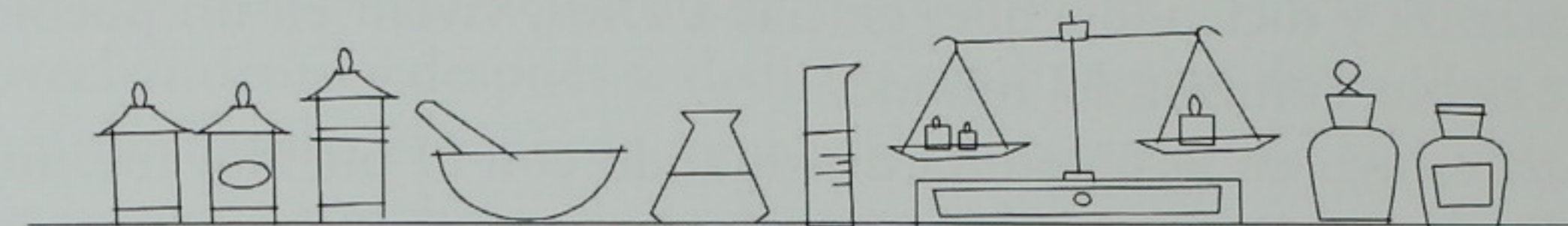
- ...pero así, Ana del alma, en tu fuero interno, además de autosan-  
tificarte, alejas temores y achicas los celos...

No le gustaron las palabras de Pablo y le volvió a hacer otro mohín de burla.

En verdad, su marido había afinado el dardo; Mariflor, amparada por un hombre rico, y Pepona en decadencia, no le infundía temor, y su actitud la elevaba como mujer libre y moderna.

¿Se alegraba Ana de los motivos de su tranquilidad? Ella misma

se hacía la pregunta y no sabía o no quería responder: solamente se recreaba en las palabras que le había oído a Pepona: - "¿Es el sino el que hace que se elija una senda?"



Pablo estaba preparando un botiquín para la Factoría de Matagorda. Se esperaba una botadura y el pueblo se sentía feliz y festero.

Andrés el del chozo, como era conocido por haber vivido casi siempre en una choza o chozo por la carretera de Medina y que, gracias a los favores de Mariflor, Pepona, Pili y Ana, encontró trabajo y bienestar en el Dique de Matagorda (trabajo, casa, hijos sanos, educándose en las Escuelas Cristianas los tres varones y en la escuela del Santo Angel las dos niñas) llegó un atardecer a la Farmacia para entregarle a la señora una invitación que él había agenciado para la botadura.

Ana habló un rato con Andrés interesándose por su trabajo y por su familia:

- ¡Qué de vueltas da este mundo! ¿Cómo iba yo a soñar con un trabajo noble y con los compañeros tan leales que tengo?

Andrés se emocionaba al pronunciar estas palabras y, al despedirse del matrimonio, le dijo a Pablo: - "Una de las satisfacciones que tengo es el contar con su atención".

A Pablo le gustaba hablar con los obreros del pueblo y decía que siempre aprendía algo de esos artistas.

No se le olvidó nunca aquel célebre viaje que hizo a Cádiz en el barco de La Maestranza, pasando primero por el Arsenal de la Carraca, luego San Fernando, hasta llegar a Cádiz con el autobús, porque en los años cuarenta los trenes eran escasos; el barquito tenía que adaptar su horario al de las mareas y por mal cálculo, el mar se quedó sin agua y quedaron encallados en un caño; horas estuvieron esperando que la marea subiese. Entretanto se formó una tertulia, con chistes, risas y recuerdos; Pablo estaba sorprendido ¿cómo era posible que estando abiertas las heridas de la guerra y el hambre tan grande, pudiesen aquellos hombres ponerle buena cara a un trance tan molesto?. Pablo repartió el tabaco que llevaba y se granjeó las simpatías de los obreros.

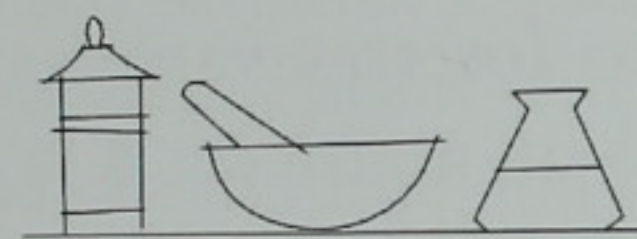
Naturalmente todos llegaron tarde a sus destinos y Pablo excusó su tardanza en el Colegio Farmacéutico.

Volvió a Puerto Real eufórico contándole a Ana su aventura en el Maestranza y diciéndole que, gracias a Dios, vivían en un pueblo de gente noble, la mejor del mundo.

Ana estuvo en la botadura disfrutando con el pueblo; fue un día feliz lleno de emociones y lágrimas alegres.

Y siempre que Pablo refería la odisea del viaje, le decían los estudiantes de Medicina: - "Pues ese era el camino que cada día recorríamos para llegar a la hora establecida en la Facultad".

Cosa que más de uno recordaba con extrañeza, cuando, años más tarde, podían ir a Cádiz atravesando el puente Carranza, a pie, en bicicleta o en unos minutos en coche o autobús.



Lo de Pepona no fue casual; ella venía dispuesta para hablar confidencialmente con Ana y así, ya en la Farmacia, con el paquetito de medicamentos en el mostrador, se entretuvo charlando con las ayudantas, que la escuchaban por la curiosidad que despertaba su vida.

Ana estaba al bajar, como cada día, para ayudar, si hacia falta ayuda, o simplemente por estar con Pablo a la hora en que la Farmacia parecía mas calmada; justamente al notar que las cuatro ayudantas estaban en el mostrador escuchando atentamente a Pepona. Esta nunca le había caído bien a Ana; Pablo le decía: - "Tú miras más alto y Pepona no te gusta porque es una putilla barata".

Tal vez recordando la frase de su marido, cambió de pronto, y se acercó al grupo con intenciones de agrandararlo, pero las jóvenes se retiraron para seguir sus respectivas labores y quedaron las dos solas; entonces suplicó:

- Señora, me gustaría hablar con usted de algunas cosas.

Así fue como Ana, sentada en el cómodo sillón de la mesa- escritorio y Pepona en bajo sofá, se disponía majestuosamente a escuchar a aquella desgraciada.

Y así empezó Pepona, con la palabra que vagaba en la mente de Ana:

- Yo soy una desgraciada, señora, y no vengo a pedirle nada sino a que me conozca tal como soy y no como aparento- hizo una pausa, observó el talante de Ana y continuó- yo no soy buena, nunca fui lo que se dice una niña buena; mi hermana sí lo era, iba a la escuela con aprovechamiento y después se dedicó a coser en plan de modista y con su trabajo llevaba el mantenimiento de la casa; yo me crié libre, sin leyes, solo mi capricho; cuando gané mi primer dinero con mi cuerpo sólo tenía catorce años; lo vi todo muy fácil y pensé que a mis padres, viejos y achacosos les iba a cambiar la vida; no contaba con el rechazo de ellos y de mi hermana; ya usted sabe quienes eran mis amistades; todas con más moral que yo, porque algunas fueron casi obligadas por el destino; la vida es como una noria en movimiento, que va voleando el agua en cada vuelta los cangilones, quedando vacíos mientras otros rebosan; yo siempre he ido de vacío, pero por mi culpa...

Ana la escuchaba con curiosidad esperando que al final le pidiera algo material, pero Pepona continuaba su relación en voz confidencial.

- ...En fin: lo pasado, pasado está; a mí de pequeña me gustaba ir a Las Canteras para oler las flores de la retama y del lentisco, y no me paraba a pensar en los animalitos que vivían al amparo de los árboles; yo en Las Canteras solo veía el conjunto de aromas y de misterios tan propicios a la entrega de mi cuerpo por unas pesetas para mis otros vicios: el tabaco y la gula; me daba igual un marinero, un soldado, que un cualquiera, joven o viejo... Tenía salud y ganas de vivir; ahora tengo ganas de vivir pero no tengo salud- aquí hizo una pausa tan prolongada que Ana pensó que ya no hablaría más, por eso ella insinuó:

- ¿No mejoras?

- Esto mío no tiene mejoría; la enfermedad corroe mi vientre- otra pausa y a continuación : - La verdad es que yo solo quería despedirme de usted porque mañana ingreso en el Hospital de Mora en Cádiz y ya no volveré más por aquí... Yo sé que usted no me miraba con buenos ojos...

- ¿Yo...?

- Si; lo notaba siempre; yo a usted le inspiraba asco como a muchas otras personas; ahora, yo misma siento ese mismo asco por mí; ¡si volviera a mi infancia! ¡si pudiera cambiarme! ¡pero ya es tarde y lo pasado, pasado está! Cada una trae un sino al nacer... ¡Me hubiera gustado tanto tener tm marido y muchos hijos...! Mañana me lleva a

Cádiz Mariflor y su amigo y me darán el consuelo de visitarme de vez en cuando... Mariflor se merece el bienestar que tiene; él la respeta y la adora...

Enterneada, Ana prometió: - Nosotros también te visitaremos en el hospital...

Pensativa quedó cuando, por fin, Pepona abandonó la botica. ¿Y por qué había ido a despedirse de ella si sabía que nunca le había caído bien? ¿Qué hilo misterioso podía unirlos en la enfermedad? ¿Por qué le había confesado su vida de escándalo?

Pepona había dicho al referirse a Mariflor: "...él la respeta y la adora".

Así opinaban los caseros del chalet donde vivía la pareja. Ella, la casera, prudente y cauta, estaba siempre dispuesta a limpiar, hacer los mandados y las comidas; el oficio de cocinera era en ella perfecto, aunque la pareja, de gustos sencillos, comía muchas veces en sus paseos en ventorrillos y bares.

La casera comentaba con el marido las cosas que ella podía notar allá arriba. El casero se ocupaba del huertecito y de los animales, en particular del perro de Mariflor, un cachorro de pastor alemán que ella había bautizado con el nombre de Yodo, un bonito ejemplar que ella mimaba como a un niño; seguro que pensaba en el hijo que se le murió en la más tierna infancia.

Yodo subía al piso y se pasaba las horas acurrucado a los pies de Mariflor y cuando ella andaba por la estancia no cambiaba de postura pero movía el rabo tamborileando en la alfombra.

Yodo podría ser el verdadero señor del hogar.

Porque hogar, tierno y cálido hogar, era aquél piso alto del chalet, donde no había niños, ni visitas, salvo la de Pepona, ni cantos, ni carcajadas; todo en él era paz y amor.

Amor porque los dos se entendían y respetaban; cada atardecer o cada noche a la vuelta de un paseo en coche por los pueblos de la sierra, los llama pueblos blancos, o por los pueblos de las Rutas del Toro y de la Bahía, ella, Mariflor, le cambiaba los zapatos por las zapatillas, le ayudaba a ponerse cómodo de ropa, le servía una copa, le encendía la radio o ponía música; después se sentaba a su lado y ambos fumaban y comentaban el placentero paseo. Más tarde subía la casera.

- ¿Comerán los señores?

El perro, la música y el descanso.

Quizá demasiada monotonía pero los dos parecían felices con aquella tranquilidad hogareña.

La casera le pasaba diariamente el parte al marido: - "Esta noche han dormido juntos". Parecía que sus relaciones en la ofrenda a Eros no era diaria y en sus conversaciones los caseros disfrutaban comentando con ingenua picardía las relaciones de la pareja.

En realidad, estas relaciones eran como la casera imaginaba.

Mariflor se preparaba cada noche para el rito al altar de Venus, pero las más de las veces se dedicaban a descansar después de haber charlado un rato. Ambos coincidían en opiniones y gozaban con la compenetración de ideas. Eran como un matrimonio de largos años, de vuelta de grandes ilusiones y propósitos; los propósitos de él y que llevó a cabo fue el poner la finca a nombre de Mariflor y hacer testamento dejándola por heredera de todos sus bienes, que eran muchos.

- No merezco lo que haces conmigo.

- Con lo mío hago lo que quiero y tú te mereces eso y más que pudiera darte... No tengo hijos ¡ojalá tú me dieras por lo menos uno, o te viviera el pequeño Cristian! Yo no puedo engendrar y te quiero a ti como a hija por tu juventud y como a esposa por tu comportamiento... Haces que sea feliz con tus silencios, con tus sonrisas, con tus palabras cariñosas, por tu servidumbre llena de majestad...

La paz del campo. El ver en el huertecito como crecía lo sembrado; el nacimiento de una nueva hoja; el ofrecimiento de la temprana flor; la charla con el casero enamorado de la tierra:

- Es como una mujer: se entrega al mejor trato y aunque así no sea, ella siempre nos regala lo mejor que tiene de su ser.

Le gustaba escuchar al casero que, en su tosquedad, le abría nuevos caminos de sabiduría: el amor a lo pequeño. El casero presumía de leer mucho, todo lo que caía en sus manos.

- ...pero ningún libro enseña más que lo que nosotros podemos aprender mirando alrededor y ver la tierra, los animales, el amanecer, el anochecer y hasta el aire que cambiando de dirección lo gobierna todo a su antojo...

Con estas charlas, el casero iba aumentando su, hasta entonces pequeña biblioteca, con muchos libros que recibía en abundantes regalos.

Naturalmente que Yodo estaba siempre en estas pláticas. Pepona había dicho: "...él la respeta y la adora..."

¿Y Mariflor, agradecimiento?

Ella no olvidaba a Cristián, el marinero noruego que la hizo madre. A veces le hablaba de él, como de algo que fue tan imposible como deseado; y, como una ilusión o una locura, se figuraba que era a Cristián a quien le proporcionaba las zapatillas para descanso de sus pies, y le parecía que olía a algas, a sal, y que el sudor eran gotitas de agua del mar. Cristián estaba en su corazón, santuario de amor.

Yo siempre quise ser decente...

Pienso que lo fuiste.

- Las condiciones de mis padres en la postguerra eran muy difíciles y el hambre mala consejera...

- ¡Si nos hubiéramos conocido antes...! Mi vida ha sido turbulenta y mi juventud muy accidentada; pero gracias a mi madre, que siempre me amparó, supe cambiar de vida...; me gustaría que la conocieras; ya está muy viejecita y cuando voy a verla me dice: "hija, me puedo morir tranquila porque sé que eres feliz". Te llevaré a Cádiz a que la conozcas y la invitaremos a que pase el verano con nosotros; a ella le gusta el campo y los perros; hará amistad con Yodo...

Así fue como Mariflor completó la familia.

La madre de Toni, estaba como su hijo había dicho muy viejecita pero clarividente y dispuesta a comprender y perdonar.

La casera no la comprendía: una señora tan piadosa, de Misa diaria, conviviendo con el escándalo...

Toni llevaba cada día a su madre a la Parroquia y la acompañaba todo el tiempo. Tenía ideas muy avanzadas por eso le sugería a Mariflor:

Lo vuestro está bien visto por Dios; acompañanos algún día... si quieres a la iglesia...

- Se escandalizarían...

- No te preocupes de minucias.

La madre de Toni pensaba con claridad.

También ella se declaró protectora de Pepona; la visitaría todos los días que pudiera y les hablaría a las monjitas de ella.

Pocas visitas pudo hacerle a Pepona porque el mal que corroía su vientre ya iba muy avanzado.

Pocas visitas le hicieron también Ana y Pablo; en la primavera; Ana le preguntó :

- ¿Qué quieres que te traigamos la próxima vez...? Y Pepona, iluminados los ojos pidió:

- Lentisco de Las Canteras...

Y añadió bajito: - Donde tanto disfruté y pequé...

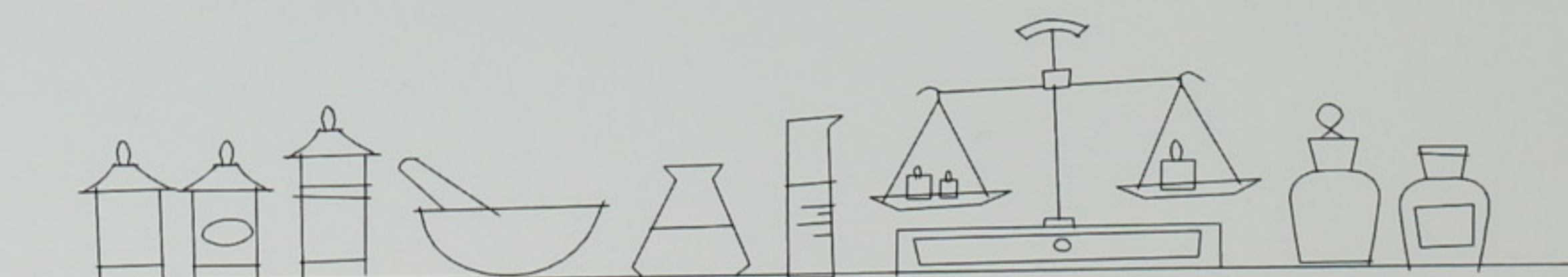
Y cuando volvieron con un brazado de retama fresca ella dijo:

- Me parece que puedo oír cantar a los pájaros...



## Indice

Preliminar	7
Sobre Paula Contreras	13
Prólogo	17
Introducción	25
<b>El brujo del tiempo</b>	29
<b>La botica de la calle de la plaza</b>	127



Dos novelas de ambiente portorriqueño, la primera y la última del legado de Paula Contreras (Aldea de los Zapateros, actual Moriles 1911. Puerto Real 2008) forman este libro.

En **El brujo del tiempo** (1951) se muestra claramente la compenetración de Paula con el pueblo que la recibió y la hizo Hija Adoptiva. La claridad, los atardeceres, el mar, las salinas, Las Canteras, el río San Pedro, las casas, el trazado de las calles, sus costumbres y, sobre todo, su gente... todo es contemplado por la mirada atenta y amorosa de la escritora, como aparece plasmado en esta novela, donde Puerto Real es protagonista.

**La Botica de la calle de la Plaza** es reflejo de la realidad social de las décadas del 40 al 60 observada desde la rebotica. Es la mirada de una escritora, no de una historiadora, como ella se encargaba de explicar.

Una joven familia se establece en Puerto Real donde el padre se hace cargo de la botica de la calle de la Plaza. Es el año 1940, el tiempo llamado "del hambre". Esta novela fue escrita por Paula Contreras en sus últimos años. Aunque centrada en Puerto Real, su ámbito es mucho más amplio pues se reflejan muchos aspectos de la sociedad española de aquellas décadas.

Como hizo Paula y cumpliendo su voluntad, reiteradamente expresada, **los ingresos que se obtengan por la venta de este libro se destinarán a Cáritas.**